

88
2 es.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

258229

AUTOCONCEPTO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A
ALMA ROSALIA FLORES ANGELES

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'L' or similar, located below the author's name.

DIRECTOR DE TESIS: LIC. EDUARDO HERRASTI Y AGUIRRE

MEXICO, D. F.

1998



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**A tí, que no te conformas
con ser lo que los demás
te han dicho que eres.**

Y especialmente a mi mamá, mi papá, Robert, Carlos
por el sentido que cobra mi vida a su lado. Los amo.

Con un gran cariño a Eduardo Herrasti, Gracias!

INDICE

Resumen		i
Introducción		ii
CAPITULO 1	Autoconcepto como término a través de la historia	1
1.1	Antecedentes históricos	1
1.2	Principales autores	5
1.3	Términos utilizados como sinónimos de autoconcepto	10
CAPITULO 2	Autoconcepto y Personalidad	13
2.1	Personalidad según diferentes autores	13
2.1.1	Teorías psicoanalíticas	15
2.1.2	Aproximación ambientalista	18
2.1.3	Enfoque humanista	19
2.1.4	Teorías de tipos y rasgos	20
2.2	Términos involucrados con la Personalidad: Yo, Sí mismo, Identidad, Autoestima	22
2.3	Autoconcepto como integrador de la personalidad	27
CAPITULO 3	Formación del autoconcepto	31
3.1	Nacimiento del Yo: Yo-No yo	31
3.2	Primeras relaciones	34
3.3	Imagen corporal	38
3.4	Satisfacción de necesidades	43
3.5	Identificación e Introyección	45
3.6	Autoobjetivación	48

CAPITULO 4	Autoconcepto y Sociedad	52
4.1	Los roles sociales	52
4.2	Imagen corporal	54
4.3	Valores individuales vs. Valores sociales	56
4.4	Influencia de la sociedad en el autoconcepto	60
4.5	Situación actual “ideales culturales”	64
CAPITULO 5	Autoconcepto y Psicopatología	67
5.1	Complejos y mecanismos de defensa	67
5.2	Formación de un autoconcepto distorsionado o falso	69
CAPITULO 6	Autoconcepto y Salud mental	77
6.1	Importancia del cuidado materno	77
6.2	Confianza básica	79
6.3	Formación de un autoconcepto auténtico	80
6.4	Psicoterapia centrada en el autoconcepto	81
Discusión		85
Conclusiones		92
Bibliografía		99

RESUMEN

El conocimiento de uno mismo es una empresa que empieza tempranamente y que prosigue durante toda la vida.

Esta es una investigación temática que busca aclarar a qué nos reerimos cuando hablamos de autoconcepto, así como proundizar en el concepto para comprender su lugar dentro de la personalidad. Cómo se forma. Qué factores influyen en su formación. De qué manera la sociedad actual promueve u obstaculiza el desarrollo de un autoconcepto auténtico o verdadero.

El objetivo fundamental de este trabajo es el de servir de base y punto de partida a futuras investigaciones de campo, así como de ampliación doumental acerca del autoconcepto.

La línea de investigación que se siguió corresponde a autores de la corriente neopsicoanalítica y humanista principalmente, por considerar que sustentan lo expuesto en el presente trabajo.

Se puede decir que la personalidad es la expresión de lo que cada uno es, y el autoconcepto es el elemento integrador de la personalidad.

El autoconcepto se intuye y así surge, como una intuición. Y este se va enriqueciendo como elemento aglutinador de la expresión del yo. El poseer un autoconcepto verdadero es garantía de salud mental. La intuición también puede ser confusa, pudiendo desarrollarse en el individuo un autoconcepto falso que prepara el camino hacia la psicopatología.

El autoconcepto es la imagen de la personalidad total, la imagen que cada uno tiene de sí mismo como entidad física y psíquica. La forma en que cada persona se percibe o conceptualiza, se siente, se vive, determina en gran medida la forma en que actúa, sus necesidades y deseos, así como sus motivaciones y expectativas hacia si mismo y hacia los demás. Cuando hablamos de autoconcepto hablamos de totalidad del ser, tanto de aspectos conscientes como inconscientes.

Las limitaciones propias en la investigación del tema de autoconcepto están representadas en la dificultad misma para dar expresión de autoconcepto a diferentes manifestaciones del yo, ya que a éste último se le ha aprendido como un concepto monolítico y absolutista.

INTRODUCCION

El ser humano ha tenido siempre la inquietud por explicar lo que ocurre dentro y fuera de él. Poco a poco ha ido explicando y dominando su medio ambiente, pero su mundo interno es muchas veces zona desconocida.

Las ciencias que estudian el comportamiento humano han avanzado y hecho notables aportaciones; sin embargo, es casi imposible responder con exactitud por qué cada individuo es como es y por qué, independientemente de las condiciones en que vivan, algunos individuos logran más fácilmente la integración de la personalidad que otros.

Dentro de la Psicología, mucho se ha escrito sobre la personalidad, infinidad de autores han contribuido a explicar este fenómeno desde diferentes puntos de vista.

Un constructo que se ha considerado importante y al que se recurre constantemente es el de autoconcepto. El autoconcepto comprende una serie de factores de lo más variado, de modo que su extensión significativa es amplia pero a la vez difusa. No es difícil hallarlo aún hoy confundido con otros términos como los de imagen corporal, conciencia de sí, yo, self, identidad, sí mismo, autoestima y otros; algunos autores pueden estar hablando de lo mismo llamándole de diferente forma. La ambigüedad de los términos dificulta un entendimiento profundo y la relación que existe entre ellos.

Esta investigación no pretende encontrar la verdad absoluta, pero sí busca aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de autoconcepto, así como profundizar en el concepto para comprender su lugar dentro de la personalidad. Cómo se forma. Cuáles son los factores que influyen en su formación. De qué manera la sociedad actual promueve u obstaculiza el desarrollo de un autoconcepto auténtico. Cómo distinguimos salud mental o psicopatología a través del autoconcepto.

Uno de los objetivos fundamentales de este trabajo es el de servir de base a futuras investigaciones tanto de campo como documentales acerca del autoconcepto.

Así mismo, la importancia del tema radica en el interés por promover el descubrimiento del autoconcepto en cada persona que se torna cada vez más difícil en un medio ambiente cultural que insiste en la orientación externa. Es importante el que la persona viva segura de su individualidad y no imitando los ideales culturales que limitan al ser humano y no permiten la autorrealización y autenticidad.

Al lograr un conocimiento pleno de sí, el individuo estará capacitado para actuar de una manera más libre y armoniosa consigo mismo y sus semejantes y se liberará del prototipo de persona que los demás le dicen que es o debe ser. Es necesaria la pertenencia a un grupo social, el convivir con los demás sin perderse a sí mismo.

El autoconocimiento promueve la salud mental, un autoconcepto verdadero es sinónimo de salud mental, por otro lado, un autoconcepto falso marca el camino hacia la psicopatología. La psicoterapia es un medio que favorece la búsqueda de un autoconcepto real en el individuo.

Si tomamos en cuenta que lo que el individuo es está determinado en gran medida por las introyecciones y e identificaciones de los otros significativos y por lo que estos 'otros' le dicen que es, los individuos sanos contribuirán a formar individuos sanos también. Por otro lado, los individuos que viven para el yo ideal, actuando neuróticamente dificultarán el desarrollo de su yo y el de los otros yoes que le rodean. Es por ello que en el individuo debe haber la posibilidad del cambio, de responsabilizarse de su propia vida, aceptar su historia y no repetirla si no le ha gustado, después de todo él tiene la capacidad de vivir como desee vivir y ser quien quiere ser.

La literatura sobre el tema es muy extensa por lo que desde un principio tuvo que delimitarse el alcance de la investigación, siendo éste el principal obstáculo. Queda mucho material disponible que ampliaría la presente investigación, por lo que se invita a la continuación de la misma.

La línea de investigación que se siguió corresponde a autores de la corriente neopsicoanalítica y humanista principalmente, por considerar que sustentan lo expuesto en el presente trabajo, el cual, para su mejor comprensión, se divide en seis capítulos:

El primer capítulo "Autoconcepto como término a través de la historia" es una revisión histórica de autores de la filosofía y la psicología que constituyen de alguna forma los antecedentes del término hasta llegar a la psicología contemporánea. Es interesante notar como los pensadores griegos consideraban ya importante el conocimiento del ser. Este capítulo nos permite observar la evolución del concepto, las postulaciones de autores que han hablado del tema, así como la confusión existente alrededor del término.

En el segundo capítulo "Autoconcepto y Personalidad" se hace una vinculación entre ambos conceptos, ya que el autoconcepto está tan relacionado con el de personalidad

que no puede pretenderse hablar de uno sin hablar del otro. Se exponen las diferentes teorías de la personalidad para comprender lo que representa el autoconcepto para cada una de ellas. Así mismo, se hace una revisión de los términos involucrados con la personalidad y el significado actual que tienen para contribuir a delimitar al autoconcepto. Finalmente, se propone al autoconcepto como elemento integrador de la personalidad.

El tercer capítulo “Formación del autoconcepto” es medular, se profundiza en el tema en un intento por explicar cómo es que cada persona llega a ser quien es. Ya se ha hablado mucho de las etapas cronológicas del desarrollo psicológico en el ser humano. En esta parte, lo que me importa es destacar los puntos que influyen y, en ocasiones, llegan a determinar la formación del autoconcepto y de la personalidad en general. No se hace la división acostumbrada pero sí se comienza desde el nacimiento del yo como punto de partida para la formación del autoconcepto, hasta la autoobjetivación, capacidad de la persona madura para lograr la formación de un autoconcepto verdadero.

El cuarto capítulo “Autoconcepto y sociedad” pretende involucrarnos con el hecho de que el ser humano forma parte de una sociedad. No se le resta importancia a la individualidad ni se sugiere explicar el comportamiento humano desde un punto de vista social sino estudiar la influencia que la sociedad tiene en la formación del autoconcepto, y cómo las pautas culturales y los roles asignados se adhieren al individuo llegando a formar parte de él; para así poder determinar hasta qué punto mitos, tabúes, ‘valores sociales’ facilitan u obstaculizan el establecimiento de un autoconcepto real.

El quinto capítulo “Autoconcepto y psicopatología” profundiza en cómo es que en el individuo llega a constituirse un autoconcepto inadecuado o falso y cómo este hecho marca el camino hacia la psicopatología. Se hace una revisión de autores que explican el surgimiento de la psicopatología por la incapacidad del individuo de contactar con su yo real. Se retoman los puntos que influyen en la formación del autoconcepto expuestos en el tercer capítulo, para explicar cómo, bajo ciertas circunstancias, se da la formación de un autoconcepto distorsionado o falso.

El sexto y último capítulo “Autoconcepto y salud mental” enfatiza las características de un autoconcepto real o verdadero y los medios para lograrlo, como la psicoterapia. Se retoman nuevamente los puntos expuestos en el tercer capítulo que explican la formación del autoconcepto, esta vez para explicar que, cuando durante el desarrollo de un individuo las condiciones son óptimas, se instalará un autoconcepto verdadero que nos habla de una personalidad bien integrada y, por lo tanto, de salud mental.

*Cansados de los eternos intentos de
atravesar la materia cruda, elegimos otro camino
y quisimos apresurarnos hacia lo infinito.
Entramos en nosotros mismos
y creamos un nuevo mundo.*

Henrik Steffens

CAPITULO 1

AUTOCONCEPTO COMO TERMINO A TRAVES DE LA HISTORIA

Desde que el hombre existe ha sido evidente su preocupación por el hombre. Paralelamente a su curiosidad por los fenómenos naturales como el fuego, la lluvia, las estrellas, el universo, entre otros, ha existido un cuestionamiento en torno a sí mismo; un deseo por saber quién es el hombre, de dónde viene y hacia dónde va.

Quizá de todas las razones existentes en el interés por el estudio del comportamiento humano, ninguna sea tan importante como la inquietud del hombre por saber más acerca de 'sí mismo'.

El estudio del hombre ha pasado por muchas corrientes, doctrinas y teorías. En la filosofía ha sido tratado desde diversas perspectivas. El análisis operacional de la antigua cuestión filosófica de: ¿quién soy yo? lleva a la Psicología a la elaboración del constructo de 'autoconcepto'. Es por ello que , el estudio del comportamiento humano, nos remite indudablemente al estudio del autoconcepto. De aquí que, el propósito de esta investigación sea revisar y analizar término de autoconcepto desde diferentes puntos de vista para comprender su desarrollo y significado a través del tiempo y poder encontrar un punto de coincidencia donde entendamos lo que el término autoconcepto representa.

1.1. Antecedentes históricos.

Dentro de la filosofía griega, Parsénides es el primero que habla del ser, definiéndolo como una unidad eterna e inmóvil que identifica con el pensamiento: la mente y el ser son uno. El ser siempre es y está presente, la ausencia del ser es la nada.

El movimiento intelectual sofista reacciona contra el saber acerca del mundo por considerarlo estéril y se siente atraído por un saber acerca del hombre, dejando la existencia de verdades universalmente válidas que, por ser humanas son transitorias.

Protágoras cae así en el subjetivismo, diciendo que el hombre es la medida de todas las cosas. Considera que cada persona siente, actúa y experimenta el mundo de diferente

manera según sus propias cualidades, estructura mental e historia previa y estado de ánimo: así como su libertad para actuar (Ferrater Mora, 1971, cit. por Alonso, 1995).

Sócrates, sostiene que el saber fundamental es el saber acerca del hombre, pero es un conocimiento universalmente válido (contra lo que sostienen los sofistas), dice que el mundo interior, accesible a la mirada de la conciencia es el método del conocimiento, de ahí su máxima: 'conócete a tí mismo'(Ferrater Mora, 1971, cit. por Alonso, 1995).

Con Platón se inicia el estudio del self entendido como alma, el hombre tiene un alma dividida en tres partes: razón, voluntad y apetito. Afirma que la mayoría de las personas permanece en el plano del conocimiento sensible, pero que algunas personas logran la ascensión cognoscitiva de lo sensible a lo intelectual, alcanzando el conocimiento real y el auténtico ser. (Lohlé, 1975, cit. por Alonso, 1995).

Aristóteles se opone al dualismo ontológico de Platón, para él, la idea no existe separada de los individuos concretos, que son lo único real; la idea sólo existe en los seres individuales. Pero en el ser individual hay que distinguir lo que se es actualmente y lo que se tiende a ser. El hombre debe realizar también con su esfuerzo lo que es potencia, para realizarse como ser humano (Lohlé, 1975, cit. por Alonso, 1995).

Con la decadencia y hundimiento del imperio grecoromano surgen dos corrientes opuestas en cuanto a la concepción del hombre: el estoicismo y el epicureismo. La primera plantea la existencia de un ser divino, el hombre forma parte de un mundo en el que sólo sucede lo que Dios quiere. Contrariamente, el epicureismo resalta la capacidad de libertad en todo lo que existe, sin ninguna intervención divina, el hombre es autosuficiente.

En la **Edad Media** (cristiana medieval) San Agustín subraya el valor de la experiencia personal, de la interioridad, de la voluntad y el amor. dice que la verdad del hombre debe buscarse en su interior poniendo énfasis en la vida subjetiva y el autoconocimiento. Esta filosofía coincide con la aristotélica en sus rasgos generales.

Define así al hombre como materia (cuerpo) y forma (alma), cuya unión es incompleta por lo cual sobrevive a la muerte, necesitando una nueva unión en la resurrección. Sólo en dios encontramos el acto puro del ser, puesto que el no existe, sino que es. (Lohlé, 1975, cit. por Alonso, 1995).

Durante la Edad Media, la cuestión del self permaneció en manos de los pocos pensadores que subsistieron en el vacío cultural de la época.

La **Epoca Moderna** abarca desde el siglo XVI hasta comienzos del XIX. Sobresale la tendencia antropocéntrica en contraste con la teocéntrica y teológica medieval.

En esta época el hombre adquiere un valor propio no sólo como ser espiritual, sino también corpóreo, sensible y no como ente de razón, sino de voluntad. el hombre afirma su valor en todos los campos: en la ciencia, la naturaleza y el arte y empieza así, a ser considerado como un ser con capacidad de decisión y de poder trascender los determinismos naturales.

Descartes en 1637 con su frase 'pienso, luego existo' marca la tendencia a sentar la filosofía en el hombre, aunque se conciba como un yo abstracto pensante.

Hobbes, junto con Locke, atribuía mayor énfasis a la experiencia sensorial, hasta el punto de considerarla propiamente el self, el autoconcepto sería siempre nuestras sensaciones y percepciones actuales .

En el siglo XVIII Hume, pensador empirista postula que todos los conocimientos se basan en la experiencia sensible. Lo válido es lo real, por lo que rechaza ideas de substancia y del yo. No toma en cuenta la experiencia intelectual y la abstracción. sin embargo, al negar tal existencia del yo, niega las diferencias individuales. (Alonso, 1995). Posteriormente Kant (1781) introdujo la distinción del self como sujeto y objeto; el objeto gira en torno al sujeto, lo que el sujeto conoce es el producto de su conciencia.

Lo que expresa Kant acerca de la forma en que observamos los objetos, es producto de nuestra percepción, de los conocimientos que tenemos, a los cuales les atribuimos ciertas características.

Esto está en contraposición de lo expuesto por Hume, quien considera que lo válido es lo real, dándole un mayor peso al objeto y cerrándose a las diferencias individuales, los objetos como reales los vivimos de la misma manera. (Ferrater Mora, 1971, cit. por Alonso, 1995).

Así, Kant hace una síntesis del empirismo y el racionalismo. Piensa que las cosas no tienen adjetivos o características en sí mismas, sino que nosotros por medio de nuestro conocimiento, captamos así las cosas y les implantamos las categorías al objeto. Por lo tanto, el hombre no puede nunca conocer el objeto en sí, sino que sólo conoce la cosa dentro de sí mismo, pues lo que llamamos real es la proyección de nuestras categorías a una manera caótica y sin unidad. Así el hombre se define como un ser activo, productor y creador. (Ferrater Mora, 1971, cit. por Alonso, 1995).

Schopenhauer considera que la forma de conocer la verdad es por el análisis de sí mismo, del yo como objeto psíquico, que nos conduce a la existencia. Este análisis muestra, que nuestra esencia está hecha de voluntad que motiva, alienta e impulsa. Por lo tanto es eterna insatisfacción. (Ferrater Mora, 1971; cit. por Alonso, 1995).

En la **Epoca Contemporánea** se empieza a considerar al hombre como un 'yo' y a éste se le relaciona con algo más allá de lo únicamente eterno, como una existencia, como un 'sí mismo'.

El hombre real para Marx, es una unidad indisoluble, un ser espiritual y sensible, natural y propiamente humano, teórico, práctico, objetivo y subjetivo. El hombre es ante todo praxis, es decir, se define como un ser productor, transformador, creador; mediante su trabajo transforma la naturaleza exterior, se plasma en ella y a la vez, crea un mundo a su medida. Esta objetivación del hombre en su mundo externo, por el cual produce un mundo de objetos útiles, responde a su naturaleza como ser productor que se manifiesta también en el arte y otras actividades. (Lohlé, 1975, cit. por Alonso, 1995). Siendo un ser social, el hombre produce también relaciones sociales.

Para Kierkegaard, padre del existencialismo lo importante es la subjetividad del hombre, la existencia individual no puede ser explicada racionalmente, sino vivida, con los retos y problemas inherentes a ella. Sostiene que quien es verdaderamente sí mismo, vive en un mundo auténtico; quien se disipa vive en un mundo deformado y falso.

Max Scheler, habla de la diferencia entre un individuo y una persona. Dice que si se supiesen las cualidades del hombre o la mujer, tenemos al individuo. La persona es más allá del yo egoísta, madurez y conciencia, así como la libertad y portador de valores, es un ente que ama. (Alonso, 1995).

El hombre es un ser que no sólo existe, sino que sabe que existe y trata de prolongar su existencia individual e íntima. Al ser consciente de esto, el hombre va a explorar el mundo con el objeto de orientarse en él, y en este afán se esfuerza por proveer y prever el futuro, tratando de trascender su situación en el tiempo. Simultáneamente en esta orientación, el hombre busca el esclarecimiento de su existencia, es lo que nunca puede convertirse en objeto, el origen a partir del cual yo pienso y obro, del cual hablo en movimientos, del pensamiento que no son conocimientos. La existencia de aquello que se comporta consigo mismo, y de este modo, con su trascendencia, es absolutamente histórica, tiene el origen en sí mismo, es libre (Ferrater Mora, 1971, cit. por Alonso, 1995).

Martín Buber, considera que el hecho característico y dramático que lleva al hombre a preguntarse su esencia y su lugar en el cosmos es la soledad. Aquí se cuestiona a sí mismo y hace entrar en juego lo más recóndito de sí mismo, el hombre llega a cobrar experiencia de sí mismo. (Lohlé, 1975, cit. por Alonso, 1995).

En este recorrido a través del tiempo se retomaron las principales doctrinas filosóficas, que de alguna manera resumen la ideología en torno al hombre, a su esencia y a su ser. Seguramente se omitieron muchos autores y corrientes, que de algún modo, hayan tratado de explicar la naturaleza humana, sin embargo, la filosofía es tan amplia como hombres hay en el mundo, por lo cual, sólo se tomaron en cuenta aquéllas que parecieron más representativas.

1.2 Principales autores.

Como punto de partida de esta investigación ya hemos revisado los puntos de vista de las doctrinas filosóficas en cuanto al estudio del hombre. Ahora pasaremos a otro campo, el de la Psicología, ciencia que sustenta este trabajo. El campo de la Psicología es muy vasto y extenso, en esta disciplina no existe una sola teoría que explique el comportamiento humano y es por esta razón que desde sus comienzos, han surgido varias corrientes, que desde su propio punto de vista aportan teoría que sirven para entender un poco más al ser humano.

Es precisamente, debido a la extensión y diversidad de la literatura existente, que en esta parte se ha decidido hacer mención de algunos de los principales autores que de una u otra manera han hecho alusión al término autoconcepto.

El autoconcepto ha sido definido por varios autores como una organización y reorganización afectivo-cognocitivas de las experiencias pasadas del individuo, la experiencia del presente y del pronóstico del futuro. Es en esencia una simbolización del organismo, una visión interior personal que se puede delimitar objetivamente de la realidad externa. Esta visión incluye todas las ideas y sentimientos que una persona tiene respecto de las propiedades de su cuerpo, las cualidades de su mente y sus convicciones del individuo, sus concepciones sobre el pasado y sus prospectos del futuro. Por tanto, el self se refiere a la persona total del individuo (Bar-On, 1985; Horrocks, 1984; Jersild Brook., Brook, 1978 y Lifton, 1971; cit. por Alvarez, 1995).

Para William James (1890), el self del hombre es la suma total de todo aquello que pueda llamar suyo considerando que el self empírico o 'mi' está formado por el self social o las

opiniones que los demás tienen de él; el self material o cuerpo; el self espiritual con habilidades y rasgos dirigidos por el propio ego, el Yo. (Oñate, 1989).

Según James, el hombre tiene tantos self sociales como individuos que lo reconocen y generan en su mente una imagen de él. En Principios de Psicología, afirma que las imágenes se incorporan formando el autoconcepto.

Cooley y Mead y otros interaccionistas simbólicos insistían en que el concepto que una persona tiene de su self surge sólo de la interacción con otros y refleja las características, expectativas y evaluaciones que otros dan a la persona: el self espejo (looking glass self). Cooley (1902) define al self como 'el sistema de ideas procedentes de la vida comunicativa que la mente aprecia como suyo'. Así, el autoconcepto se desarrollaría a partir de las reacciones de los demás respecto al individuo. (Oñate, 1989).

Mead (1934) consideró al self como el resultado de un proceso social, consecuencia de un largo período evolutivo, el cual se puede conocer empíricamente. Para él, el self comprende tanto el 'Yo', principio de acción e impulso, como el 'Mí', actitudes de los demás que son tomadas en consideración por el self. Para Mead, el self es esencialmente una estructura social. (Cit. por Oñate, 1989).

Jacobson (1954), define al self como aquéllo que se experimenta sobre la propia realidad subjetiva interna y que se puede objetivamente delimitar de la realidad externa. Jersild Brook & Brook, (1978), señala que el self es la evaluación subjetiva de un individuo; es un compuesto de los pensamientos y sentimientos que constituyen la conciencia de un individuo sobre su existencia individual, su noción de quién es y qué es. Lo que un individuo sabe, es desde su punto de vista, una realidad indiscutible.

Horrocks (1984), menciona que una persona es lo que percibe hasta que la realidad lo obliga a aceptar o abandonar esta interpretación de sí mismo. Incluso las percepciones que de común acuerdo tienen otras personas acerca de él, son tan sólo el punto de vista de ellos, más no del sujeto. Las ideas racionales acerca de sí mismo descansan sobre las premisas realistas de autoevaluó. Sus ideas racionales se basan en malinterpretaciones pero no se da cuenta de ello. Así los motivos que gobiernan sus pensamientos, actos y actitudes, varían desde aquellos que puede percibir hasta aquéllos que no reconoce. Al respecto en la psicología freudiana existen motivos inconscientes y que constituyen la dimensión desconocida del self para la propia persona. (Op. cit.).

El autoconcepto, propiamente dicho, y que ha sido definido como el conjunto de ideas y actitudes acerca de lo que la persona cree ser. Durante la adolescencia, la aceptación de los cambios corporales contribuye de manera importante al autoconcepto. Estos cambios son rápidos y llevan a la necesidad de un cambio en la imagen corporal. El cuerpo

cambiante se convierte en un símbolo, no sólo de cambio físico, sino también de una nueva actitud hacia uno mismo, hacia otros, y en general, hacia la vida (Horrocks, 1984; Jersild, Brook & Brook, 1978; cit. por Álvarez, 1995).

Horrocks habla del ser social que se refiere al autoconcepto tal y como la persona piensa que otros lo ven y del ser ideal que es lo que una persona trata de ser o desearía ser aún cuando no tenga esperanzas de lograrlo.

Freud no utilizó el término Self, propiamente dicho. Sin embargo, en su trabajo sobre el narcisismo (1914), introdujo un criterio diferente al del Yo estructural del sistema psíquico referido en sus otros escritos. El Yo de la teoría del narcisismo representa un Yo que abarca al todo del individuo, convirtiéndolo en el self básico y total. Freud insistió repetidamente en la importancia del Yo corporal en el desarrollo del Yo: esto se refiere a la influencia en la imagen del cuerpo en la diferenciación del self del mundo de los objetos, pero también al hecho de que las funciones de los órganos que establecen contacto con el mundo exterior, caen gradualmente bajo control del yo (Grinberg, 1976, cit. por Alvarez).

Sullivan (1955) considera que el conocimiento de otras personas está presente de manera muy importante en la evolución del individuo. Para Sullivan el self es la organización de las experiencias educativas creadas por la necesidad de evitar o minimizar estados de ansiedad.

Teóricos como Kelly (1955), Sarbin (1968), Epstein (1973) y Coopersmith (1977) han considerado al self como una estructura cognitiva o conjunto de estructuras que organizan, modifican e integran funciones de la persona. (Oñate, 1989).

Para los teóricos cognitivos el self se investiga como un conjunto de estructuras de conocimiento. De esta forma, los individuos son diferentes porque sus estructuras cognitivas son diferentes. Así en términos de autoconcepto, los individuos tienen esquemas sólo de aquellos aspectos de su conducta que son importantes para ellos en algún modo. (Marcus, 1977; cit. Oñate, 1989).

Rogers (1972), considera que uno de los factores básicos para las buenas relaciones interpersonales es la conciencia de la aceptación de sí mismo. Según él, el self es la conciencia de ser o de funcionar, y se forma como resultado de la interacción con el ambiente, y en particular, como resultado de la interrelación valorativa con los demás.

Erikson (1959), define al self como una función sintética del yo y que representa los modelos sociales del medio ambiente y también la imagen de la realidad adquirida a través de las sucesivas etapas de la infancia.

La mayoría de los autores han destacado las relaciones interpersonales en el desarrollo del self. De acuerdo con ésto, el autoconcepto surge como producto de la interacción personal del individuo, lo cual sucede ya desde edad temprana, por las relaciones entre el recién nacido y la madre (Rogers, 1972; Strong, 1957; Horney, 1937).

Erkson (1973) sugiere que el self se desarrolla a través de las sucesivas etapas de la infancia, como una interacción del sujeto con los modelos sociales del medio ambiente. Minuchin (1979) menciona que es la familia la que otorga, contribuye y moldea la identidad del individuo. (Cit. Alvarez, 1995).

Fitts (1965), autor de la Escala de Autoconcepto de Tennessee (EAT), sustenta que el autoconcepto revela al individuo en aspectos fundamentales de la personalidad (cit. García, 1995).

De acuerdo a Hall y Lindzey, el sí mismo constituye el centro de la personalidad, en torno al cual se reúnen, a modo de constelación todos los otros sistemas, gracias a él permanecen unidos, confiriendo equilibrio y estabilidad a la personalidad.

Allport llama al sí mismo *proprium*, diciendo que incluye todos los aspectos reunidos de la personalidad del individuo que son exclusivamente suyos. Ellos lo diferencian de todos los demás individuos y le dan cierta unidad. De esta forma se concibe al hombre como un ser autónomo que no sólo busca reducir la tensión, busca un conocimiento real de sí y la autorrealización como meta. Los 7 aspectos del *proprium* son: sentimiento corporal, autoidentidad, exaltación del yo, extensión del yo, imagen del sí mismo, agente racional y esfuerzo orientado.

El autoconcepto incluye una identificación de las características del individuo así como una evaluación de las mismas. La autoesima hace más hincapié en el aspecto de la evaluación de las características (Musitu y Román, 1982).

Teser y De Paulus (1983), cit. por Oñate (1989), hablan de autodefinition -autoconcepto- considerando que viene determinada por el medio social en el que el sujeto está inmerso y sirve para potenciar o proteger la autoevaluación -autoestima-. Se considera que esta autoevaluación es un constructo hipotético que representa el valor relativo que los individuos se atribuyen o que creen que los 'otros' les atribuyen. El sujeto se autovalora según unas cualidades que provienen de su experiencia y son vistas como positivas o negativas.

Martínez Muñiz (1980), op. cit., considera como componentes del self:

-Self material: incluye las percepciones que el individuo tiene de su propio cuerpo, que normalmente se determinan a partir de las sensaciones físicas que provienen de los diferentes órganos, miembros y partes del cuerpo.

- Self social: viene definido por las percepciones que una persona tiene de los roles sociales que desempeña y del modo como son representados. Puede ser que una misma persona tenga varios self sociales, según los roles que desempeñe en la sociedad.

Tamayo (1982) dice que el autoconcepto es considerado actualmente como una de las más recientes y significativas interpretaciones de la personalidad humana. (Cit. por Sevilla Colín, 1991). Para el autor, el autoconcepto comprende funciones perceptivas y activas. La percepción de sí mismo implica participación activa del individuo para conservarla y desarrollarla y está determinada socialmente.

Para Cottrel (1969), lo que experimentamos como autoconcepto es un producto reflexivo de la interacción social. La matriz en la cual se forma y desarrolla el concepto, es el completamiento del sí mismo con los otros. (Cit. por Sevilla, 1991).

El autoconcepto es una 'fotografía organizada' y una gestalt organizacional del sí mismo. 'La estructura del sí mismo es una configuración organizada de percepciones del sí mismo, las cuales pueden ser conocidas'. (La Rosa, 1986; cit. por García, 1995). Una característica importante de la estructura del self es la consistencia, de tal modo que un comportamiento incongruente con el autoconcepto genera tensiones psicológicas y malestar físico, mientras que una totalidad emocional positiva hacia el self procede de una conducta consistente. (Festinger, 1957; Heider, 1958; cit. La Rosa, 1986).

Para Wells y Marwell, 1976; cit. La Rosa, 1986, la forma en que una persona actúa, se percibe y se estima, es comúnmente denominada el sí mismo real o simplemente el autoconcepto. En otro contexto, los mismos autores afirman que el autoconcepto es generalmente descrito en términos de actitudes reflexivas, las cuales tienen tres aspectos fundamentales; el cognitivo o contenido psicológico de la actitud; el afectivo o evaluación relacionada al contenido y el conativo o respuestas comportamentales a la actitud. (Cit. por García, 1995).

Byrne (1984) afirma que en términos generales, 'el autoconcepto es nuestra percepción de nosotros mismos; en términos específicos, son nuestras actitudes, sentimientos y conocimientos respecto a nuestras capacidades, habilidades, apariencia y aceptabilidad social. Shavelson, Hubner y Stanton (1976) observan que el autoconcepto es la percepción que una persona tiene de sí misma. Identifican siete características para la definición del constructo, así el autoconcepto puede ser descrito como organizado, multifacético, jerárquico, estable, que se desarrolla, evaluativo y diferenciable. (Cit. García, 1995).

Para Sevilla (1991), el autoconcepto se trata de la percepción que se tiene de sí mismo, es un fenómeno social que está en moldeamiento constante, es el centro de la personalidad y es lo que lleva al ser humano a saber lo que es y lo que quiere ser, a plantearse metas y a darle un sentido a su vida, no conformándose con sólo sobrevivir.

Valdés M. (1991) plantea que el significado psicológico del autoconcepto surge de la interacción e influencia que el sujeto tiene dentro de los grupos en los que se desenvuelve y a partir de los roles que comúnmente juega en su vida cotidiana (persona, hijo, amigo y estudiante), y por otro lado, está conformado básicamente por tres áreas: Conductual: que son todas aquellas categorías semánticas que implican comportamientos observables que tienen los sujetos para consigo mismos o para con sus semejantes; Afectiva: que son todas aquellas categorías semánticas que se refieren a aspectos emocionales, sentimientos o formas de sentir que el sujeto percibe en sí mismo; y Física: que son todas aquellas categorías semánticas que se refieren a aspectos corporales que el sujeto observa en sí mismo y sin exceptuar la posibilidad de que la combinación de estas llegaran a conformarse como otras áreas del mismo constructo. (Cit. por Álvarez, 1995).

1.3 Términos utilizados como sinónimos de autoconcepto.

Cualquier definición de autoconcepto tiene problemas porque tal definición es utilizada en muchos sentidos por autores de las más diversas teorías y, a veces, en el contexto de una misma teoría (Wells y Marwell, 1976; cit. La Rosa, 1986; cit por García, 1995).

La distinción entre autodescripción y autoevaluación no ha sido clarificada ni desde el punto de vista conceptual ni desde una perspectiva empírica, así los términos autoconcepto y autoestima han sido utilizados de manera intercambiable en la literatura.

El autoconcepto ha sido definido con distintos nombres por diversos autores, como por ejemplo: 'Self' por Williams James, 'Ego' por Freud, 'Autoestima' por Sullivan, 'Proprium' por Allport, etc. (Cit. Alvarez, 1995).

Block (1981), Costa (1980), Schoeneman (1979) , se refieren al self como autoidentidad para significar lo que los psicólogos sociales entienden por autoconcepto aunque en este mismo campo es frecuente utilizar el término self (Albrecht, 1980 y McDavid y Harari, 1979). Oñate, 1989.

Sobre el aspecto semántico Grinberg dice que en la literatura analítica en nuestro idioma -especialmente en las traducciones- el self es denominado 'yo', 'personalidad', 'persona', 'sí mismo', 'uno mismo', 'ser', etc. La consecuencia inmediata es que conceptos originalmente claros se tornan confusos y ambiguos. Sugerimos desistir de cualquier

intento por introducir más términos para designar al self y, al mismo tiempo, cuidar en los trabajos y traducciones de emplear bien discriminada la palabra 'yo' cuando se refiera a la estructura psicoanalítica clásicamente descrita por Freud; y 'self' cuando se refiera a la persona total. (Grinberg, 1976).

Debido a que el autoconcepto ha sido definido con diversos nombres por diferentes autores, es poco común encontrar el término autoconcepto como tal en libros, glosarios o diccionarios, a diferencia de otros como identidad, self, yo, autoestima que aparecen en todos los textos de la materia o diccionarios de filosofía.

De los diccionarios consultados, únicamente en uno se encontró el término autoconcepto en el apartado de autoimagen definiéndoseles como un mismo concepto: "Los conocimientos y sentimientos que el individuo tiene sobre sí mismo. El sí mismo se origina tanto en la autoobservación de las propias vivencias y acciones como en las diversas formas de juicio ajeno (alabanza, censura, recompensa y castigo). Lo segundo conduce también a la autoimagen ideal del yo". (Friedrich, Dorsch, 1976).

El autoconocimiento es definido como "la orientación del conocimiento al propio yo. Se trata de estudiar el sí mismo como representación configurada y duradera en la experiencia del individuo en sus peculiaridades (ser, conducta, predisposiciones, capacidades, actitudes, motivaciones). Esta representación posee su propia historia de desarrollo y es única para cada individuo. Ya en la antigüedad griega se exigió el autoconocimiento como base y presupuesto para el despliegue y configuración de la propia personalidad, según se desprende, por ejemplo, de la inscripción del templo de Apolo en Delfos: 'Gnothi seauton' (Conócete a ti mismo). El autoconocimiento, la conciencia del sí mismo, descansa por una parte en la autoobservación y por otra, en experiencias decantadas por la confrontación del hombre con problemas en su medio ambiente y por la comunicación interhumana. A pesar de la justa eigencia de autoconocimiento (Pascal, Kant), nunca ha faltado la actitud escéptica sobre la posibilidad (Goethe, Nietzsche) dada la propensión del hombre a enmascararse incluso ante sí mismo". (Friedrich, Dorsch, 1976).

En otros diccionarios consultados lo más cercano que se encontró a autoconcepto es el término de auténtico (autenticidad). "Se dice de algo que es auténtico cuando se establece sin lugar a dudas su identidad, es decir, cuando se establece de modo definitivo que es cierta y positivamente lo que se supone ser.

Se dice que un determinado ser humano cuando es o llega a ser lo que verdadera y radicalmente es, cuando no está enajenado. Sin embargo, en ciertas ocasiones puede considerarse que la enajenación es uno de los rasgos esenciales de la existencia humana,

de modo que en tal caso, el estar enajenado, y aún de modo más radical, el no ser sí mismo, es uno de los caracteres del auténtico ser.

Ortega y Gasset ha hablado con frecuencia de autenticidad e inautenticidad en el hombre como caracteres ontológicos de la realidad humana. En 1916 (obras II, 84-85) describía un yo auténtico como la base 'insobornable' de una vida humana. El yo auténtico, el yo insobornable, es el yo que en el fondo y radicalmente, no puede dejar de ser lo que es. Pero porque el hombre es auténtico, puede también ser inauténtico. Las cosas no pueden dejar de ser sí mismas, de ser lo que son. En cambio, el hombre puede dejar de ser lo que es.

Cuando el hombre llega a ser lo que es, entonces su vida es propia. El hombre cumple entonces con su vocación radical y con 'su destino'. Ortega y Gasset equipara a veces 'autenticidad' con 'realidad' (op. cit. VI, 400)". (Ferrater, Mora, 1979).

El sí mismo es definido como "la expresión alusiva al hecho de que, al mismo tiempo que el sujeto vivencial es consciente de su propia vivencia, se convierte a sí mismo en objeto. Hay que distinguir entre una imagen de sí mismo (el modo como el individuo se ve a sí mismo o las capacidades, roles, etc. que se atribuye a sí mismo) y una imagen ideal (expresión de cómo quisiera ser una persona a partir de las normas y valores interiorizados de su grupo de referencia. La realización del sí mismo significa entonces, entre otras cosas, la aspiración a disminuir la distancia entre la imagen de sí mismo y la imagen ideal". (Friederich, Dorsch, 1976).

CAPITULO 2

AUTOCONCEPTO Y PERSONALIDAD

2.1 Personalidad según diferentes autores.

Un ser humano muestra una individualidad psicológica, una organización sorprendentemente compleja que comprende sus hábitos distintivos de pensamiento y expresión, sus actitudes, sus rasgos e intereses y su propia filosofía peculiar de la vida. Es precisamente la individualidad psicofísica total, llamada comúnmente personalidad, el tema de este capítulo. Porque pienso que no podemos hablar de autoconcepto sin hablar de personalidad.

Para Kant “La personalidad es aquella cualidad de todo hombre que lo hace valioso, independientemente de todos los usos a que pueda ser destinado por sus prójimos”. “Todo lo que hay en la creación, excepto una cosa, está sujeto al poder del hombre y puede ser usado por el hombre como un medio para un fin; pero el hombre mismo, el hombre creatura racional, es un fin en sí mismo. Es el sujeto de la ley moral y es sagrado en virtud de la autonomía de su libertad individual. La personalidad exhibe palpablemente ante nuestros ojos corporales la sublimidad de nuestra naturaleza” (Cit. por Allport, 1974).

Hetherington y Muirhead (Cit. Allport, 1974) definen la personalidad como “Aquella forma de individualidad que es posibilitada por la posesión de mente y voluntad. Ser una persona es ser uno e indivisible, pero esa unidad no se alcanza por la supresión de los instintos, de temperamento y de las capacidades naturales, sino que es algo que se logra en tanto estos datos naturales son penetrados por un espíritu común -el poder de liberarse no de ellos sino en ellos”.

De acuerdo con Bowne “El sentido esencial de la personalidad es la yoidad, la autoconciencia, el autocontrol y el poder de conocer. Estos elementos no tienen ningún significado corporal” (Cit. Allport, 1974).

Para Burgess, sociólogo, “La personalidad es la integración de todos los rasgos que determinan el papel y el status de la persona en la sociedad. La personalidad podría definirse, por lo tanto, como la eficacia social”, op. cit.

Para Prince “La personalidad es la suma de todas las disposiciones, impulsos, tendencias, apetitos e instintos biológicos innatos del individuo más las disposiciones y tendencias adquiridas por la experiencia”, op. cit.

Para Menninger la personalidad designa al individuo total, comprende todo lo que es alguien y todo lo que está tratando de llegar a ser.

Para MacCurdy es “Una integración de pautas (intereses) que otorga una dirección individual peculiar a la conducta del organismo”, op. cit.

Para Schoen “La personalidad es el sistema organizado, el todo en funcionamiento o la unidad de hábitos, disposiciones y sentimientos que caracterizan a un miembro de un grupo como diferente de cualquier otro miembro del mismo grupo”, op. cit.

Para Allport, “La personalidad es la organización dinámica, dentro del individuo, de aquélos sistemas psicofísicos que determinan sus ajustes únicos a su ambiente”, 1974.

Papalia (1988) la personalidad es el conjunto de las formas relativamente consistentes de relacionarse con la gente y las situaciones que ponen un sello de individualidad en cada uno de nosotros. En tanto que nuestras actitudes, nuestros valores, nuestras opiniones y nuestras emociones son las piedras angulares de nuestra individualidad, el modo como actuamos en estos estados mentales determina lo que otros verán como nuestra personalidad.

Se podrían seguir citando infinidad de definiciones, ya que la personalidad ha sido estudiada desde hace mucho por la filosofía, la teología, la sociología, y por supuesto por la psicología.

El gran enigma de la psicología es saber cuál es la causa de que la gente desarrolle determinadas características. Los observadores de la naturaleza humana, en su afán por descubrirlo, han desarrollado complejas teorías. Anotaremos veremos brevemente las más importantes, no para seguir citando más definiciones ni obtener una definición única del término, ya que no es el objetivo de esta investigación; el propósito es conocer cómo cada una de las teorías explica la formación de la personalidad, porque de esta forma podremos comprender también como explica cada una la formación del autoconcepto, ya que aunque el tema de este trabajo es el autoconcepto y no la personalidad, no podemos hablar de autoconcepto sin hablar de personalidad.

2.1.1 Teorías psicoanalíticas.

Teoría psicoanalítica clásica de Sigmund Freud (1856-1939).

El teórico de la personalidad más famoso que el mundo ha conocido, Freud, revolucionó la manera de entender el desarrollo de la personalidad. Según su teoría, el individuo se halla en constante conflicto entre sus impulsos biológicos y la necesidad de dominarlos. Desde el punto de vista freudiano son tres los componentes de la personalidad: el id, el ego y el super ego. El id, que opera mediante el principio del placer, busca la inmediata gratificación de sus necesidades instintivas. El ego, que opera mediante el principio de la realidad, trata de encontrar formas aceptables para gratificar al id. El super ego representa los valores morales y sociales. De acuerdo con Freud, los individuos desarrollan mecanismos de defensa para combatir la ansiedad. Estos trabajan inconscientemente y distorsionan la realidad. Entre ellos se encuentran el desplazamiento, la sublimación, la represión, la regresión, la proyección, la formación reactiva y la racionalización. (Papalia, 1988).

Habla de desarrollo psicosexual, que se refiere a los progresivos cambios en las áreas de gratificación, conocidas como zonas erógenas. De acuerdo con Freud, hay cinco etapas del desarrollo psicosexual. Si la gratificación en una fase particular no es apropiada, puede producirse una fijación en esa etapa.

Desde el nacimiento a los 12-18 meses, el niño se halla en la etapa oral, en la cual la zona erógena es el área de la boca. La alimentación es particularmente importante para asegurar el éxito (o fracaso) en esta etapa.

De los 12-18 meses a los tres años, el niño se encuentra en la etapa anal, siendo el ano la zona erógena; es importante en esta fase el entrenamiento en hábitos de limpieza. Durante la etapa fálica (de 3 a 6 años), cuando la zona erógena cambia al área fálica, el niño tiene que resolver el complejo de Edipo y la niña el de Electra. La identificación con el progenitor del mismo sexo es el objetivo de esta resolución. Entre los 6 años y la pubertad el niño está en el período de calma llamado latencia. De la pubertad en adelante, el individuo se halla en la etapa genital. (Cit. Papalia, 1988).

La teoría de Freud ha sido realmente polémica, sobre todo por la importancia que le da al instinto sexual como la primera fuerza motivadora de la conducta a lo largo de la vida, incluso en la infancia. Su contribución más importante es posiblemente el énfasis que pone en el papel del inconsciente en la motivación de la conducta, en la personalidad.

Teoría analítica de Carl Jung (1875-1961).

Médico suizo que, en un tiempo, fue considerado por Freud como su heredero en el trono rompiendo con él más tarde por razones personales e intelectuales. (Papalia, 1988).

Las mayores diferencias teóricas se refieren al rechazo de Jung de la sexualidad como el principal determinante de la conducta, para él la vida está dirigida en su mayor parte por las metas positivas y los objetivos que cada uno se establece y no sólo por factores intelectuales reprimidos, pone énfasis en el crecimiento y el cambio a lo largo de la vida, en contraste con la creencia de Freud de que la personalidad quedaba inalterablemente establecida ya en la infancia. (cit. Papalia,1988).

El aspecto más controvertido de la teoría jungiana es su creencia mística en los orígenes raciales o históricos de la personalidad, argumentando que las raíces de la personalidad son muy anteriores al nacimiento del individuo, se remontan a lo largo de generaciones, retrocediendo a los orígenes de la especie humana. De nuestros antepasados heredamos una predisposición común que moldea la manera de percibir y responder la vida. Nuestra personalidad está racialmente determinada.

Jung opinaba que la mente está constituida por el yo (la mente consciente), el inconsciente personal (material reprimido u olvidado) y el inconsciente colectivo (la parte de la mente derivada de los recuerdos ancestrales). El inconsciente colectivo está formado por arquetipos, ideas emocionalmente cargadas que unen los conceptos universales a la experiencia individual, con los que nacemos y que influyen en nuestra conducta. Por ejemplo, el arquetipo de la madre, de la persona (máscara social que adoptamos), el anima (el arquetipo femenino en el hombre) y el animus (el arquetipo masculino en la mujer).

También habló de sus ideas sobre la persona introvertida (orientada hacia su mundo interior subjetivo) y la persona extrovertida (orientada hacia el mundo exterior objetivo). Una persona puede ser descrita a menudo en uno de estos términos hasta aproximadamente la mitad de su vida, cuando la otra mitad emerge del inconsciente personal. Según Jung (1931) es el momento de la vida en que la persona quiere quitarse la máscara y desea expresar los sentimientos y emociones que ha estado reprimiendo.

Jung fue el primero que habló sobre la autorrealización a través de la conducta dirigida hacia una meta, y su punto de vista fue más tarde ampliado por los humanistas.

La Teoría del individuo de Alfred Adler (1870-1937).

Médico vienés, como Freud, Adler también rompió con él por sus diferencias respecto a la sexualidad y el papel del inconsciente. Adler creyó que el individuo era primariamente social, no sexual, y que la conducta es consciente y dirigida a una meta. (Papalia, 1988).

Como fundador de la 'psicología del individuo', Adler insistió en la singularidad de los individuos, con lo que se convirtió en el precursor de los humanistas, ya que hizo hincapié

en el concepto de estilo de vida personal, que es el modo en que una persona lucha para vencer sus sentimientos de inferioridad y desarrolla un sentido de autovaloración para llegar finalmente a lo que los humanistas llamaron la autorrealización o autoactualización.

Adler creía en la existencia de un sí mismo creador, un sistema personal que interpreta las propias experiencias y busca cuáles le llenarán más. En vez de subrayar los instintos básicos universales, Adler ha destacado la individualidad de la personalidad, que empuja a cada individuo en una dirección diferente para encontrar aquellas satisfacciones de la vida que le realizarán personalmente.

El impulso más importante en la vida, es según Adler, el afán de superioridad, no sobre otra gente, sino sobre el propio sentimiento de inferioridad, que proviene inicialmente en el niño de la sensación de insuficiencia por la talla pequeña y la falta de poder. y es el complejo de inferioridad lo que impulsa a la persona a superar aquellos primeros sentimientos de inferioridad. (Cit. Papalia, 1988).

Karen Horney (1855-1952).

Horney estaba convencida de que Freud sobreestimaba la importancia de los factores biológicos en el desarrollo de la personalidad, descuidando en cambio, los factores sociales y culturales.

Horney (1945, cit. Papalia, 1988) atribuye las neurosis a la dificultad del niño para desenvolverse en un mundo potencialmente hostil, lleno de factores adversos. Piensa que el niño ansioso trata de desenvolverse en el mundo intentando satisfacer sus necesidades, que caracteriza como neuróticas porque las considera soluciones irracionales. Esas necesidades van dirigidas a conseguir afecto y aprobación, a conseguir un compañero que se haga cargo de la propia vida, a conseguir poder, prestigio, logros personales, admiración personal, autosuficiencia e independencia, perfección e inexpugnabilidad, la necesidad de explotar a los demás y la de restringir la propia vida dentro de límites estrechos. Más tarde agrupó estas necesidades en tre formas básicas de respuesta: acercamiento hacia la gente (dependiendo de los otros), impulso en contra de los otros (convertirse en un ser hostil y rebelde) y alejamiento de la gente (encerrarse dentro de sí mismo).

Para ella a mayor diferencia entre la persona sana y la neurótica es que el individuo sano puede integrar estas tres actitudes, unas veces dándose a los demás, otras luchando y otras aislándose mientras que el neurótico está dirigido en una sola de estas direcciones, sea o no apropiada a las circunstancias.

Teoría psicosocial de Erik H. Erikson (1902-1986).

La mayor contribución de Erikson a la teoría de la personalidad consiste en marcar el conflicto entre los instintos innatos y las demandas sociales; su teoría incorpora tanto aspectos psíquicos como sociales. Sostiene que la cultura concreta en la que la persona crece determina cuáles serán los conflictos, resultando éstos de la oposición entre las necesidades y los deseos del niño y las expectativas y limitaciones de su medio cultural. El ego no está a merced de instintos básicos, es un mediador entre las necesidades del organismo y las demandas del medio.

Describe la maduración del individuo a través de ocho etapas a lo largo de la vida. En cada etapa el individuo se enfrenta con una crisis, la resolución de la cual puede tener un resultado positivo o negativo, dependiendo de la habilidad de la persona para producir un equilibrio sano. Las ocho etapas son: confianza frente a desconfianza, autonomía frente a vergüenza y duda, iniciativa frente a culpa, competencia frente a inferioridad, identidad frente a dispersión de actividades, intimidad frente a aislamiento, generatividad frente a estancamiento e integridad del ego frente a desesperación.

Cada una de estas etapas plantea al individuo una crisis de desarrollo, un punto crucial en la vida en que hay que enfrentarse a nuevos problemas y resolverlos. La superación añade al ego una dimensión de fuerza aumentada, en tanto que el fracaso lo hace más vulnerable. (Cit. Dicaprio, 1976).

2.1.2 Aproximación ambientalista (o del aprendizaje).

John B. Watson.

Considerado el padre del conductismo, manifestó su acuerdo con la teoría de la tábula rasa, enunciada por Locke en el siglo XVII. De acuerdo con este punto de vista, el recién nacido es como un folio en blanco en el que la pluma del ambiente escribirá tanto la personalidad como el destino del niño.

La aproximación ambientalista concibe a los seres humanos como infinitamente maleables, no sólo en la infancia, sino durante toda la vida. (Papalia, 1988).

El conductismo radical de Skinner.

De acuerdo con Skinner aprendemos a ser como somos de la misma manera que aprendemos las demás cosas. Lo que llamamos personalidad, con lo que ello implica de motivación inconsciente, conducta moral y rasgos emocionales, simplemente no existe. La conducta humana, afirma, es producto de los diferentes de actividad que realizamos o no, según que en el pasado hayamos sido castigados o recompensados por ello y según las recompensas futuras que esperamos., es simplemente el resultado del encadenamiento

de un número de secuencias de estímulo-respuesta. Por más irrelevante que parezca una conducta no se mantendrá si no produce un beneficio para el individuo.

Aunque ésta teoría ha sido criticada porque presenta a las personas como seres vacíos y por simplificar demasiado los principios del aprendizaje, resulta optimista por admitir la posibilidad de que la gente pueda cambiar.

Teoría del aprendizaje social de Albert Bandura.

De acuerdo con Bandura, el aprendizaje ocurre en un contexto social. Aprendemos al observar cómo los demás ejecutan diferentes conductas e imitándolos después, si obtenemos recompensa por ello, seguiremos realizándolas, si ocurre lo contrario, abandonamos dichas conductas. Del mismo modo tenderemos a imitar aquéllas conductas que son recompensadas en otros. El proceso por el cual imitamos a otros es llamado 'modelado'. (Papalia, 1988).

La teoría del aprendizaje social no da una buena imagen de la personalidad total debido al excesivo énfasis en determinadas conductas específicas; sin embargo, ha contribuido de manera importante a desarrollar las teorías de la personalidad.

2.1.3 Enfoque humanista.

Teoría de la autoactualización de Abraham H. Maslow (1908-1970).

Maslow se dedicó a estudiar el desarrollo de la personalidad sana. Su teoría de la motivación humana descansa en la existencia de una jerarquía de necesidades. Estas necesidades son de dos tipos básicos: necesidades D (que corrigen diferencias) y necesidades B (que consiguen un nivel más alto en la existencia). Maslow pensaba que los seres humanos hemos de resolver nuestras necesidades básicas de supervivencia antes de preocuparnos de las necesidades de un nivel superior. Hasta que no hayamos resuelto nuestras necesidades básicas, no podremos luchar para satisfacer las de un orden superior, como son las gratificaciones psíquicas y espirituales.

Hasta que un individuo no se siente sano, seguro, amado y competente no puede buscar la auto-actualización o autorrealización. Maslow identificó 16 características en las personas que realizan plenamente su potencial que las distinguen de la gente común: un punto realista ante la vida; la aceptación de ellos mismos, de los demás y del mundo que les rodea; espontaneidad; preocupación por resolver los problemas más que pensar en ellos; necesidad de intimidad y un cierto grado de distanciamiento; independencia y capacidad para funcionar por su cuenta; una visión no estereotipada de la gente, de las cosas y de las ideas; una historia de experiencias profundamente espirituales;

identificación con la raza humana; relaciones profundamente amorosas e íntimas con unas pocas personas; valores democráticos; la habilidad de separar los medios de los fines; sentido del humor vivo y no cruel; creatividad; inconformismo y la habilidad demostrada para alzarse por encima del ambiente más que ajustarse a él. (Cit. Papalia, 1988).

Teoría centrada en la persona de Carl Rogers (1902-1987).

Carl Rogers es uno de los teóricos contemporáneos de mayor influencia por su visión de los seres humanos como poderosos arquitectos de sí mismos. Desarrolló una teoría de la personalidad centrada en el concepto de sí mismo como núcleo de la personalidad. todos necesitamos encontrar nuestro yo real para llegar a ser tal persona, y para aceptarnos y valorarnos por lo que somos.

Rogers reconocía la existencia de un inconsciente, que guía la mayor parte de nuestra conducta, pero contrariamente a los psicoanalistas, él concebía los procesos inconscientes como motivadores positivos de la conducta.

El autoconocimiento y la autoobservación vienen, dice Rogers, a través de nuestras primeras experiencias, mediante las cuales dominamos el ambiente a través de la alta consideración que otros nos muestran, con sus expresiones de afecto, admiración y aceptación, y a través de la congruencia, o del acuerdo entre las experiencias que tenemos a lo largo de la vida y de la forma como nos vemos a nosotros mismos. Otro aspecto de la congruencia es el acuerdo entre lo que nos gustaría ser y la impresión que tenemos de nosotros mismos. (Cit. Papalia, 1988). Cuanto más cerca estén estos dos conceptos, más satisfechos estaremos de nosotros mismos y nuestro objetivo será el crecimiento en actualización, pasando lo contrario cuando se da una visión incongruente en el mismo sentido.

2.1.4 Teoría de tipos y rasgos.

Psicología constitucionalista de William H. Sheldon (1898-1977).

Sheldon, médico y doctor en filosofía, creyó que había una fuerte relación entre la estructura corporal de la persona o somatotipo y su personalidad.

Sheldon describió tres tipos de constitución física: el endomorfo, de gran peso y con los huesos y músculos pobremente desarrollados; el mesomorfo, musculoso, fuerte y atlético, y el ectomorfo, delgado y frágil. Y después los relacionó con tres categorías de rasgos de la personalidad: viscerotonía (amante del bienestar, orientado a la comida, sociable y relajado); somatotía (agresivo, amante de la aventura y con ganas de correr riesgos), y cerebrotonía (retraído, autoconsciente e introvertido).

En sus estudios Sheldon encontró altas correlaciones, sin embargo, las de otros autores han sido más bajas. Parece ser que si hay cierta relación entre los rasgos físicos y el tipo de personalidad pero es mucho menor que lo que Sheldon aporta. (Papalia, 1988).

Psicología de la individualidad de Gordon Allport (1897-1967).

Interesado por la singularidad del individuo, Allport buscó caminos para identificar los rasgos específicos que explican la conducta concreta de cada persona. Cada individuo tiene una disposición formada por diversas clases de rasgos. Un rasgo cardinal, que aparece en pocas personas, es un rasgo dominante que afecta a cada aspecto y atributo de la conducta de una persona. Los rasgos centrales son el conjunto de tendencias características con las que se podría definir al individuo y los rasgos secundarios que son los que se expresan de cuando en cuando y en un número reducido de situaciones.

A medida que los rasgos van creciendo, la personalidad se va haciendo más diferenciada e integrada: la personalidad adulta es manifestantemente distinta de la del niño, y la conexión con el pasado es histórica pero no funcional. (Cit. Dicaprio, 1976)

Para Allport (op. cit.) las materias primas de la personalidad son el cuerpo, el temperamento y la inteligencia, que se consideran como estables en el desarrollo de la personalidad.

El patrón básico de crecimiento está contenido en el código genético, y los procesos de maduración tienen lugar si las condiciones presentes son apropiadas. El aprendizaje es importante y está condicionado por el carácter y las circunstancias del medio. Allport sugiere dos niveles de aprendizaje relacionados con el *proprium*: los aprendizajes cognoscitivo y personal.

Con el desarrollo empieza a emerger el *proprium* y va adquiriendo un papel cada vez más decisivo en el desarrollo de la personalidad. El *proprium* se desarrolla gradualmente y, si el curso del desarrollo es normal, alcanza la madurez a principios de la edad adulta. Allport esboza siete aspectos del *proprium*, que se desarrollan en períodos distintos durante los primeros veinte años de la vida y son: el yo físico, la identidad, la extensión del yo, el amor propio, la imagen del yo, el yo como competidor racional y los objetivos permanentes.

Las funciones cognoscitiva y motivacional experimentan en la personalidad cambios importantes, el *proprium* asume el papel de rector principal en la personalidad y los objetivos y las intenciones a largo plazo, que ni siquiera existen en el niño, guían al adulto y proporcionan dirección a la vida.

2.2 Términos involucrados con la personalidad: Yo, Sí mismo, Identidad, Autoestima.

Existen una serie de términos involucrados con el concepto de personalidad y que, de alguna manera son a veces utilizados como sinónimos de autoconcepto. Para adentrarnos en el tema y evitar confusiones posteriores mencionaré a continuación como algunos autores conceptualizan los términos de identidad, sí mismo, yo y autoestima.

El primer autor que utilizó el término “yo” fue Freud al hacer una clasificación de las estructuras intrapsíquicas (yo, ello y superyó), como sabemos, éstas no tienen una localización física pero sí una función propia dentro de la conducta del individuo.

Para Freud (1923, cit. Alonso, 1995) “el yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones. La importancia funcional del yo se expresa en el hecho de que normalmente le es asignado el gobierno sobre los accesos a la motilidad”. Freud le otorga al yo la capacidad pensante que tiene el individuo, la cualidad de discernimiento para llevar a cabo o no una acción determinada.

Aisenson en su libro *El yo y el sí mismo* (1982) hace interesantes distinciones acerca de diferentes conceptos como yo, sí mismo, identidad, en un intento por aclarar la personalidad total desde su particular punto de vista. Al hablar del “yo” (ego) dice, debe diferenciárselo del concepto psicológico, y aún del uso común, en que se le entiende de manera amplia como sinónimo de la individualidad concreta, del acontecer psíquico total de un sujeto. Este “yo” que dirige la conducta, dotándola de continuidad y coherencia gracias a la memoria y a la capacidad de anticipación, y que según se supone incluye a sí mismo la autopercepción y la autovaloración, es distinto del “yo” al que se refiere la concepción analítica al hablar de la teoría estructural del aparato psíquico, por más que Freud le haya asignado la función de “representar la totalidad de la personalidad”. Para el psicoanálisis, el yo es sobre todo un detector de los peligros internos (impulsos censurados) o externos (choques entre tales impulsos y la realidad) que acechan al individuo; es un agente de protección. El primer sentido, en cambio, corresponde más aproximadamente al sí mismo, al self o al concepto de sujeto, de la persona toda. El sí mismo sería así, un núcleo de tendencias dirigido hacia la plena actualización de las potencias de la personalidad.

David Ausbel (cit. por Aisenson, 1982) plantea que existe un orden creciente de complejidad e inclusividad en la serie “sí mismo, concepto de sí, yo y personalidad”, e interpreta al yo como “la esencia conceptual de la noción que la personalidad tiene de sí misma como individuo en funcionamiento, dotado de ciertos atributos relacionados con roles y status”, o como “un contenido de conciencia discriminable, caracterizado por la

identificabilidad personal y por cierta continuidad en el tiempo”. Explica su aparición como resultante de diversos valores, actitudes, aspiraciones, motivos y obligaciones referidos al sí mismo que se constituyen en forma organizada e interrelacionada después de irse relacionando paulatinamente con el “concepto de sí”, que es a su vez “una abstracción de las características esenciales y distintivas del sí mismo que diferencian la ‘mismidad’ de un individuo del medio ambiente y de otros sí mismos.

Para Ausbel, la noción de yo incluye aspectos de lo que Aisenson denomina sí mismo y sentimiento de identidad, y lo que llama ‘concepto de sí’ coincide con lo que la autora entiende por sí mismo. (Aisenson, 1982)

La problemática en torno al concepto psicoanalítico del self comienza explícitamente con Hartmann (Greenacre, 1960) cuando hace la distinción entre el yo -como sistema psíquico- y el self -como concepto referido al ‘uno mismo’-. Hartmann afirma que ‘yo’, como concepto psicoanalítico, no es sinónimo de ‘personalidad’ ni de ‘individuo’; no coincide con ‘sujeto’ como opuesto al ‘objeto’ de la experiencia y es algo más que la concientización del sentimiento de ‘sí mismo’. Según este autor, en la teoría psicoanalítica, “el yo es un concepto de muy diferente orden, es una subestructura de la personalidad y se define por sus funciones”. Agrega que nunca se ha hecho una clara diferenciación entre yo, self y personalidad, pero que hacerla es esencial si uno desea ver claramente los problemas relativos a la psicología estructural de Freud. Actualmente -dice- al usar el término ‘narcisismo’, dos conjuntos opuestos parecen fusionados en una sola cosa. Uno se refiere al self (sí mismo) en contraposición al objeto. Otro se refiere al yo (como sistema psíquico) distinguiéndolo de otras subestructuras de la personalidad.

Las primitivas ideas de Hartmann (Greenacre, 1958, 1960) dieron a Jacobson (Klein, 1920) la posibilidad de elaborar más profundamente el concepto de self que engloba -según ella- a la persona total del individuo, incluyendo al cuerpo y sus partes y a la organización psíquica y sus partes.

Hartmann sostiene también que el carácter de una persona es otra serie de funciones que atribuimos al yo.

Para Melanie Klein (Segal, 1992, cit. Alonso, 1995), el bebé al nacer ya posee un yo aunque incipiente. Su punto de vista difiere al de Freud, quien dice que el yo se adquiere cuando el niño tiene más edad.

Klein hace una diferenciación entre el ‘yo’ como mera estructura psíquica y el ‘Yo’ como aquello que es asimilado a uno mismo.

Según Symonds, cuatro aspectos caracterizan al sí mismo:

- cómo se percibe a sí misma la persona
- qué piensa de sí misma
- cómo se evalúa
- cómo intenta engrandecerse o defenderse

Las autoevaluaciones conscientes no necesariamente concuerdan con las inconscientes. El sí mismo positivo va de la mano a un yo fuerte (1951).

Lundholm (1940) habla del sí mismo subjetivo “lo que pienso de mí” y el sí mismo objetivo “lo que los otros piensan de mí”.

Sarbin (1952) concibe el sí mismo como una estructura cognitiva constituida por las ideas del individuo acerca de diversos aspectos de su ser (sí mismo somático, sí mismo receptor-efector, sí mismo social).

Hilgard (1949) afirma que el significado de sí mismo es la propia imagen. Cómo determinar la naturaleza de la autoimagen o del autoconcepto?. Dice que a partir de material no introspectivo la imagen derivada recibe la denominación de sí mismo inferido. La conducta no es el producto del sí mismo, constituye el resultado de un complejo de procesos psicológicos originados por estímulos proximales y distales de los que la persona no es consciente sino en mínimo grado. Se confunde al sí mismo como ejecutor del sí mismo como objeto.

El sí mismo y el yo de Chein (1944): El yo es una estructura motivacional-cognitiva edificada en torno del sí mismo; sus motivos e ideas sirven al propósito de defender, extender, engrandecer y preservar al sí mismo; cuando éste peligrá, el yo acude en su auxilio; sin embargo, no incluye la totalidad de los motivos y los pensamientos; la acción es determinada también por una parte no yóica de la personalidad.

Al parecer, el punto de vista de Chein acerca del sí mismo y del yo concuerda con el criterio predominante según el cual el primero consiste en aquéllo de lo que se es consciente y el segundo en un grupo de procesos.

Más que un sistema de procesos, el sí mismo de Mead (1934) es un objeto de conocimiento cuyo desarrollo sigue un cierto curso. Al principio, el sí mismo no existe; el individuo no puede iniciar directamente su propia experiencia ya que no es congénitamente autoconsciente. “El individuo deviene sí mismo en la medida en que es capaz de adoptar la actitud de otro y actuar respecto de sí como actúan los demás”.

Kofka (1935) habla del sí mismo como centro o núcleo del yo.

Buhler (1959, 1962) distingue entre el sí mismo fenoménico y el sí mismo central. El primero consiste en las autopercepciones y los autoconceptos. El sí mismo central comprende los procesos básicos de la vida, es decir, satisfacción de las necesidades, adaptación creadora y mantenimiento del orden interno. el sí mismo central comprende los procesos básicos de la vida, es decir, satisfacción de las necesidades, adaptación creadora y mantenimiento del orden interno. El sí mismo central es parecido al yo de Freud.

Rogers afirma que una parte del campo fenoménico poco a poco se va diferenciando y se convierte en el sí mismo o autoconcepto que denota la Gestalt conceptual, organizada y coherente compuesta de percepciones características del 'yo' o del 'mi', y las percepciones de las relaciones del 'yo' o del 'mi' con otros y con diversos aspectos de la vida, junto con los valores vinculados a estas percepciones. Se trata de una Gestalt que está preparada para la conciencia, si bien no es necesariamente la conciencia, hablamos de una Gestalt fluida y cambiante, un proceso que en cualquier momento determinado se torna en una entidad específica (Rogers, 1959). Citados por Calvin S. Hall y Lindzey, 1984.

El sí mismo que Murphy define muy simplemente como las percepciones y concepciones de la persona acerca de la totalidad de su ser "el individuo según es conocido por el individuo (1947). En realidad, sin embargo, no hay un solo sí mismo sino varios: Murphy, por ejemplo, considera un sí mismo ideal y un sí mismo frustrado, a los que supone dinámicamente interconectados de modo similar a como los propios roles, necesidades o rasgos están estructurados en forma de organización total.

Murphy también emplea el término 'yo' que, según su definición designa un sistema de actividades o mecanismos habituales que magnifican o defienden el sí mismo, por ejemplo, la racionalización, la identificación y la compensación. Murphy aplica los términos yo y sí mismo en el sentido propuesto por Chein (1944). Citados por Hall y Lindzey, 1984.

Hartmann (Hartmann y col., 1946; Hartmann, 1950) clarificó la relación entre el yo como estructura psíquica general y el sí mismo como estructura particular dentro del yo. Definió la representación del sí mismo como la estructura yoica que expresa al sí mismo, y contrapuso la carga libidinal del sí mismo con la carga libidinal de los objetos. (catexia objeto). (Cit. por Kout, 1980).

De la diferenciación y permanencia de las representaciones del self en el yo depende el sentimiento de la identidad. El individuo sabe que es él mismo a través de los cambios, en

la medida en que su yo contiene una clara representación de su self y de los cambios que éste ha experimentado en el transcurso del tiempo, con conservación de su unidad.

El yo es, al comienzo ese aspecto del funcionamiento mental encargado de ordenar la realidad en figura y fondo en relación con los estímulos del momento y con las experiencias pasadas, lo cual permite diferenciar al self (figura) del no-self (fondo). (Dujovne, 1946, cit. Grinberg, 1976).

El sentimiento de **identidad** es el conocimiento de la persona de ser una entidad separada y distinta de las otras (Jacobson, 1964). Todo aquello que el individuo considera 'suyo' está incluido en los 'límites fluctuantes del ser', corresponde al self con sus pertenencias (García Reinoso, 1965).

Por su parte, algunos autores entienden por identidad la unidad del individuo en el tiempo, en la comparación consigo mismo, lo que se relaciona con su continuidad y mismidad (Klein, 1920, 1964) considerando el logro de la individuación-diferenciación como sus prerequisites. Es decir, tiene identidad un individuo cuyas partes componentes están suficientemente integradas en la organización de un todo, de manera que produzcan efecto de unidad, y que al mismo tiempo tiene características únicas que permiten distinguirlo de todos los demás (Greenacre, 1960), Cit. por Grinberg, 1976.

Para Rogers (1961, cit. Alonso, 1995) la identidad, el sí mismo es una experiencia del organismo que se va diferenciando poco a poco. Es un gestalt conceptual, organizada y coherente, compuesta de concepciones características del yo o del mí y las percepciones de las relaciones del yo o del mí con otros y con diversos aspectos de la vida junto con los valores vinculados a esas percepciones.

En Infancia y sociedad, Erikson dice que la identidad naciente establece un puente entre las etapas de la infancia en que el sí mismo corporal y las imágenes de los padres adquieren sus connotaciones culturales, y hace lo mismo en la etapa de la temprana juventud en que una variedad de roles sociales se vuelve accesible y, de hecho, cada vez más imperativa.

Para Coopersmith (Cit. Sevilla, 1991) "la **autoestima** es la actitud favorable o desfavorable que el individuo tiene hacia sí mismo" y, propone como variables determinantes de ésta, al éxito, los valores, aspiraciones y defensas.

Virginia Statir la describe de igual manera agregando que la autoestima se forma a través de ciertas capacidades o habilidades que todo ser humano debe de desarrollar para enfrentarse a la vida. diaria teniendo la posibilidad de vivir plenamente.

La autoestima se encuentra estrechamente asociada al autoconcepto, y se refiere al valor que se confiere al Yo percibido. Podría decirse que es la parte afectiva del autoconcepto. La autoestima se asocia con la dirección de la actitud hacia sí mismo (Bar-On, 1985; Horrocks, 1984, cit. por Alvarez, 1995).

Según Ffts (1965, op. cit.) la autoestima queda determinada por la acción del self físico, el ético moral, el personal, el familiar, el social, la identidad, la autopercepción, el comportamiento y la autocrítica. Cameron (1963), señala que la autoestima proviene de las representaciones centrales del self. Cambia con el desarrollo de la personalidad y con los cambios del individuo.

Horrocks (1984, op. cit.), menciona que el origen y desarrollo de la autoestima surge en gran medida de la interacción entre la personalidad del individuo y sus experiencias sociales. Los factores sociales determinan los autovalores del individuo, y éstos influyen sobre la autoestima.

U'Ren (1971, op. cit.), estima que las conductas sociales resultantes de la autoestima tienen influencia sobre el desarrollo de la personalidad y la efectividad social. La aceptación de sí mismo y la aceptación social están muy relacionadas. El comportamiento de un individuo en situaciones sociales se correlaciona, por lo menos hasta cierto punto con su nivel de autoestima.

2.3 Autoconcepto como integrador de la personalidad.

Dentro de las ciencias psicológicas mucho se ha escrito sobre la personalidad, varios autores han contribuido a explicar este fenómeno desde diferentes puntos de vista.

Un constructo que se ha considerado importante y del que mucho se ha hablado es el de Autoconcepto, el cual comprende una serie de factores y dimensiones de lo más variado, de modo que su extensión significante resulta difusa. Por lo tanto no es difícil hallarlo aún hoy confundido con otros términos como: Imagen corporal, Conciencia de sí, Yo, Self, Autoimagen, autorepresentación, Autoestima y otros.

Sin embargo, en lo que si parecen estar de acuerdo los diferentes autores, es en su carácter multidimensional y en la enorme importancia de su manejo en la investigación de la personalidad.

El autoconcepto es la parte integradora de la personalidad; el desarrollo psíquico sigue su curso y poco a poco va estructurándose la personalidad en cada individuo, sin embargo,

no es hasta que se tiene un concepto claro de sí que el hombre puede responderse quién soy yo, hacia donde voy.

En páginas anteriores revisamos la forma en que la personalidad es vista a través de las diferentes aproximaciones teóricas, a partir de lo cual podemos entender lo que es el autoconcepto para los diferentes autores.

Si hablamos de la teoría psicoanalítica podemos observar que Freud resta importancia al autoconcepto al suponer que el ser humano está a merced de sus instintos básicos. Tampoco da mucha importancia al medio ambiente, dice que los niños son agresivos, masoquistas y sexualmente seductores por naturaleza, pudiendo haber ignorado las carencias a que se sometió al niño, los malos tratos, falta de afecto, etc que son en realidad factores determinantes en el tipo de persona que se es y del autoconcepto que se ha formado.

Jung ya menciona el concepto de autorrealización, concediéndole más responsabilidad a la persona sobre su manera de actuar y por lo tanto, en su autoconcepto. Desde el punto de vista de Jung, los arquetipos influirían en el autoconcepto, siendo parte del mismo.

Por su parte Adler dio gran importancia a la naturaleza social del sujeto, por lo tanto sería clara la influencia de los factores sociales para la formación del autoconcepto. Sin embargo, no resta importancia a la capacidad de cada individuo de regir su vida, insistiendo en la conducta consciente y dirigida a una meta.

En la teoría de Horney sobresale el concepto de yo real vs yo ideal, lo que podría convertirse en autoconcepto verdadero vs autoconcepto falso, y para Horney el papel de los factores sociales y culturales es importantísimo.

Al igual que Horney, Erikson habla de que la cultura determina los conflictos de la persona, bajo este enfoque podemos inferir que el autoconcepto, según él, está influenciado por los estándares que cada cultura impone.

Para la llamada 'tercera fuerza' de la psicología, la psicología humanista, el autoconcepto se desarrollara satisfactoriamente a menos que interfieran experiencias desfavorables. Para Maslow, la personalidad sana es capaz de escalar la cima de la autoactualización, y para llegar a ello tiene que existir el autoconocimiento y, evidentemente el autoconcepto.

Y ni hablar de Rogers que centró su teoría de la personalidad en el concepto de sí mismo, habla también de lo fundamental del autoconocimiento y la terapia centrada en la persona.

Allport, dentro de su teoría desarrolló el concepto de *proprium*, dentro de los siete aspectos que lo componen, hay dos de ellos especialmente ligados con el autoconcepto, y que podríamos decir que son parte de él: el sentido del sí mismo corporal y la imagen de sí mismo.

Los objetivos específicos seleccionados por el sujeto para satisfacer sus deseos dominantes se hallan determinados, sobre todo, por su autoconcepto. El autoconcepto del individuo ayuda a hacer dominantes ciertos objetivos y necesidades específicas, es decir, aquellas que se relacionan con la autoestimación. (Oñate, 1989).

Washburn define el autoconcepto como un aspecto de la personalidad, una actitud, motivo o valor por medio del cual ese individuo se relaciona con su medio ambiente social. Hurlock y Allport plantean que el autoconcepto es el núcleo central del patrón de la personalidad ya que tiene menos posibilidades de modificarse, en comparación con otras estructuras, además de que adquiere mayor fijación con el paso de los años. (Cit. por Jiménez, 1990).

Allport afirma que el primer criterio de nuestra experiencia personal y de nuestra identidad, el único seguro, radica en nuestro sentido del sí mismo. En *La Personalidad* (1980) menciona 7 aspectos del sí mismo que se desarrollan paulatinamente en el individuo:

1. Sentido del sí mismo corporal
2. Sentido de una continua identidad de sí mismo
3. Estimación de sí mismo
4. Extensión de sí mismo
5. Imagen del sí mismo
6. El sí mismo como solucionador racional
7. Esfuerzo orientado

Las siete funciones mencionadas desempeñan un importante papel en el curso de la personalidad, algunas veces conscientemente y con frecuencia inconscientemente. La imagen de sí, para Allport se refiere a la imagen de la personalidad total, incluidos el yo físico y el sentimiento de identidad. En grandes líneas puede considerarse como el concepto que uno tiene de sí mismo. Es precisamente este aspecto del sí mismo que Allport designa como la imagen de sí mismo al que yo me refiero como autoconcepto.

Desde mi punto de vista, el autoconcepto es la imagen de la personalidad total, la imagen que uno tiene como entidad física y psíquica. La forma en que cada persona se percibe o conceptualiza determina en gran medida la forma en que actúa, sus necesidades y deseos, así como motivaciones y expectativas hacia sí mismo y hacia los demás. Al hablar de

autoconcepto no estoy refiriéndome al término que tan comúnmente se utiliza para designar la descripción que el sujeto hace de sí. Al decir autoconcepto me refiero a la percepción que el sujeto tiene de sí como ser total y que involucra aspectos conscientes e inconscientes de la personalidad global: identidad, instancias psíquicas, autoestima.

La madurez emocional se refleja en la capacidad de discriminar aspectos sutiles de la propia personalidad y de las otras personas, y en una creciente selectividad en la aceptación y la internalización de las cualidades de los demás. Las amistades maduras se basan en esa selectividad y en la capacidad de combinar el amor con la independencia y la objetividad emocional.

La estructura del carácter representa los aspectos automatizados de la identidad del yo predominantemente vinculados con la conducta. Existe una relación recíproca entre el concepto de sí mismo y la estructura del carácter: cuanto mejor integrado está el primero, más coherente y armoniosa es la segunda, y recíprocamente, cuanto mejor integrada está la estructura del carácter, más estrecha es la correspondencia entre el concepto de sí mismo y la conducta y la personalidad reales tal como los demás las perciben. La estructura caracterológica está sometida también a la influencia de las relaciones intrapsíquicas y de los vínculos reales con otras personas: en la activación de aspectos propios o del objeto a través de rasgos caractreológicos al interactuar con otras personas, está implícita una atribución de roles recíprocos de esas personas.

En términos más generales, el mundo interno no determina categóricamente la percepción del externo, pero mediante la estructura del carácter, si se influye sobre el campo interpersonal del individuo. Algunas personas tienen la facultad de sacar a la luz lo mejor de los demás; otras lo peor. El crecimiento del individuo trae aparejado también en gran medida la remodelación del mundo interno, sobre la base de la experiencia interpersonal; cuanto más profundo es el conocimiento de la propia personalidad, más profundo es también el conocimiento acerca de los otros. Este fenómeno está fielmente ilustrado en el curso de un psicoanálisis, cuando las imágenes distorsionadas del pasado se transforman poco a poco en una percepción más realista de los padres y en un reconocimiento profundo de sus valores y debilidades. Es quizás aún más espectacular observar en el análisis de pacientes fronterizos la reconstrucción realista del pasado, una vez que han logrado elaborar su fantástico y distorsionado mundo interno. (Kohut, 1980).

CAPITULO 3

FORMACION DEL AUTOCONCEPTO

Ya se han esbozado los antecedentes históricos del término, mencionamos a los autores que de alguna manera han estudiado el autoconcepto, así como hemos hablado de su relación con la personalidad. A estas alturas surge una pregunta: ¿Cómo se forma el autoconcepto?, ¿En qué momento nace?. En este capítulo intentaré explicarlo.

3.1 Nacimiento del Yo: Yo - No yo.

El desarrollo psíquico es un proceso paulatino y complejo, en un primer momento ni siquiera existe una diferenciación entre yo y no-yo (mundo externo).

El niño, al comienzo de su vida no se da cuenta de sí mismo como sí mismo. La conciencia de sí mismo es una adquisición que se realiza gradualmente durante los 5 ó 6 primeros años de la vida, esta adquisición avanza más rápidamente con el inicio del lenguaje en el segundo año. Es el desarrollo más importante en toda la vida de una persona. (Allport, 1980).

En circunstancias favorables, la piel se convierte en una 'membrana restrictiva', en la frontera entre el 'yo' y el 'no yo'. De este modo, la criatura entra en posesión de un interior y un exterior, y de un esquema corporal. Y también de este modo adquiere sentido la función de recibir y dar; además gradualmente va teniendo sentido la postulación de una realidad psíquica personal o interiorizada para la criatura. (Winnicott, 1986.)

Kohut señala que el bebé puede aún diferenciar entre sí mismo y no sí mismo, el afecto doloroso, las contracciones viscerales dolorosas y la percepción de la habitación oscura pertenecen a una única e indiferenciada representación sí mismo objeto, que es parte del prototipo de la representación sí mismo objeto 'totalmente mala'.

Por el contrario, la gratificante experiencia vivida durante la alimentación da lugar a una imagen sí mismo objeto afectivamente opuesta a la anterior, o sea 'totalmente buena'. Esta representación indiferenciada sí mismo objeto 'totalmente buena' se construye

separadamente de la 'totalmente mala'; esta experiencia es elaborada por sucesivas situaciones gratificantes que poco a poco llevan a diferenciar, dentro de la percepción, al sí mismo, al objeto y a los afectos. A medida que madura el sistema nervioso central, la percepción ambiental permite al bebé discrimine paulatinamente la conducta materna que es recíproca de la suya, y llegue a percepciones cada vez más complejas del sí mismo y del objeto en cada una de las situaciones de matiz afectivo diferente. La interpretación del bebé de la relación interpersonal con la madre da lugar a nuevos conceptos acerca del sí mismo y del objeto, incluyendo la formación de fantasías y la interpretación de símbolos (Kohut, 1980).

Poco a poco se desarrolla en el niño una vaga distinción entre 'allí fuera' y 'aquí dentro'. Su sentido de la identidad de los demás precede al sentido de su propia identidad. Spitz (cit. por Allport, 1980) establece la edad en que el niño se da cuenta del yo hacia los 15 meses.

La fase de separación-individuación (Mahler, 1977), se caracteriza por un continuo aumento de la conciencia de la separación del sí mismo y del 'otro', que coincide con los orígenes del sentimiento de sí mismo, de la verdadera relación de objeto, y de la conciencia de una realidad existente en el mundo exterior. Al menos que postulemos la existencia de ideas innatas, lo más razonable parece ser la suposición de que el niño no tiene ningún concepto, ningún esquema de sí mismo y de otro, al cual pueda atribuir y asimilar estos diferentes estímulos. postulamos que la experiencia de dentro y de fuera es todavía vaga; el objeto más catexiado, la madre, es aún un 'objeto parcial'. Mahler (Mahler y Gosliner, 1955) formula la hipótesis de que las imágenes del objeto de amor, y las imágenes del yo corporal y más tarde del yo psíquico, surgen de las huellas mnémicas cada vez más abundantes de experiencias instintivas y emocionales placenteras ('buenas') y no placenteras ('malas'), y de las percepciones con que éstas llegan a asociarse. (Mahler, 1977)

Probablemente, el primer aspecto del sí mismo que se desarrolla es el sentido del sí mismo corporal a partir de las sensaciones orgánicas repetidas, esfuerzo postural y frustraciones procedentes del exterior que ponen en evidencia las limitaciones del cuerpo.

El sentido de sí mismo se verifica antes de los dos años cuando surge el impulso exploratorio y las actividades del niño son contrariadas. El yo se siente disminuido, generándose humillación y enojo y es entonces que el niño se percibe agudamente como sí mismo. (Allport, 1974).

La subfase de diferenciación de Mahler se superpone con el período de ejercitación locomotriz. Al menos tres desarrollos interrelacionados, aunque discriminables,

contribuyen a que el niño haga sus primeros progresos hacia la conciencia de separación y hacia la individuación. Estos son la rápida diferenciación corporal con la madre; el establecimiento de un vínculo específico con ella; y el desarrollo y funcionamiento de los aparatos autónomos del yo en estrecha proximidad con la madre (Mahler, 1977). Con el logro de la locomoción activa libre, la afirmación de la individualidad avanza a pasos agigantados. Esto parece ser el primer gran paso hacia la formación de la identidad. Con el logro, que le sigue de cerca a la locomoción, de ese estadio del desarrollo cognitivo que Piaget (1936) considera como el comienzo de la inteligencia representacional (que culminará con el juego simbólico y el lenguaje), el ser humano ha emergido como una persona separada y autónoma. Estos dos poderosos 'organizadores' (Spitz, 1965) constituyen los parteros del nacimiento psicológico. En este sentido final del proceso de 'ruptura del cascarón', el deambulador alcanza el primer nivel de identidad, es decir, llega a constituir una entidad individual separada (Mahler, 1958).

En la mitad del segundo año de vida, el infante se vuelve cada vez más consciente y hace un uso cada vez mayor de su separación física. Sin embargo, como menciona Allport, junto con el desarrollo de sus facultades cognitivas y la creciente diferenciación de su vida emocional hay también una notable disminución de su impermeabilidad previa a la frustración, así como una disminución de lo que ha sido un relativo olvido de la presencia de la madre (Mahler, 1977).

Mead (1972) subraya la posición central del pensamiento, cuando se considera la naturaleza de la persona. La conciencia de sí, antes que la experiencia afectiva, con sus acompañamientos motores, proporciona la estructura primaria de la persona, que de tal modo es un fenómeno esencialmente cognocitivo antes que emocional. El proceso de pensamiento o intelectual es la primera fase experiencial en la génesis y desarrollo de la persona.

El desarrollo del darse cuenta de sí mismo alcanza un estadio crítico alrededor de la edad de dos años con el negativismo que resulta de la necesidad de reafirmarse constantemente y proteger la naciente estima de sí mismo. (Allport, 1974).

Mahler (1958) menciona una cuarta subfase, la consolidación de la individualidad, que se caracteriza por el despliegue de funciones cognitivas complejas: la comunicación verbal, la fantasía y la prueba de realidad. Durante este período de rápida diferenciación del yo, desde 20 o 22 meses hasta 30 o 33 meses la individuación se desarrolla a pasos agigantados (Escalona, 1968). Baste decir que el establecimiento de representaciones mentales del yo como algo netamente separado de las representaciones de los objetos, prepara el camino para la formación de la autoidentidad. (Cit. por Mahler, 1977). En la edad preescolar, la evolución del sí mismo dista mucho de ser completa, pierde fácilmente la identidad de sí mismo y es egocéntrico. También la imagen de sí mismo es

rudimentaria. El niño empieza a saber que sus padres quieren que sea 'bueno' y que a veces es 'malo'. Mediante el proceso de interacción llega a conocer lo que sus padres esperan de él y compara esto con la conducta que en realidad exhibe. Todavía no tiene una conciencia claramente desarrollada ni ninguna imagen de como le gustaría ser en la edad adulta. Pero se construyen los fundamentos de sus intenciones, objetivos, sentido de responsabilidad moral y conocimiento de sí mismo que desempeñarán un papel predominante en su personalidad.

El sentido de identidad, la imagen de sí mismo y la capacidad de extensión del sí mismo son considerablemente favorecidos por el ingreso del niño a la escuela.

Pronto aprende el niño que lo que se espera de él fuera de casa es muy diferente de los modelos que desean los padres. El niño debe aprender a pasar fácilmente de unas costumbres a otras. Le es preciso incorporar de algún modo ambos mundos en su propio ser. Estos cambios intensifican el sentido de self o si mismo.

La imagen de sí mismo en el adolescente es dependiente de otras personas y al igual que la identidad, no es suficientemente firme. La tendencia del adolescente a la rebeldía tiene una importante relación con la búsqueda de la identidad. Es su última etapa de la lucha por la autonomía. Es la contrapartida en la adolescencia del negativismo del niño de dos o tres años. Lo que en realidad busca, su personalidad adulta, no existe todavía plenamente.

El núcleo del problema de la identidad es la selección de una ocupación o de otro objetivo en la vida, su sentido de sí mismo adquiere así una dimensión que falta en la infancia.. Es común el idealismo que trae consigo la desilusión. Poner la imagen de sí mismo y sus aspiraciones al nivel de la realidad será tarea del adulto. los grandes propósitos y los objetivos lejanos añaden una nueva dimensión al sentido del sí mismo. (Allport, 1980).

3.2 Primeras relaciones.

Para Cooley (1902) y Mead (1965), op. cit., el autoconcepto se produce en el curso de la interacción con el 'prójimo significativo', es decir, las personas que más significativamente han influido a lo largo de nuestra existencia. (Oñate, 1989).

Del mismo modo que un hombre contempla su reflejo en un espejo y utiliza el reflejo para adquirir información referente a su naturaleza física, así también se sirve de las actitudes de otras personas para con él como medida de lo que es realmente. (Charles Horton Cooley, 1902), op. cit.

Hargreaves (1977), op. cit., considera que todos nos enfrentamos con el problema de nuestro 'ser real' porque nos parece que somos más auténticamente nosotros mismos en unas situaciones y relaciones, que en otras.

Donde más trascendencia tienen las experiencias en orden a la formación del sí mismo es en el seno de la familia, de ahí la importancia que tiene el que el niño aprecie que las actitudes de los otros hacia él sean congruentes entre sí. (Oñate, 1989).

Así mismo menciona Oñate (1989) que los principales determinantes del autoconcepto son generalmente asimilados de los modelos tempranos y perdurables en las relaciones padres-hijos y que vienen a apuntalar la seguridad emocional del niño.

Con demasiada frecuencia se enseña a los niños a creer que son 'malos' o 'inmorales'. Al insistir al niño en que ha de mejorarse constantemente, muchos padres y maestros le dan a éste la impresión de que es indigno, malo o antipático tal como es. En el proceso de insistir en una evaluación negativa del yo, desalientan a menudo sentimientos positivos hacia éste.

Percibiéndose a sí mismo como malo o inferior, el niño interpreta, elimina o deforma las entradas sensoriales para apoyar esta concepción del yo. En condiciones distintas se podrán experimentar gradualmente sentimientos positivos del yo, y si incorpora este aspecto de su personalidad al concepto que tiene de sí mismo, este concepto resultará ampliado. Aprenderá a simpatizar con determinados aspectos de sí mismo, a aprobarlos sinceramente y a desaprobados otros. En otros términos, adquirirá una imagen de su personalidad más conforme a la realidad. Su concepto del yo se hará más congruente con su yo real. El concepto del niño es fomentado de la mejor manera por medio del interés positivo, porque es el caso que él mismo acabará tratándose a sí mismo tal como ha sido tratado por los demás (Rogers, 1961).

El apoyo del ego proporcionado por los cuidados maternos permite al niño vivir y desarrollarse pese a que todavía no sea capaz de controlar lo bueno y lo malo del medio ambiente, ni sentirse responsable de ello. (Winnicott, 1986).

Así mismo, Winnicott (1986) afirma que durante el desarrollo infantil la criatura aprende a dominar el id (y el ego logra incorporarlo) principalmente gracias al cuidado materno, y a que el ego materno complementa el ego infantil y le da fuerza y estabilidad. Más adelante el ego infantil acaba liberándose del apoyo del ego materno, de tal forma que la criatura alcanza una independencia mental con respecto a la madre, es decir, una diferenciación que le otorga una personalidad propia.

A los dos, tres o cuatro años, el individuo no es aún una unidad independiente; a esa edad,, el yo del niño está todavía dedicado a construir un superyo personal para manejar y utilizar el ello (instintos). La presencia de seres humanos capaces de dar amor y de un ambiente estable resultan particularmente necesarios durante este período, y las personas que rodean al niño son utilizadas por éste como ideales, y como personas estrictas, durante la construcción de un superyo más personal, sobre sus propias ideas sobre control y licencia. (Cameron,1994).

Mahler (1977) dice al respecto que en la especie humana, la función de autopreservación y el equipo destinado a ella están atrofiados. El yo rudimentario (aún no funcional) del neonato y del infante pequeño tiene que complementarse con la relación emocional establecida mediante el cuidado materno, una especie de simbiosis social. Dentro de esta matriz de dependencia fisiológica y sociobiológica respecto de la madre ocurre la diferenciación estructural que lleva a la organización del individuo para la adaptación: el yo en funcionamiento.

Spitz (1965) llama a la madre 'yo auxiliar' del infante. En forma similar, creemos que la 'conducta de sostenimiento' de la partícipe maternante, la 'preocupación maternal primaria' de ésta, en el sentido de Winnicot (1958), es el organizador simbiótico, el partero de la individuación, del nacimiento psicológico (Cit. por Mahler,1977).

A diferencia del bebé, la madre participa en la relación ya equipada con una personalidad sumamente compleja, producto de muchos años de vida social y de su forma de pensar y sentir. Ha erigido esa personalidad sobre los basamentos biológicos con los que vino al mundo y esos fundamentos pueden haber sido diferentes en más de un sentido de los de su recién nacido bebé.

Aparte de esto, se le ha creado en un tipo particular de familia donde hubo valores, ideales, prejuicios y expectativas especiales, donde existían cualidades emotivas propias y una variedad única de subcultura. Los patrones de personalidad de una mujer son de primera importancia en el desarrollo de la personalidad de su hijo (Cameron, 1994).

Mahler (1968) dice que nunca se insistirá demasiado en la importancia que tiene la disponibilidad emocional óptima de la madre durante esta fase. "Es el amor de la madre por el niño y su aceptación de la ambivalencia de éste, lo que permite al niño catexiar su autorrepresentación con energía neutralizada". También se ha insistido sobre la importancia adicional del padre durante este período (Loewald, 1951; Greenacre, 1966; Abelin, 1971). Cit. por Mahler (1977).

Según su propia adaptación, la madre puede renunciar a las exigencias del niño durante este periodo con una disponibilidad emocional continuada y una participación juguetona, o con toda una gama de actitudes menos deseables. Sin embargo, hemos podido establecer que es la continuada disponibilidad emocional de la madre lo que resulta esencial para que el yo autónomo del niño alcance su capacidad funcional óptima, mientras va cediendo su confianza en la omnipotencia mágica. Si la madre está 'serenamente disponible' con un pronto abastecimiento de libido objetal, si comparte las hazañas del deambulador aventurero, si responde al juego con el juego y facilita así los saludables intentos de imitación e identificación del niño, la internalización de la relación entre la madre y el deambulador puede progresar hasta el punto en que, con el tiempo, se inicia la comunicación verbal, aunque aún predomine una vivaz conducta gestual, es decir, la afectomovilidad (Homburger, 1923; Mahler, 1944, 1949). El previsible compromiso emocional por parte de la madre parece facilitar el rico despliegue de los procesos de pensamiento del deambulador, la prueba de realidad, y la conducta instintiva, al final del segundo o comienzo del tercer año de vida. El desarrollo emocional de la madre en su maternidad, su disposición emocional a dejar que el deambulador se separe, a darle, como hace la madre ave, un suave empujoncito, a alentarle hacia la independencia, es de enorme utilidad. Puede ser incluso un elemento sine qua non de la individuación normal (sana).

Cuanto menos emocionalmente disponible esté la madre en la época del acercamiento, con tanta mayor insistencia e incluso desesperación el deambulador intentará cortejarla. En algunos casos, este proceso drena una cantidad tan grande de la energía evolutiva de que dispone el niño, que como resultado no queda energía ni libido ni agresión constructiva (neutralizada) suficientes para la evolución de muchas funciones emergentes del yo. (Mahler, 1977).

El establecimiento de la constancia objetal afectiva (emocional) (Hartmann, 1952) depende de la gradual internalización de una imagen constante positivamente catexiada de la madre. Esto, para comenzar, permite que el niño funcione separadamente (en ambientes familiares) pese a grados moderados de tensión (añoranza) e incomodidad. La constancia objetal emocional se basará por supuesto, en primer lugar, en el logro cognitivo del objeto permanente, pero también participan de esta evolución todos los otros aspectos del desarrollo de la personalidad del niño.

Mahler, en base a sus observaciones habla de que en parte por dotación y en parte como consecuencia de la óptima interacción madre-hijo en la fase simbiótica y en las dos primeras subfases del proceso de separación-individuación hacia el segundo año de vida se desarrollan las siguientes características: confianza básica, seguridad en su madre y en

otras personas, y en un narcisismo secundario sano con buena autoestima. (Mahler, 1977).

Mahler habla de tres variantes referentes a la madre que son de particular importancia en la configuración, promoción u obtaculización de la adaptabilidad de cada niño en particular, del desarrollo de sus impulsos y de su yo, y del comienzo de estructuración de los precursores de su superyó:

1. La estructura de la personalidad de la madre
2. El proceso evolutivo de la función parental de ésta (Benedek, 1959).
3. La fantasía consciente, pero particularmente la inconsciente, de la madre respecto de su hijo.

El niño, desde los primeros instantes de la vida, está en contacto constante con el ambiente social, entonces representado por la madre. Si bien es cierto que cada individuo nace con un determinado bagaje constitucional, su personalidad se organizará, además, según la calidad e intensidad de la influencia ambiental, simbolizada inicialmente por sus familiares y, más específicamente, en primer término la madre, y luego el padre y los hermanos.

La formación de la identidad es un proceso que surge de la asimilación mutua y exitosa de todas las identificaciones fragmentarias de la niñez que, a su vez, presuponen un contener exitoso de las introyecciones tempranas. Mientras ese éxito depende de la relación satisfactoria con la madre y luego con la familia en su totalidad, la formación de la identidad más madura depende, para Erikson, del desarrollo del yo, que obtiene apoyo para sus funciones de los recursos de una comunidad más amplia. (Grinberg, 1976).

3.3 Imágen corporal.

Probablemente, el primer aspecto del sí mismo que se desarrolla es el sentido del sí mismo corporal a partir de las sensaciones orgánicas repetidas, esfuerzo postural y frustraciones procedentes del exterior que ponen en evidencia las limitaciones del cuerpo. Durante toda la vida, el sentido del yo corporal constituye el testimonio básico de nuestra existencia. Nuestras sensaciones y nuestros movimientos nos demuestran constantemente que 'yo soy yo'. Aún siendo muy importante el sentido corporal, no es todo el sí mismo. (Allport, 1980).

Al respecto dice Mead (1990) que nuestro cuerpo forma parte de nuestro medio; y es posible que el individuo experimente su cuerpo y tenga conciencia de él y de las sensaciones corporales, sin tener conciencia de sí mismo; en otras palabras, sin adoptar la

actitud de los otros hacia él. Hasta el surgimiento de su conciencia de sí en el proceso de la experiencia social, el individuo experimenta su cuerpo -los sentimientos y sensaciones de éste- simplemente como una parte inmediata de su medio, no como un cuerpo propio, no en términos de conciencia de sí. Esto se dará más adelante.

Greenacre sostiene que el núcleo del yo incipiente y posteriormente la imagen del self es la imagen corporal. Freud insistió repetidamente (1919) en la importancia del yo corporal en el desarrollo del yo: esto se refiere a la influencia de la imagen del cuerpo en la diferenciación del self del mundo de los objetos. (cit. por Grinberg, 1976)

Aisenson (1982) dice que, el esquema corporal, que se ha considerado fundamental, corresponde tanto al yo en cuanto a sistema de posibilidades instrumentales del individuo para adaptarse a la realidad, como al sí mismo, porque integra la vivencia primordial que tiene cada ser humano de su propia individualidad autónoma.

Al mismo tiempo que se da la diferenciación estructural del individuo y emerge el yo funcional, y de acuerdo con las secuencias de placer-dolor, ocurre la demarcación de las representaciones del yo corporal dentro de la matriz simbiótica. Estas representaciones se depositan en forma de 'imagen corporal' (Schider, 1923; Mahler y Furer, 1966). Desde este momento, representaciones del cuerpo contenidas en el yo rudimentario median entre las percepciones internas y externas.

Esto corresponde al concepto de Freud (1923), de que el yo se moldea bajo el impacto de la realidad, por un lado, y de los impulsos instintivos, por el otro. El yo corporal contiene dos clases de autorrepresentaciones: un núcleo interno de la imagen corporal, con un límite que está vuelto hacia el interior del cuerpo y separa a éste del yo, y un estrato externo de engranamas sensorio-perceptivos que contribuye a la fijación de los límites del 'sí mismo corporal' (cf. Bergmann, 1963, al analizar ideas de Federn). Las sensaciones internas del infante constituyen el núcleo de su sí mismo. Parecen seguir siendo el punto central de cristalización del 'sentimiento de sí mismo', en torno del cual llegará a establecerse un 'sentimiento de identidad' (Greenacre, 1958; Mahler, 1958; Rose, 1964, 1966). El órgano sensorio-perceptivo -'el anillo periférico del yo'-, como le llamaba Freud contribuye sobre todo a la demarcación del yo respecto del mundo objetivo. Las dos clases de estructuras intrapsíquicas juntas forman el marco de referencia para la autoorientación (Spiegel, 1959, Cit. por Mahler, 1977).

Greenacre (1960) tiene la impresión de que "la visión no es sólo un elemento accesorio sino indispensable en el establecimiento de la confluencia de la superficie corporal y en la promoción de la conciencia de delimitación del yo respecto del no-yo. El tacto y la captación de las diversas partes del cuerpo con los ojos ayuda a esbozar una imagen del

conjunto del cuerpo, que está más allá del nivel de la mera conciencia sensorial inmediata". (Mahler, 1977).

Mahler (1977) habla del descubrimiento de la diferencia anatómica sexual durante el período de acercamiento, afirmando que para las niñas el pene parece transformarse en el prototipo de una 'posesión' deseada, pero inalcanzable, de otros niños. Para los niños y las niñas por igual, este descubrimiento estimulaba la adquisición de una conciencia más neta del propio cuerpo y de la relación de éste con los cuerpos de otras personas. El deambulador parecía experimentar cada vez más su cuerpo por sí mismo como una posesión que le era propia. Ya no le gustaba que lo 'manejaran'. Se resistía a que lo pusieran en una posición pasiva mientras lo vestían o le cambiaban pañales. Ni siquiera parecía gustarle que lo abrazaran y besaran, a menos que estuviera dispuesto a ello. Se tenía la impresión de que esta reivindicación de la autonomía corporal era más acentuada en los varones. En mi opinión, la diferencia anatómica sexual da pauta a la formación del autoconcepto, ya que desde entonces, el individuo empieza a conceptualizarse de determinada forma.

En palabras de Paul Schilder (1989), el yo corporal se va elaborando de acuerdo con las necesidades de la personalidad. El dolor constituye aquí un factor de importancia. El nos ayuda a decidir qué es lo que queremos tener más cerca de nuestra personalidad, del centro de nuestro yo, y qué es lo que queremos alejar.

La imagen corporal no es otra cosa que un cuadro mental, al mismo tiempo que una percepción.

La imagen corporal y la emoción se hallan íntimamente vinculadas entre sí, y así como nuestra imagen corporal es la expresión de nuestra propia vida emocional y nuestra personalidad, los cuerpos de los otros adquieren su significado último por el hecho de ser los cuerpos de otras personalidades. La percepción de los cuerpos de los demás y de su expresión de las emociones es tan primaria como la percepción de nuestro propio cuerpo y de sus emociones y expresiones. Nuestro cuerpo, tal como lo demuestran todos los análisis que anteceden, no difiere, en la percepción sensoria, de los cuerpos de los demás.

El mundo exterior se torna más claro con la experiencia desarrollada de la mente plenamente consciente. Por otro lado, no existe tan sólo un mundo exterior de estructura diferente a la de la imagen del cuerpo, sino también una personalidad -el mundo entero de la vida psíquica- en la medida en que constituye la expresión de un yo, de un sujeto. Sin embargo, no es menos cierto que en toda experiencia se halla presente la imagen corporal. Es una característica de la experiencia cabal que abarca la personalidad (el verdadero yo), el cuerpo y el mundo. No hemos hecho más que tomar el cuerpo como una de las tres esferas de experiencias que constituyen la vida y la existencia.

No hay imagen corporal sin personalidad. No obstante, el desarrollo cabal de la personalidad de otro individuo y sus valores sólo es posible por mediación del cuerpo y de la imagen corporal. La preservación, construcción y elaboración de la imagen corporal de este otro sujeto, se convierte así en un signo, señal y símbolo del valor de su personalidad integrada.

Existe una experiencia inmediata de algo que llamamos cuerpo o imagen del cuerpo, pero esta primera experiencia es incompleta y dista de ser nítida, y aún para este modelo postural primitivo es indispensable el contacto con la realidad externa, puesto que aún la imagen corporal más primitiva que sea dable imaginar, ya está modificada por la experiencia. Pero la experiencia no es aceptada en forma pasiva; algunas partes de la misma son tomadas y luego rechazadas. La imagen del cuerpo es constituida y, como en toda construcción, existe un continuo tantear a fin de descubrir qué partes encajan dentro del plan total. El individuo trata de obtener la mayor cantidad posible de impresiones, porque desea arribar a formaciones definidas. La gestalt es construida, no en un flujo constante de experiencias, sino en distintos planos y capas, y es la superior la que habrá de contener un elemento nuevo de organización o estructuración. En esta construcción y organización no sólo se utilizan las experiencias actuales, sino también las pasadas, y la función de la memoria consiste en tener listo el material para la nueva organización. La memoria, el aprendizaje y la experiencia se basan en el hecho psicológico fundamental de que las experiencias pretéritas no desaparecen de nuestra mente, y pueden ser utilizadas, por lo tanto, para las nuevas organizaciones.

El individuo se dirige activamente hacia la adquisición de datos acerca del mundo y de su propio cuerpo. El conocimiento del propio cuerpo es el resultado de un esfuerzo permanente. No hay desarrollo del modelo postural del cuerpo que se deba tan sólo a factores internos. Verdad es que hay un proceso de maduración, que no sabemos exáctamente cuándo se detiene. Pero no hay que creer, de ningún modo, que la maduración es un desarrollo mecánico. El desarrollo recibe la guía de la experiencia, de la prueba y el error, del esfuerzo y la tentativa. Sólo en tal forma podemos adquirir el conocimiento organizado de nuestro cuerpo.

Continúa Schilder, la estructura de la imagen corporal en su sentido puramente fisiológico se basa, en gran medida, en procesos que permanecen en el fondo de la conciencia. Es allí donde tiene lugar una activa construcción de la imagen del cuerpo. Verdad es que parte de esta construcción se halla por cierto completamente fuera del campo de la conciencia, pero también está representada por procesos psíquicos conscientes e 'inconscientes'.

La vida emocional desempeña un papel decisivo en la configuración definitiva del modelo postural del cuerpo. La influencia emocional altera el valor y claridad relativos de las

distintas partes de la imagen corporal, de acuerdo con las tendencias libidinales. Schilder se refiere aquí a patologías, pero esto es cierto en cualquier caso. La unidad emocional del cuerpo sólo puede preservarse una vez alcanzado el complejo de Edipo y una vez que se han desarrollado relaciones objetales completas. La identificación y la personización desempeñan un papel fundamental en la construcción de la imagen del cuerpo.

El vínculo de integración espacial comprende la relación entre las distintas partes del self entre sí, incluyendo el self corporal, manteniendo su cohesión y permitiendo la comparación y el contraste con los objetos; tiende a la diferenciación self-no self.

El sentimiento de identidad se encuentra estrachamente vinculado con la evolución psicosexual. La noción del cuerpo resulta esencial para la consolidación de la identidad del individuo. Todo el mundo se experimenta a sí mismo como ligado inextricablemente a su cuerpo. En la medida en que uno percibe que está vivo, siente que es real y sustancial. En la medida en que se siente consubstanciado con su cuerpo, tendrá también un sentido de su continuidad personal en el tiempo, y de la continuidad de sus relaciones objetales y sociales ocurridas durante el curso de dicho tiempo.

La percepción del cuerpo como unidad sirve de base para la noción de 'esquema corporal' como unidad somatopsíquica propuesta por Schilder. El esquema corporal se basaría en el 'yo corporal' de Freud más los afectos y actitudes motrices asociadas a toda percepción. Cuando Freud señaló que "el yo es primero y sobre todo un yo corporal...no sólo un yo superficial sino incluso la proyección de una superficie" estaba poniendo el acento en uno de los factores más importantes que forman los cimientos de la identidad. Schilder consideró la imagen del cuerpo humano como una estructura antropológica, a la vez que fisiológica y psicológica, y la concibió así no sólo como un factor decisivo en toda acción humana, sino como una parte constitutiva de la persona humana misma. Por imagen del cuerpo humano entiende aquella representación que nos formamos mentalmente de nuestro propio cuerpo. ¿Cómo se integra esta imagen?. Disponemos de ciertas sensaciones; vemos algunas partes de la superficie corporal, tenemos impresiones táctiles, dolorosas, musculares y viscerales. Todo ello conduce a la experiencia inmediata de que existe una unidad corporal. La imagen corporal se expande más allá de los límites del cuerpo (Cit. por Grinberg, 1976).

Murphy (Cit por Hall y Lindzey, 1984) señala que la canalización del propio cuerpo constituye la base para la aparición de un concepto de sí mismo; tanto la percepción del propio cuerpo como su diferenciación respecto de los objetos del mundo resultan de las constantemente reiteradas experiencias de placer sensual en él localizadas. El sí mismo no es originalmente sino la imagen del propio cuerpo, la cual se desarrolla a partir de las canalizaciones orientadas hacia éste. Señala que el sí mismo, como aspecto identificable

de la personalidad, se desarrolla a partir de las canalizaciones dirigidas hacia el propio cuerpo. Tales canalizaciones sirven para conducir al cuerpo y sus diversas partes al foco perceptual, tras de lo cual, sumado al condicionamiento respecto de símbolos verbales tales como 'mí', 'mío', 'yo mismo' y 'yo', el sí mismo como objeto se torna definido. Cuando ello ocurre, habitualmente en el curso de los dos primeros años de vida, el sí mismo deviene la figura perceptual dominante, en torno de la cual tienden a organizarse las propias percepciones y actividades que así llegan a ser 'mis' percepciones y 'mis' actividades. En la teoría biosocial de Murphy, el yo aparece como el concepto unificador preminente, si bien el concepto de sí mismo también explica la sensación de continuidad que toda persona experimenta a pesar de vivir en un mundo cambiante.

3.4 Satisfacción de necesidades.

Cada etapa de la vida demanda el que ciertas necesidades sean cubiertas, para que de esta manera el desarrollo tanto físico como psíquico siga su curso normal. El que se produzca satisfacción o frustración según sean cubiertas o no estas necesidades, le dará a la persona un estilo muy propio de actuar, de reaccionar, de ser, por lo tanto será un factor importante para la formación del autoconcepto.

Al hablar de necesidades estamos hablando de necesidades tanto físicas como psíquicas. Las físicas son las más básicas, sin embargo, es el comienzo de una aproximación entre madre e hijo y para propiciar condiciones favorables para el desarrollo del niño tienen que satisfacerse adecuadamente las necesidades físicas y las psíquicas.

Engel (1963) dice en su formulación que las primeras experiencias afectivas son relativamente indiferenciadas y reflejan tendencias biológicas básicas más identificables por su impacto sobre el observador que por cualquier dato obtenible del organismo del bebé. De ahí que se denominen afectos primarios indiferenciados. Estos afectos primarios indiferenciados indican únicamente saciedad o necesidad, placer o displacer, tal como son comunicados al ambiente y dentro del organismo. Con el desarrollo del aparato mental, la progresiva internalización del ambiente y la delimitación de las representaciones del sí mismo y del objeto, van evolucionando cualidades afectivas discriminadas, vivenciadas e informables de distintas maneras. Estos son los que llamamos afectos diferenciados. Si bien conocido con Freud (1926) en el que el yo es el asiento de todos los afectos, vale la pena notar que estas cualidades distintivas de los afectos diferenciados reflejan diferentes aspectos de los impulsos yoicos, así como de las actividades del sí-mismo y objeto, tal como Schmale (1958) fue el primero en destacarlo. (Cit. por Kohut, 1980).

Una criatura de cualquier edad que necesita sentirse afectuosamente sostenida requiere una forma física de amor que la madre le proporcionaba naturalmente cuando lo llevaba en su seno. Sin duda, el bebé no comienza como una persona capaz de identificarse con otras. Se necesita primero una consolidación gradual del yo como un todo o una unidad, y también un desarrollo gradual de la capacidad de sentir que el mundo exterior y el mundo interior son cosas relacionadas pero no idénticas al yo, y que el yo es individual y peculiar y nunca igual en dos criaturas.

Al expresar la madre el amor en términos de manejo físico y al proporcionar satisfacciones físicas contribuye a que la psiquis infantil comience a vivir en el cuerpo del niño. Mediante su técnica de cuidado expresa sus sentimientos hacia el niño, y se va consolidando como una persona que el individuo en desarrollo puede reconocer.

Schaffer y Emerson postulan una 'necesidad de dependencia' en las criaturas humanas a partir de definir a la dependencia como 'la tendencia de los pequeños a buscar la proximidad de algunos otros miembros de la especie'. La importancia de su estudio está en su reconocimiento -al igual que otros investigadores recientes en esta área- de que el infante es activo en la búsqueda de la interacción, en vez de pasivo; busca la atención de aquellos que lo rodean, por sí misma, y no porque haya aprendido a asociarla con el alivio de necesidades biológicas. (Ferguson, 1979).

Gracias a que la madre ha buscado y visto constantemente al ser humano en su bebé, lo ha ido capacitando para constituirse en una personalidad, para integrarse desde adentro en una unidad. Este proceso no está completo a la edad del jardín de infantes, y durante este período subsiste la necesidad de un tipo personal de relación, en la que se llama a cada niño por su nombre, se le viste y se le trata de acuerdo con lo que cada uno de ellos es y con la forma en que se siente. En los casos favorables, la individualidad del niño deviene tan firme con el correr del tiempo que es él mismo quien desea participar en actividades de grupo.

El cuidado físico del niño desde el nacimiento (o antes) constituye un proceso psicológico desde el punto de vista del niño. La técnica materna en cuanto a sostenerlo, bañarlo, alimentarlo, todo lo que hizo con el bebé, se fue sumando a la primera idea que el niño tuvo de la madre y a todo esto se fue sumando gradualmente su aspecto, sus otros atributos físicos y sus sentimientos.

El cuidado que el bebé puede apreciar satisface necesidades psicológicas y emocionales, por mucho que parezca estar relacionado con simples necesidades físicas. El hecho de que la madre esté viva y el manejo físico, proporcionan un ambiente físico y emocional esencial para el temprano crecimiento emocional del bebé. (Winnicott, 1986).

Desde mi punto de vista, puede verse la satisfacción de necesidades como primera pauta en la formación del autoconcepto.

Mahler (1977) hablando de su cuarta etapa, la consolidación de la individualidad, refiere que el lento establecimiento de la constancia del objeto emocional es un proceso complejo y multideterminado que incluye todos los aspectos del desarrollo psíquico. Los determinantes previos esenciales son: 1) la fe y la confianza a raíz de que ya en la fase simbiótica ha ocurrido un alivio regular de la tensión provocada por las necesidades, alivio proporcionado por el instrumento de satisfacción de necesidades. En el curso de las subfases del proceso de separación-individuación este alivio de la tensión provocada por las necesidades se va atribuyendo gradualmente al objeto total que las satisface, la madre, y se transfiere luego, por medio de la internalización, a la representación intrapsíquica de la madre; 2) la adquisición cognitiva de la representación interna simbólica del objeto permanente (en el sentido de Piaget); en nuestro caso, del objeto único de amor: la madre. Hay implicados muchos otros factores, tales como la dotación y maduración instintiva innata, la neutralización de la energía instintiva, la prueba de realidad, la tolerancia a la frustración y a la ansiedad, entre otras.

3.5 Identificación e Introyección.

Sobre el proceso de identificación, Winnicot(1986) menciona que es importante señalar que lo que se da en torno a ella facilita las primaras fases de las tendencias integradoras de la criatura así como el comienzo de la estructuración de su ego. Podría afirmarse que la madre hace que el débil ego de la criatura se convierta en un ego fuerte, por el hecho de estar allí, reforzándolo todo, como la energía que permite llevar fácilmente la dirección de un autobus.

Durante edades tempranas se observan muchos signos de identificación con las actitudes de otros, en especial con las de la madre o el padre. Esto en un nivel superior de identificación del yo -ya no con características introyectivas de períodos anteriores-, tales como el de diferenciación, cuando se ve que los niños asumen pautas del cuidado que sus madres les prodigaban, en sus primeros pasos hacia la individuación y la separación.(Mahler, 1977).

Freud se había referido ya a la identificación como la forma más temprana de relación con un objeto al que se considera como modelo. "La identificación es conocida en psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo con otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo. (Cit. por Grinberg, 1976).

La introyección es el nivel básico más temprano y primitivo de los procesos de internalización. Es la reproducción y fijación de una interacción con el medio. La introyección depende de la percepción y la memoria vinculando la percepción 'externa' con la percepción de primitivos estados afectivos que representan derivados instintivos.

Sin embargo, en las primeras introyecciones no existe una diferenciación entre imagen objetal e imagen de sí mismo o autoimagen (Jacobson, 1964). La 'reacción de sonrisa recíproca' observable alrededor de la edad de tres meses indica, según Spitz (1965), el primer organizador de la psique.

El matiz afectivo de la introyección es un aspecto esencial de ésta y representa su valencia activa que determina la fusión y organización de introyecciones de valencia similar. Así, las introyecciones que tienen lugar bajo la valencia positiva de gratificación del impulso libidinal como es el caso en el contacto amoroso entre madre y bebé, tienden a fusionarse y a organizarse formando lo que de manera algo vaga, pero sugestiva, se ha denominado 'el objeto interno bueno'.

Las introyecciones que tienen lugar bajo valencia negativa de derivados de instintos agresivos tienden a fusionarse con introyecciones de similar valencia negativa y se organizan formando 'los objetos internos malos'. Este proceso contribuye a la diferenciación entre sí mismo y el objeto y a la definición de los límites yoicos. Esto, a su vez, perfecciona la organización e integración de los aparatos de percepción y memoria; por consiguiente, las introyecciones ulteriores contienen una información cada vez más completa y elaborada acerca del objeto y del sí mismo en el momento de cada interacción.

La identificación es una forma superior de introyección que puede tener lugar recién cuando las capacidades perceptiva y cognitiva del niño se han incrementado lo suficiente como para permitirle reconocer los roles en la interacción personal. El rol significa la presencia de una función socialmente reconocida que está siendo llevada a cabo por el objeto o por ambos participantes de la interacción.

Puesto que, las identificaciones llevan consigo una internalización de roles, las manifestaciones de la conducta del individuo, que expresan uno o los dos roles recíprocos de la respectiva interacción, constituyen uno de los productos fundamentales de la identificación. En el caso de las introyecciones, las manifestaciones de la conducta aparecen con menos claridad en la interacción personal. El niño aprende sus propios roles, vividos al principio de manera más pasiva, viéndolos como parte de la imagen del sí mismo que es uno de los componentes de la identificación. Aprende también los roles de la madre (como parte de la imagen objetal materna) y puede en algún momento reaccionar

esos roles. El almacenamiento y la organización a largo plazo son típicos de la actuación de roles en la identidad del yo. Por lo general, las identificaciones se inician en los últimos meses del primer año de vida, pero recién en el segundo año alcanzan su pleno desarrollo.

Las conductas del niño que imitan la conducta materna constituyen la matriz de las identificaciones.

La identidad del yo representa el más alto nivel de organización de los procesos de internalización; seguimos aquí muy de cerca la conceptualización de Erikson (1956). La identidad del yo se refiere a la organización general de las identificaciones e introyecciones, bajo el principio orientador de la función sintética del yo. Esta organización implica:

1. La consolidación de las estructuras yoicas, relacionada con un sentido de continuidad del sí mismo (siendo el sí mismo la organización de las autoimágenes que formaban parte de las introyecciones e identificaciones), la percepción, por parte del niño de su propio funcionamiento en todas las áreas de su vida y su creciente dominio de las tareas básicas de adaptación contribuyen a esta consolidación (Murphy, 1964).

2. Una coherente concepción global del 'mundo de los objetos', resultante de la organización de las imágenes objetales que formaban parte de las introyecciones e identificaciones y un sentido de coherencia en las propias interacciones interpersonales; las manifestaciones de la conducta tienen aún más importancia en la identidad del yo que en las identificaciones.

3. El reconocimiento de la coherencia en las interacciones como característica del individuo por parte de su ambiente interpersonal, y a su vez, la percepción por parte del individuo de ese reconocimiento que le otorga el ambiente ('confirmación').

El resultado normal de la formación de la identidad es que las primitivas identificaciones son reemplazadas poco a poco por identificaciones sublimadas, parciales y selectivas, en las cuales se internalizan sólo aquellos aspectos de las relaciones objetales que armonizan con la formación de la identidad del individuo. De hecho, el enriquecimiento de la propia vida personal gracias a la presencia interna de estas identificaciones parciales y selectivas que representan a personas amadas y admiradas de manera relaista, sin internalizaciones indiscriminadas, constituye una principalísima fuente de hondura y bienestar emocional. (Ticho, 1965).

¿En qué momento comienza la existencia del yo? Ciertas estructuras yoicas y las funciones vinculadas con ellas existen desde el comienzo de la vida: la percepción, la capacidad de establecer huellas mnésicas y las demás funciones mencionadas. Estas son esencialmente funciones de los aparatos autónomos primarios (Hartmann, 1939). Por el

contrario, la capacidad de hacer introyecciones representa un nivel superior de capacidad innata, íntimamente vinculada con la 'perceptualización' de los derivados instintivos.

El yo, como estructura psíquica diferenciada en el sentido que le dio Freud (1923), aparece en el momento en que las introyecciones son utilizadas con fines defensivos, específicamente como parte de una temprana organización defensiva contra la ansiedad abrumadora.

En un momento dado, la maduración y el desarrollo de las funciones yoicas primarias dan lugar a introyecciones que, a su vez, se convierten en el principal agente organizador de lo que habrá de ser el yo como estructura inetgrada.

El ulterior desarrollo de todas las estructuras y funciones yoicas contribuye al desarrollo de aquellas estructuras yoicas específicas que llamamos sistemas de identificación. Y en última instancia estos determinan la identidad del yo, máximo nivel de las funciones sintéticas del yo. (Kohut, 1980).

3.6 Autoobjetivación.

La imagen de sí para Allport (1966) se refiere a la imagen de la personalidad total, incluidos el yo físico y el sentimiento de identidad. En grandes líneas puede considerarse como el concepto que uno tiene de sí mismo. difiere de la autoidentidad que se refiere únicamente al yo o ego. Sin embargo, al igual que la autoidentidad, la imagen de sí es en gran parte producto de los papeles que al niño se le hacen desempeñar. Gradualmente seguirá formando una imagen de sí que corresponde a las expectativas de los demás significativos en relación con su comportamiento.

Igual que otros aspectos del yo, la imagen de sí es un proceso de evolución lenta. Al principio es vaga y mal definida y no contiene elemento alguno de aquello que uno quiere ser o debería ser, esto es, ninguna idea de un yo acabado; pero a medida que la conciencia se va conviriendo en un rasgo destacado de la personalidad y que el niño empieza a adquirir la manera de proyectar el futuro, la imagen de sí se ensancha para incluir no sólo una imagen aproximada del yo real, sino también imágenes de yo más potenciales. Podrá ocurrir que el individuo sólo tenga nociones vagas de aquello que es, de aquello que quiere ser o que debería ser y como consecuencia, su orientación con respecto a la vida podría carecer de dirección. Su desarrollo estará limitado, porque el individuo no puede cambiar, a menos que tenga como objetivo alguna imagen ideal de sí mismo.

El fracaso en el desarrollo de la imagen puede traducirse en la prolongación de la conciencia de la infancia hasta la edad adulta.

Allport concuerda con G. H. Mead en que el yo es en gran parte producto de la apreciación de los demás.

El amor propio se ve reforzado por el hecho de hacer el individuo cosas en la forma por él escogida, de conformarse uno a sus propios ideales y a los objetivos propuestos. En cierto sentido, esta es una extensión de su personalidad, y su valor refuerza el concepto que se tiene de sí mismo.

Una de las formas de adquirir un buen concepto de sí consiste en descubrir para qué se tiene disposición y tratar de perfeccionar la habilidad en cuestión. Una de nuestras principales tareas consiste en ponernos de acuerdo con nosotros mismos, en reconocer y apreciar lo que somos y en percibir lo que puede y lo que no puede cambiarse.

Si los progenitores tratan al niño como si fuera torpe o inepto o no muestran la menor consideración por sus derechos, aquél podrá adquirir un sentimiento de incapacidad que tenga poco que ver con sus facultades reales.

Sin embargo, aunque nadie pueda sustraerse por completo a la influencia de las opiniones de los demás, el foco principal del amor propio debería residir en último término en el individuo mismo.

El concepto que uno tiene de sí mismo (la imagen del yo) es en gran parte, en los primeros años de la vida, producto de las diversas formas en que se es visto por los demás. Paulatinamente la imagen del yo comienza a ser modelada por la persona misma. Se extiende para incluir aquello que se debe ser y lo que se debería ser. Dentro de la seguridad emocional se incluye la aceptación de sí mismo. La persona madura aprecia el hecho de que nadie es por completo aquello que se desearía ser. La diferencia entre aquello que es y lo que se desearía ser no es tan grande como para el neurótico. Una de las características que presenta la persona madura según los criterios de Allport es la Autoobjetivación, que es el conocimiento del yo y que está íntimamente relacionada con la percepción conforme a la realidad.

El conocimiento de sí mismo es una empresa que empieza tempranamente y se prosigue durante toda la vida. La persona madura lo posee en alto grado, en tanto que la persona inmadura se siente tan desconcertada por este aspecto de su vida como por otros aspectos importantes. El conocerse la persona a sí misma implica tres condiciones, esto es: saber lo que puede hacer, saber lo que no puede hacer y saber lo que debería hacer. Aprender el

individuo sus limitaciones es un elemento tan indispensable del conocimiento de sí mismo como lo es aprender lo relativo a sus posibilidades.

Algunas características beneficiosas de la personalidad parecen estar ligadas a un alto grado de conocimiento de sí. Este conocimiento está oscurecido por una apreciación excesiva del yo.

Búsquense pretensiones, causas, máscaras y exageraciones del valor propio. Por supuesto, el individuo puede errar también en la dirección opuesta por medio de una evaluación insuficiente y un desprecio crónico de sí mismo. No debemos temer la verdad acerca de nosotros mismos, porque lo cierto es que hay más elementos positivos que negativos en la mayoría de las vidas.

Por su parte, Carl Rogers afirma que el problema básico del individuo en desarrollo está en descubrir y empezar su yo real dentro de las funciones que le están impuestas (roles). El individuo funciona más plenamente cuando se está realizando a sí mismo a su propia manera. Esto sólo puede conseguirse mediante la autodirección (Rogers, 1961). Vivir plenamente requiere que el individuo sepa cabalmente lo que ocurre en él y fuera de él. un individuo que se enfrenta a una decisión se encuentra con que no puede adoptarla porque no se conoce en realidad a sí mismo y no sabe, por consiguiente, lo que quiere. En muchas situaciones, la dificultad reside en la falta de percepción de sí mismo. Aprendiendo el individuo a conocerse a sí mismo y poniendo a prueba los conocimientos adquiridos, el individuo podrá llegar a confiar en su propio organismo.

Rogers cree que la aceptación del individuo de sí mismo constituye una condición para producir cambios en la personalidad. La persona que se acepta a sí misma no necesita temer lo que va a descubrir acerca de sí.

Horney (1950) creía que el individuo debería examinar constantemente su imagen ideal del yo y comparala con sus logros y realizaciones reales, esforzándose continuamente por asegurar una correspondencia estrecha entre aquello que somos realmente y la imagen o concepción que tenemos del yo. Lo que representaría, para mí un autoconcepto bien estructurado. Según Horney, el niño posee su propia naturaleza individual a la que hay que proporcionar plena libertad de desarrollo. El instrumento engañosamente sencillo para la liberación de las fuerzas del yo es el conocimiento por el individuo de sí mismo (Horney, 1950).

Aisenson (1982) dice que el sí mismo no se autopresenta mediante un conocimiento sino mediante una experiencia vivencial. Lo que sí es posible es el conocimiento introspectivo de diversos aspectos de nuestra personalidad. A su parecer, existe una especie de espectro de la proximidad a sí mismo que abarca diversas modalidades, desde el proceso

de autoobjetivación que se da en el conocimiento introspectivo hasta la experiencia de la propia experiencia.

Winnicot, (1986) habla de la capacidad para estar solo, la cual es casi sinónimo de madurez emocional. La madurez y la capacidad para estar solo implican que el individuo ha tenido la oportunidad, gracias a una buena maternalización, de formarse poco a poco la creencia en un medio ambiente benigno. Esta creencia va desarrollándose paulatinamente mediante la repetición de la satisfacción de los instintos.

Winnicot afirma que la parte principal de su tesis es la aseveración de que nos es necesario poder hablar de una forma pura de estar solo, y que, incluso, estando de acuerdo en que la capacidad de estar verdaderamente solo constituye un síntoma de madurez de por sí, esta capacidad tiene por fundamento las experiencias infantiles de estar a solas en presencia de alguien.

Únicamente al estar solo (en presencia de otra persona) será capaz el niño de descubrir su propia vida personal. Desde el punto de vista patológico, la alternativa consiste en una vida falsa edificada sobre las reacciones producidas por los estímulos externos. El individuo que ha podido crearse la capacidad para estar solo será capaz, en todo momento, de redescubrir el impulso personal; impulso que no se desperdiciará ya que el hecho de estar solo es algo que, paradójicamente, da a entender que otra persona se halla presente. (Winnicot, 1986).

‘Yo soy yo’ es la expresión corrientemente utilizada para referirse al sentimiento de identidad y traduce una experiencia de autoconocimiento (Grinberg, 1976).

Stephenson (1953) cree que el individuo puede pensar y hablar acerca de sí mismo exactamente del mismo modo que acerca de otras cosas y que tales autorreflexiones son parte de su conducta en la misma medida que todo cuanto haga.

cuando las experiencias simbolizadas que constituyen el sí mismo reflejan fielmente las experiencias del organismo, entonces se dice que la persona está bien ajustada, ha alcanzado madurez y funciona por completo. (Cit. por Hall y Lindzey, 1984).

CAPITULO 4

AUTOCONCEPTO Y SOCIEDAD

No podemos pretender estudiar al individuo como un ente aislado, el individuo influye en la sociedad y la sociedad en él y, de esta forma el medio social en que se desenvuelve el individuo es de gran importancia en la formación del autoconcepto.

4.1 Los roles sociales.

En los estudios psicoanalíticos acerca de la identidad, algunas definiciones incluyen como elemento básico el desempeño de roles y otras lo excluyen deliberadamente. Según D. de Levita, algunos autores señalan que “la identidad es la totalidad de los roles de un individuo en la comunidad”, mientras otros sostienen que “identidad es el núcleo esencial del individuo, que se hace visible solamente después que todos sus roles han sido dejados de lado”.

D. de Levita, por su parte, opina que en la conducta humana generalmente el rol tiene un modelo dado por la comunidad y es, en ese sentido, una especie de contrato entre un individuo y un grupo. Por definición, el rol sería desempeñable por distintos individuos y, por lo tanto, los individuos que desempeñan un rol, sustituibles.

Kluckholm y Murray consideran que la identidad es la combinación específica de roles de cada individuo, y la individualidad la manera en que llenan esos roles. La suma de la identidad más la individualidad hacen de cada ser humano un ser único.

El ‘rol’ es la función que regula el comportamiento individual con ciertas normas del grupo, relacionadas con la conducta que ‘se espera’ del individuo en función de su edad, sexo, especialización profesional, estado civil. No todas las categorías de ‘roles’ influyen de la misma manera en la formación de la personalidad.

Esto se debe, en primer término, a que no todos los ‘roles’ son igualmente obligatorios: unos están prescriptos, los otros simplemente permitidos; unos son adquiridos (facultativos); los otros adscriptos (imputados). Parece ser que las características de los roles que se ofrecen al individuo durante el transcurso de la evolución, son rápidamente

introyectados; de este modo, se transforman en normas de conducta inconsciente. el individuo puede llegar a formarse un ideal de sí mismo en función de su 'rol' diferencial y comienza a adquirir, en función del sistema de clasificación que tiene vigor en su sociedad, otras características que lo distinguen "más claramente de sus semejantes en quienes percibe otras posiciones o roles". Posiciones y 'roles' sirven pues, de sistemas de diferencia para comunicar a los individuos entre sí, pero cada individuo asume su 'rol' de una manera que le es propia.

Laing sostiene que la 'identidad propia' de una persona nunca puede ser completamente abstraída de su 'identidad para los otros'. su identidad, en cierta medida, depende de la identidad que los otros le atribuyen, pero también de las identidades que el atribuye a los otros, y por lo tanto de la identidad o identidades que el supone que los otros le atribuyen a él. Plantea la función de complementariedad por la cual el sentimiento de identidad requiere la existencia del 'otro' por el cual uno es conocido. Esto puede aplicarse a los aspectos de la identidad que se expresan por medio del ejercicio de determinados roles: una madre necesita de la existencia de un hijo para poder ser madre.

Sin embargo, los roles pueden servir también como disfraces de la identidad. Esto lleva a uno de los problemas más arduos relacionados con el tema: la autenticidad de la identidad de cada individuo. Así, por ejemplo, muchos autores, siguiendo a Erikson, parecen aceptar que el individuo logra la consolidación de su auténtica identidad cuando encuentra en su contexto social aspectos especiales con los que pueda identificarse claramente y funcionar en la forma en que la sociedad espera que funcione. En términos simplificados podría decirse que la identidad auténtica es el 'ser algo', mientras que el estar funcionando 'como algo' es una pseudoidentidad.

Desempeñar roles para funcionar 'como algo', o sea como la sociedad lo exige, implica una identidad precaria, falsa, que se asume por carecer de la capacidad para 'ser algo' y que expresa el sometimiento pasivo a la sociedad y a sus exigencias. (Grinberg, 1976).

El modelo creado por Kinch (1963) toma al autoconcepto como una organización de cualidades que el individuo se atribuye a sí mismo y que comprende los atributos expresables en adjetivos y los roles que ve en sí mismo (Cit. por Oñate, 1989).

Erikson (1950) destacó la importancia de los roles sociales como parte de la identidad del yo y la búsqueda inconsciente de continuidad en el carácter del individuo y en la solidaridad interna con los ideales grupales y la identidad grupal que incorpora. (Cit. por Khout, 1980).

Hargreaves (1977), op. cit., menciona que las fuentes de la autoimagen son: a) En primer lugar, aprendemos a percibirnos como otros nos perciben, las actitudes de otros para con nosotros se incorporan a cada una de nuestras actitudes. b) En segundo lugar, la forma en que nos vemos a nosotros mismos, está relacionada con los roles que desempeñamos. Todos ellos contribuyen a nuestra autoidentidad, si bien algunos como el rol ocupacional y el del sexo juegan una parte más central que otros. (Cit. por Oñate, 1989).

4.2 Imagen corporal.

La imagen corporal no es otra cosa que un cuadro mental, al mismo tiempo que una percepción.

La imagen corporal y la emoción se hallan íntimamente vinculadas entre sí, y así como nuestra imagen corporal es la expresión de nuestra propia vida emocional y nuestra personalidad, los cuerpos de los otros adquieren su significado último por el hecho de ser los cuerpos de otras personalidades. La percepción de los cuerpos de los demás y de su expresión de las emociones es tan primaria como la percepción de nuestro propio cuerpo y de sus emociones y expresiones.

Nuestro cuerpo, tal como lo demuestran todos los análisis que anteceden, no difiere, en la percepción sensoria, de los cuerpos de los demás.

Nuestra imagen corporal y las imágenes corporales de los otros son datos primarios de la experiencia, y que desde el principio mismo existe una vinculación sumamente estrecha entre nuestra imagen corporal y la de los demás. Así, incorporamos ciertas partes de las imágenes corporales de los demás a las de otras personas, al mismo tiempo que conferimos nuestras propias imágenes corporales a otros individuos o, en cierto modo, realizamos un constante intercambio entre nuestras imágenes corporales y las de los sujetos que nos rodean. Este intercambio puede serlo sólo de partes o de entes totales.

Nuestro propio cuerpo es una imagen y somos nosotros mismos quienes la construimos en conformidad con nuestras actitudes instintivas. Un cambio concreto en la apariencia sólo puede arrojar, por lo tanto, un resultado limitado, aunque puede modificarse el cuerpo y, con ello, la imagen corporal no habrá de ejercer una influencia decisiva cuando no logre modificar la actitud psíquica del individuo.

Nuestra propia belleza o fealdad no sólo figuran en la imagen que nos hacemos de nosotros mismos, sino también en la que los demás se forman de nosotros, para retornar luego, nuevamente hacia nosotros. La imagen corporal es el resultado de la vida social. Belleza y fealdad no son, por cierto fenómenos que se den en el individuo aislado, sino

que son esencialmente culturales y de la mayor importancia. Existen diferencias notables de cultura a cultura.

Las imágenes corporales y su belleza no son entes rígidos. Nosotros construimos y reconstruimos nuestra propia imagen corporal, como así también la de los demás. En estos incesantes procesos, intercambiamos partes de nuestras imágenes con las imágenes de los demás; o para expresarlo de otro modo, existe una perpetua socialización de las imágenes corporales.

Una vez construido nuestro cuerpo, lo extendemos nuevamente hacia el mundo, fundiéndolo con otros cuerpos. Sería erróneo concluir de aquí que tienen lugar procesos colectivos. No existe ninguna imagen corporal colectiva; lo que sucede es que todo el mundo construye una propia imagen corporal en contacto con otras imágenes. Existe, empero, un constante dar y tomar, de modo que es exacto que muchas partes de las imágenes corporales son comunes a aquellas personas que suelen verse, que andan juntas, que guardan una relación social recíproca. Lévy-Bruhl interpretó este hecho como la ley de participación y de las representaciones colectivas primitivas.

El mundo exterior se torna más claro con la experiencia desarrollada de la mente plenamente consciente. Por otro lado, no existe tan sólo un mundo exterior de estructura diferente a la de la imagen del cuerpo, sino también una personalidad -el mundo entero de la vida psíquica- en la medida en que constituye la expresión de un yo, de un sujeto. Sin embargo, no es menos cierto que en toda experiencia se halla presente la imagen corporal. Es una característica de la experiencia cabal que abarca la personalidad (el verdadero yo), el cuerpo y el mundo. No hemos hecho más que tomar el cuerpo como una de las tres esferas de experiencias que constituyen la vida y la existencia.

Nuestra propia imagen corporal adquiere sus posibilidades y su existencia sólo gracias al hecho de que nuestro cuerpo no se halla aislado. Un cuerpo es, necesariamente, un cuerpo entre otros cuerpos. Debemos tener a otros seres a nuestro alrededor. La palabra 'yo' no tiene ningún sentido cuando no hay un 'tú'. No sólo toleramos a los demás sino que su existencia representa para nosotros una necesidad íntima. (Todo lo anterior citado por Schilder, 1989).

La psicología social es siempre una psicología de individuos sujetos a las condiciones de la vida social. Esta provoca la tendencia a identificarse con los otros. La imitación forma parte de dicha tendencia. La identificación se basa íntimamente en la identificación de las imágenes corporales.

Pero la vida social no sólo se basa en la identificación sino también en las acciones, donde perdura el pleno carácter de objeto de la otra persona. Existen, pues, dos tendencias antagónicas: una que mediante la identificación, procura incorporar a otros dentro de nosotros y otra, no menos fuerte, que necesita sentir a los demás como objetos independientes. Estamos aquí frente a una antinomia social de incalculable importancia.

'Yo' y 'tu' no son posibles el uno sin el otro. Nuestra propia imagen corporal no es posible sin las imágenes corporales de otras personas. Pero cuando son creadas, adquieren la existencia en una comunicación permanente. Tales son, pues, los grandes contornos suministrados por los hechos de la organización humana y de la organización de la vida en general. Podríamos llamarlos hechos a priori. El yo, el tú, la personalidad, el cuerpo, el mundo, son entidades separadas, pero hay un constante proceso psicológico que modifica la relación existente entre el yo y el mundo, entre el yo y la imagen corporal, entre las imágenes corporales de las distintas personas. El esquema a priori, la caparazón vacía de la vida, la simbolización de las condiciones generales de la vida, alcanza su significado completo y definitivo cuando la vida deja de ser un concepto filosófico general para convertirse en un proceso concreto de experiencias y situaciones vitales múltiples y variadas.

Todo análisis de la imagen corporal que la considere una entidad aislada será, necesariamente, incompleto. Un cuerpo es siempre la expresión de un yo y una personalidad, y está dentro de un mundo. Y ni siquiera podemos dar una respuesta preliminar al problema del cuerpo, si no intentamos esclarecer primero el de la personalidad y el mundo. (Schilder, 1989).

Grinberg (1976) además de hablar sobre la integración de la imagen corporal afirma que la imagen corporal es además un fenómeno social. Un cuerpo es siempre el cuerpo de una persona, y toda persona tiene emociones, sentimientos, tendencias, motivos y pensamientos. La percepción del cuerpo de los demás y de su expresión de la emoción es tan primaria como la percepción del propio cuerpo o de la propia expresión emocional. Las emociones están siempre dirigidas a los demás; por lo tanto siempre son sociales. Nuestra propia imagen no es posible sin las imágenes corporales de otras personas. Yo y tu no son posibles el uno sin el otro. Un cuerpo es siempre la expresión de un yo y de una personalidad y está dentro de un mundo.

4.3 Valores individuales vs. Valores sociales.

El problema básico del individuo en desarrollo está en descubrir y empezar su yo real dentro de las funciones que le están impuestas (roles). Desgraciadamente los modelos de

perfección que ofrece el medio cultural preparan el escenario para el fracaso, la desilusión y los consiguientes sentimientos de inferioridad. La persona de funcionamiento cabal reconoce con facilidad y evita, decididamente, aparentar ser lo que no es o comportarse en una forma que no corresponde a su yo real (Rogers, 1961). Bajo la influencia de ideas erróneas, muchas personas deforman sus conductas y se deforman a sí mismos para adaptarse al modelo cultural. Sin embargo, el éxito se basa en última instancia, en el ser real y no en cualidades simplemente aparentes.

Al respecto dice Allport (1980) que una constante presión en el sentido de la 'cultura patrón' afecta el curso del desarrollo de la personalidad, conduciendo a la presencia de ciertos rasgos que son básicos y corrientes en la mayoría de las personas de una determinada cultura. En términos de cultura real, lo que parece ocurrir es que el individuo, según su temperamento y la evolución del sentido de sí mismo, selecciona dentro del margen de tolerancia permitido por su cultura las características que más concuerdan con su estilo de vida propio. Para mantener una personalidad estable e integrada, necesitamos el alimento proporcionado por un ambiente estable.

Erikson en *Infancia y sociedad* (1976) dice que la identidad del yo adquiere verdadera fortaleza sólo a partir del reconocimiento sincero y permanente de los logros reales, esto es, los que tienen significado en la cultura. Sin embargo, opina que existen impedimentos culturales para la consolidación de la identidad en el niño, ya que éste es excluido de la realidad social. Además, dice Erikson (Cit. por Dicarpio, 1985) que todo medio cultural prescribe normas que las autoridades correspondientes imponen a sus miembros; los progenitores son las autoridades más tempranas, o sea los representantes culturales para el niño; debido a que los medios culturales difieren considerablemente en cuanto aquéllo que constituye una conducta aceptable o inaceptable, cada medio produce frustraciones y conflictos, originando así rasgos específicos de personalidad en sus miembros.

Horney habla en *'La personalidad neurótica de nuestro tiempo'* (1993) de que muchos de los conflictos neuróticos en la sociedad actual son producto de las normas e ideales culturales.

El que el individuo sea capaz de adaptarse a las expectativas de los padres o del medio constituye otro indicio de progreso hacia el ideal de una personalidad de funcionamiento cabal. Mucha gente se queja de que sus vidas están regidas más bien desde fuera que desde dentro. Son esclavos de determinadas cosas, tales como el dinero, el prestigio o el poder (Rogers, 1961, cit. por Dicarpio).

Fromm (Cit. por dicarprio, 1985) habla de la existencia de impedimentos culturales para el descubrimiento del sí mismo cuando se refiere a la insistencia del medio cultural en la

orientación externa. Prestamos oídos a todas las voces y a todo el mundo, pero no a nosotros mismos. Fromm cree que esto se relaciona íntimamente con nuestra fobia a estar solos; el estar con nosotros mismos es inquietante, porque tememos lo que podríamos descubrir. Los aspectos positivos de la conciencia no se experimentan vigorosamente; con mayor frecuencia encontramos la conciencia en sus aspectos negativos, como sentimientos de culpa, ansiedad, depresión y falta de sentido.

Por su parte Jung (Cit. por dicaprio, 1985) habla de la personalidad social 'persona' que representa al yo ideal y del individuo o yo real. Dice que ambos están presentes en la vida, sin embargo, la persona a quien gusta su 'persona' y modela su vida entera de acuerdo con su ideal, renuncia necesariamente a mucho de lo que realmente es el mismo.

El gran problema que enfrenta el individuo es resolver cómo puede vincularse creativamente con los otros y, al mismo tiempo, mantener un contacto suficiente consigo mismo y su propia identidad, para evitar transformarse en una pieza más del sistema social, alienada de sus propios valores verdaderos y de su propia existencia auténtica.

La capacidad de seguir sintiéndose él mismo en la sucesión de cambios, forma la base de la experiencia emocional de la identidad. Implica mantener la estabilidad a través de circunstancias diversas y de todas las transformaciones y cambios del vivir. Pero la evolución de cada individuo es una serie ininterrumpida de cambios, pequeños y grandes, a lo largo de cuya elaboración y asimilación se establece el sentimiento de identidad. (Grinberg, 1976).

Sólo en la medida en que el individuo adopte las actitudes del grupo social organizado al cual pertenece, hacia la actividad social organizada, cooperativa, sólo en esa medida desarrollará una persona completa o poseerá la clase de persona completa que ha desarrollado.

Mead diferencia entre 'mi' y 'yo', el primero representa la adaptación a ese mundo organizado que está presente en nuestra naturaleza, los hábitos, las reacciones que todos tienen. El 'yo' es la reacción del individuo a la actitud de la comunidad, tal como dicha actitud aparece en su propia conciencia. Las ideas de una persona considerada convencional son exactamente las mismas que las de sus prójimos; dadas las circunstancias es apenas algo más que un 'mi'; sus adaptaciones son sólo las leves adaptaciones que ocurren inconscientemente. En contraste, está la persona que tiene una personalidad definida, que replica a la actitud organizada en una forma que la convierte en una diferencia significativa. En tal persona, el 'yo' es la fase más importante de la experiencia. La situación en que uno puede abandonarse, en que la estructura misma del 'mi' abre la puerta al 'yo', es favorable para la expresión de sí. Abandonándose de este

modo se obtiene satisfacción. Estas dos fases que aparecen constantemente son las fases importantes de la persona.

El hecho de que todas las personas estén constituidas por procesos sociales, o en términos de ellos, y que sean reflejos individuales de ellos -o más bien, de esa pauta de conducta organizada que ellos exhiben y que las personas aprehenden en sus respectivas estructuras-, no es en modo alguno incompatible con el hecho de que todas las personas individuales tienen su individualidad peculiar, su propia pauta única, ni destruye tal hecho. Porque cada persona individual, dentro de ese proceso, si bien refleja en su estructura organizada la pauta de conducta de dicho proceso en cuanto un todo, lo hace desde su punto de vista particular y único dentro de dicho proceso y, de tal modo, refleja en su estructura organizada un aspecto o perspectiva de toda esa pauta social de conducta, distinta de la que se refleja en la estructura organizada de cualquier otra persona individual que existe dentro de ese proceso. Cuando el hombre se adapta a cierto medio, se convierte en un individuo distinto; pero al hacerse un individuo diferente, ha afectado a la comunidad en que vive; por supuesto cada uno lo hace en diferente grado (Mead, 1990).

Debido a que las evaluaciones de la conducta del niño efectuadas por sus padres y demás personas son algunas veces positivas y otras negativas, el niño aprende a diferenciar entre las acciones y los sentimientos que tienen valor (aprobadas) y aquellas sin valor (desaprobadas). Estas tienden a ser excluidas del autoconcepto, aún cuando son válidas desde el punto de vista organísmico, y así resulta un autoconcepto que no coincide con la experiencia organísmica. El niño trata de ser aquello que los demás quieren que sea en lugar de tratar de ser lo que realmente es (Genuinos valores inconscientes 'los verdaderos' vs. valores conscientes, falsos e introyectados). Rogers afirma que el niño valora una experiencia como positiva o negativa sólo a causa de las condiciones de valor que ha aceptado de los demás, no por las propias experiencias que perfeccionan o no su organismo (1959). El sí mismo se convierte en algo semejante a una familia dividida y en pugna. En tales circunstancias la persona se sentirá tensa y desubicada; se sentirá como si no supiera, en realidad, que es ni que desea.

Poco a poco, entonces, y a lo largo de toda la niñez, el autoconcepto se deforma cada vez más debido a las evaluaciones de los demás. Por consiguiente, una experiencia organísmica que está en desacuerdo con el autoconcepto se siente como una amenaza y provoca ansiedad. A todas estas experiencias amenazadoras se les niega simbolización deformada para proteger de este modo la integridad del autoconcepto (estructura de sí mismo). (Cit. por Hall y Lindzey, 1984).

4.4 Influencia de la sociedad en el autoconcepto.

Rosenthal y Jacobson (1980), op. cit. opinan que las personas hacen más a menudo lo que se espera de ellas que lo contrario. El yo de la persona se relaciona en relación con las reacciones de otras personas hacia ella, y tiende a reaccionar consigo mismo. (Oñate, 1989).

G. H. Mead (1934), op. cit., supone que el sentido primero del yo resulta en gran parte de las actitudes, palabras y gestos de los demás, que el niño percibe e imita y a los que responde. Su sentido de sí mismo es un producto de la conducta de los demás respecto a él. Son sí mismos que le sirven de espejo y le muestran el papel que desempeña en la vida. Mientras va desarrollando el sentido de continuidad e identidad, nunca deja de verse a sí mismo en función de los papeles que ejerce, en términos de las imágenes que otras personas tienen de él. El sí mismo, dice Mead, es en todos sus aspectos predominantemente un producto social.

Horney fue uno de los primeros psiquiatras que llamaron la atención sobre los factores culturales como determinantes principales del desarrollo y funcionamiento de la personalidad. Para Horney, la mejor esperanza del hombre para la realización de sus posibilidades está en el apoyo positivo de sus fuerzas constructivas propias por parte del medio ambiente social (Horney, 1950).

La vivencia que tiene cada ser humano de su propia individualidad no se da en forma aislada. Sin un contacto real con otros seres humanos, no se llega a ser ni uno mismo. dice Laing en el yo dividido, cit. por Aisenson, 1982: "El sentimiento de identidad requiere la existencia de otro por el cual uno es conocido". El prójimo, decía Freud ya en 1895, en su proyecto de una Psicología para neurólogos, es el objeto de los primeros afectos y del primer conocimiento. George H. Mead concede un papel fundamental a la interacción entre el individuo y su medio para la formación del sí mismo en cuanto organización individualunitaria y dotada de autoconciencia. El acto social es, a su juicio, el que plasma la individualidad pues la emergencia del sí mismo depende de que el individuo humano logre objetivarse a sí mismo, proceso que requiere la introyección de las actitudes de otros hombres en respuesta a la propia actuación. Este percibir a los demás como primer pauta para la percepción de sí se entretije con la asunción de roles (Cit. por Aisenson, 1982).

Dice Mead de las opiniones de Dewey (1931): "el individuo no es un esclavo de la sociedad. Constituye la sociedad tan legítimamente como la sociedad constituye al individuo" (Cit. por Mead, 1990).

El individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino sólo indirectamente, desde los puntos de vista particulares de los otros miembros individuales del mismo grupo social, en cuanto un todo, al cual pertenece. Porque entra en su propia experiencia como persona o individuo, no directa o inmediatamente, no convirtiéndose en sujeto de sí mismo sino sólo en la medida en que se convierte primeramente en objeto para sí del mismo modo que otros individuos son objetos para él o en su experiencia, y se convierte en objeto para sí sólo cuando adopta las actitudes de los otros individuos hacia él dentro de un medio social o contexto de experiencia y conducta en que tanto él como ellos están involucrados.

Advertimos en la conducta y experiencia cotidianas que un individuo no quiere significar gran parte de lo que hace y dice. Frecuentemente decimos que tal individuo no es él mismo. La experiencia social misma es lo que determina la proporción de persona que entra en comunicación. Por supuesto, buena parte de la persona no necesita expresión. Establecemos toda una serie de distintas relaciones con diferentes personas. Somos una cosa para un hombre y otra para otro. Hay partes de la persona que existen sólo para la persona en relación consigo misma. nos dividimos en toda clase de distintas personas, con referencia a nuestras amistades. Hay toda clase de distintas personas que responden a toda clase de distintas reacciones sociales. El proceso social mismo es el responsable de la aparición de la persona, ésta no existe como una persona aparte de ese tipo de experiencia.

Dice Mead que por conciencia de sí queremos significar un despertar, en nosotros, del grupo de actitudes que provocamos en otros, especialmente cuando se trata de una serie de reacciones importantes que constituyen a los miembros de la comunidad. Por supuesto, no somos sólo lo que es común a todos: cada una de las personas es distinta de todas las demás; pero es preciso que exista una estructura común, no podemos ser nosotros mismos a menos de que seamos también miembros en los que haya una comunidad de actitudes que controlan las actitudes de todos. No se puede establecer un límite fijo entre nuestra propia persona y las de los otros, puesto que nuestra propia persona existe y participa como tal, en nuestra experiencia, sólo en la medida en que las personas de los otros existen y participan también como tales en nuestra experiencia. El individuo posee una persona sólo en relación con las personas de los otros miembros de su grupo social; y la estructura de su persona expresa o refleja la pauta general de conducta del grupo social al cual pertenece, así como lo hace la estructura de la persona de todos los demás individuos pertenecientes a ese grupo social.

Una sociedad humana altamente desarrollada y organizada es una sociedad en que los miembros individuales están interrelacionados en una multiplicidad de distintas y complicadas maneras, mediante las cuales comparten una cantidad de intereses sociales

comunes y, sin embargo, por otra parte, se encuentran más o menos en conflicto, en relación con numerosos intereses que poseen individualmente, o que, de lo contrario, comparten entre sí sólo en grupos pequeños y limitados.

El carácter reflexivo de la conciencia de sí permite al individuo contemplarse como un todo; su capacidad para adoptar las actitudes sociales de otros individuos y también las del otro generalizado hacia él, dentro de la sociedad organizada de la cual es miembro, posibilitan el que se incorpore a sí mismo, como un todo objetivo; y así puede integrar y unificar conscientemente los distintos aspectos de su persona, para formar una sola personalidad consciente, coherente y organizada. Más aún, por los mismos medios, puede efectuar inteligentes reconstrucciones de esa persona o personalidad en términos de sus relaciones con el orden social dado, cada vez que las exigencias de la adaptación a su medio social requieran tales reconstrucciones.

El progreso social humano implica el empleo, por parte de los individuos humanos, de su mecanismo de conciencia de sí, socialmente surgido, tanto para producir esos cambios sociales progresivos como para el desarrollo de sus personas o personalidades individuales en forma de mantenerse adaptativamente al ritmo de dicha reconstrucción social. Para comportarse éticamente, todo individuo humano debe integrarse dentro de la pauta de la conducta social organizada, que, en cuanto es captada o reflejada en la estructura de su persona, le convierte en una personalidad consciente de sí.

Cuando uno se realiza en lo que le distingue, se impone a otros en alguna situación peculiar que le justifica en mantenerse por encima de ellos. Si no pudiese llevar esa peculiaridad suya a la comunidad común, si no pudiese ser reconocido, si los otros no pudiesen adoptar en algún sentido su actitud, no podría recibir la apreciación en términos emocionales, no podría ser precisamente la persona que tratase de ser, como el artista y el actor necesitan su público. Uno tiene que encontrar la propia persona en su propia creación individual tal como es apreciada por otros.

No existe organismo vivo alguno de ninguna especie cuya naturaleza o constitución sea tal que pueda permitirle existir o mantenerse en completo aislamiento de todos los demás organismos vivos (de su propia especie o de cualquier otra)- relaciones que en un sentido estricto son sociales- no desempeñen un papel necesario e indispensable en su vida. Todos los organismos vivos están ligados en un medio o situación social general, en un complejo de interrelaciones e interacciones sociales del cual depende su existencia continuada. En verdad, cualquier tratamiento psicológico o filosófico de la naturaleza humana implica la suposición de que el individuo humano pertenece a una comunidad social organizada y obtiene su naturaleza humana de sus interacciones y relaciones

sociales con esa comunidad en cuanto un todo y con los otros miembros individuales de ella.

Mead dice que si esta posición es correcta, si el individuo obtiene su persona sólo a través de la comunicación con otros, entonces la persona no podría preceder al organismo social. Este debe de existir previamente.

La relación paterna con el individuo ha sido prolongada mucho más allá de la familia; el surgimiento de escuelas y de instituciones, tales como las implicadas por la iglesia y el gobierno, es una extensión de la relación paterna.

De la misma manera sociofisiológica como el individuo humano adquiere conciencia de sí, adquiere también conciencia de otros individuos; y su conciencia de sí y de otros individuos es igualmente importante para su desarrollo personal y para el desarrollo de la sociedad organizada o grupo social al cual pertenece. El principio que Mead sugiere como básico para la organización social humana es el de la comunicación que implica participación en el otro. Esto requiere la aparición del otro en la persona, la identificación del otro con la persona, la obtención de la conciencia de sí a través del otro.

El control social, en cuanto funciona en términos de autocritica, se ejerce tan íntima y extensamente sobre la conducta individual, sirviendo para integrar al individuo con sus acciones, con referencia al proceso social organizado de la experiencia y la conducta en el cual él está involucrado. La autocritica es esencialmente critica social, y la conducta controlada por la autocritica es en esencia conducta controlada socialmente. De ahí que el control social, lejos de tender a aplastar al individuo humano o a aniquilar su individualidad consciente de sí, constituya, por el contrario, dicha individualidad y esté inextricablemente asociada a ella; porque el individuo es lo que es, en cuanto personalidad consciente e individual, en la medida en que sea un miembro de la sociedad, involucrado en el proceso social de la experiencia y la actividad, y, por lo tanto, socialmente controlado en su conducta.

La actitud fundamental de ayudar a otra persona que está en desgracia o enferma, pertenece a la estructura misma de los individuos de una comunidad humana, de tal modo que hay características humanas que se comparten y forman parte del autoconcepto total de una persona.

Existen, pues, series de tales reacciones comunes en la comunidad en que vivimos, y esas reacciones son las que denominamos 'instituciones'. La institución representa una reacción común por parte de todos los miembros de una comunidad hacia una situación especial. Esa reacción común varía según el carácter del individuo. Las instituciones sociales opresivas, estereotipadas y ultraconservadoras -como la iglesia- aplastan o

borran la individualidad, o inhiben cualquier expresión de conducta y pensamiento distintivas u originales en las personas o personalidades individuales implicadas en ellas y sometidas a ellas, son productos indeseables del proceso social general de la experiencia y la conducta. No existe ninguna razón necesaria o inevitable para que las instituciones sociales sean opresivas. De cualquier modo, sin instituciones sociales de alguna clase, sin las actitudes y actividades sociales organizadas por medio de las cuales se constituyen las instituciones sociales, no podrían existir personas o personalidades individuales plenamente maduras; porque los individuos involucrados en el proceso social general, del cual las instituciones sociales son manifestaciones organizadas, pueden desarrollar y poseer personas o personalidades plenamente maduras, sólo en la medida en que cada uno de ellos refleje o aprehenda en su experiencia individual esas actitudes y actividades sociales que las instituciones sociales representan.

Las instituciones sociales, como las personas individuales, son desarrollos dentro del proceso social vital en su plano evolutivo humano en cuanto tales, no son necesariamente subversivas de la individualidad en los miembros individuales; y no representan o defienden necesariamente definiciones estrechas de ciertas pautas fijas y específicas de conducta que deben seguirse en cuanto miembros de un grupo social dado. Por el contrario, necesitan definir las pautas sociales o socialmente responsables de la conducta individual, sólo en un sentido amplio y general, permitiendo ancho margen para la originalidad, la flexibilidad y la variedad de tal conducta; y en cuanto principales aspectos o fases funcionales de toda la estructura organizada del proceso vital social en el plano humano, participan adecuadamente del carácter dinámico y progresista de dicho proceso. (Mead, 1990).

Kernberg (1972) afirma que las relaciones objetales internalizadas pueden ser vistas como el punto donde se encuentran lo instintivo y el sistema social, contribuyendo así de manera crucial al desarrollo de la personalidad del individuo.

4.5 Situación actual “ideales culturales”.

Rollo May (1978) se cuestiona: ¿No es un hecho que la gente reacciona ante su medio de acuerdo con la experiencia interna que tiene del mismo, que ve su medio en términos de la experiencia pasada y que lo interpreta en términos de sus propios símbolos, esperanzas y temores?, ¿No es uno de los problemas centrales del hombre occidental moderno sentirse carente de significado como individuo?. Y señala, los dilemas que confrontamos, en este caso, se intensifican por los trastornos culturales e históricos de la civilización occidental, trastornos que hacen inevitable que la autoimagen del individuo se vea profundamente conmovida. Y cita a Robert y Helen Lynd que escriben acerca de la

confusión de roles en que vive el ciudadano atrapado en un caos de normas contradictorias.

La cultura es muy absorbente y hay rasgos de los que no es posible excluirse porque estamos inmersos en ella. Sin embargo, pienso que una persona con un autoconcepto adecuado o real se adaptará a la cultura conservando su individualidad, mientras que una persona con un autoconcepto inadecuado o falso se apropiará de la identidad cultural, a falta de la suya. En la medida en que el autoconcepto se acerque al adecuado podremos hablar de una personalidad mejor integrada.

Una diferencia entre la sociedad humana primitiva y la sociedad humana civilizada consiste en que, en aquella, la persona individual está mucho más completamente determinada en relación con su pensamiento y su conducta, por la pauta general de la actividad social organizada llevada a cabo por el grupo social al que pertenece, de lo que lo está en la sociedad humana civilizada. En otras palabras, la sociedad humana primitiva ofrece mucho menos ámbito para la individualidad -para el pensamiento y la conducta originales, únicos o creadores por parte de la persona individual que se encuentra dentro de ella o pertenece a ella- que la sociedad humana civilizada; y por cierto que la evolución de ésta, a partir de la sociedad humana primitiva ha dependido mayormente de una liberación social progresiva de la persona individual y de su conducta, con las modificaciones y complicaciones del proceso social humano que han seguido a dicha liberación y sido posibilitadas por ella. En la sociedad primitiva, en mucho mayor medida que en la sociedad civilizada, la individualidad está constituida por una consecución más o menos perfecta de un tipo social determinado.

Pero incluso en las formas más modernas y más altamente evolucionadas de la civilización humana, el individuo, por original y creador que pueda ser en su pensamiento o conducta, siempre y necesariamente adopta una relación definida hacia la pauta general organizada de la experiencia y la actividad que se manifiesta en el proceso social vital en el que él se encuentra involucrado y que caracteriza a este proceso; y, además, en la estructura de su persona o personalidad es, esencialmente, una expresión o corporización creadora. Ningún individuo tiene un espíritu que funcione simplemente en sí mismo, aislado del proceso vital social en el cual ha surgido o del cual ha emergido y en el que, en consecuencia, la pauta de la conducta social organizada ha quedado básicamente impresa. (cit. por Mead, 1990).

Sin embargo, aunque el hombre ha avanzado mucho tecnológicamente, en su afán por ganar terreno en el mundo externo se ha perdido a sí mismo. Nos encontramos comúnmente con que una persona deja de ser lo que es profundamente, para convertirse en lo que los demás desean que sea.

Es cierto que es necesario y funcional tener una cara social pero sin perder la individualidad. En la actualidad, cuando más avanzados están los sistemas de comunicación, estamos más solos que nunca. Sabemos lo que ocurre al otro lado del océano, pero no sabemos lo que le ocurre a la persona que tenemos enfrente y lo que es peor, no sabemos lo que nos ocurre a nosotros mismos.

CAPITULO 5

AUTOCONCEPTO Y PSICOPATOLOGIA

5.1 Complejos y mecanismos de defensa.

Las defensas propias de la primera infancia aparecen en relación con la incapacidad materna (o del cuidado materno) para evitar los peligros que amenazan con trastornar este aislamiento. Puede que la organización del ego se enfrente a estos peligros y los ponga al servicio de la omnipotencia de la criatura, haciendo que sean percibidos como proyecciones. Puede suceder, por el contrario, que estos peligros atraviesen las defensas a pesar del apoyo prestado al ego por el cuidado materno.

Entonces el núcleo central del ego se ve afectado, lo cual constituye la verdadera naturaleza de la angustia psicótica. En los casos normales, el individuo no tarda en hacerse invulnerable en este sentido, y si los factores externos lanzan un ataque, lo único que se produce es un nuevo grado y cualidad de la ocultación de la personalidad central. En este sentido, la mejor defensa consiste en la organización de una personalidad falsa.

Freud no se acobardó ante el conocido hecho de que en nuestra naturaleza hay profundidades que no podemos fácilmente alcanzar. Descubrió y estableció mediante el método científico que existe una variedad especial de inconsciente reprimido; la dificultad aquí no radica en la profundidad de lo que el individuo no tiene conciencia, sino en la imposibilidad de recordar lo inconsciente porque está asociado a algún sentimiento penoso u otra emoción intolerable. La energía debe utilizarse continuamente para mantener la represión, y resulta fácil ver que si lo reprimido abarca una gran porción de la personalidad de un individuo, queda relativamente poca energía para una participación directa en la vida.

Los trastornos más profundos que se conocen habitualmente como las psicosis tienen su origen en etapas cada vez más primitivas de la infancia, en el período en que la personalidad todavía no está integrada en una unidad, y en que la capacidad para la comunicación con la realidad externa aún es débil y no se ha establecido firmemente. (Winnicott, 1986).

Schilder (1989) se refiere a los complejos como experiencias de gran valor emocional que determinan nuestras acciones y sentimientos, aun cuando no alcancen la plena lucidez de la personalidad consciente. Este es un punto fundamental ya que es una parte en la conformación del autoconcepto.

Ante el cambio, el individuo reacciona no sólo con angustia frente a la situación nueva y desconocida sino también con sentimientos depresivos, ya que el cambio significa también la pérdida de las estructuras previas (duelo por el objeto) más la pérdida de los aspectos del propio self ligados a ellas (duelo por el self). Si este duelo no puede elaborarse, condicionará también, como la angustia, la resistencia al cambio, ya que estas pérdidas de partes del self son sentidas como amenazas de pérdida de identidad.

Por otra parte, el no-cambio puede implicar el mantenimiento de seudoidentidades.

Vivir implica necesariamente pasar por una sucesión de duelos. El crecimiento en sí, el pasaje de una etapa a la otra implican pérdidas de ciertas actitudes, modalidades y relaciones que, aunque son sustituidas por otras más evolucionadas, impactan al yo desencadenando procesos de duelo que no siempre son suficientemente elaborados. Suele darse el fenómeno paradójico de que los mismos mecanismos de defensa utilizados por el yo contra la angustia se conviertan, a veces, en factores atentatorios contra la estructura e integridad del self, provocando su debilitamiento. Esto ocurre, especialmente con los procesos de disociación, splitting, identificación proyectiva, negación, etc.

El proceso evolutivo (cuando ocurre normalmente) da tiempo al yo para que elabore sus pérdidas y se reestablezca de los transitorios y tolerados momentos del trastorno de la identidad que, la mayor parte de las veces, pasan desapercibidos. En casos patológicos, y por el fracaso en la elaboración de esos duelos, se producen grandes perturbaciones de su identidad (psicosis) o formaciones patológicas (Grinberg, 1976).

Los complejos de inferioridad surgen de la existencia en la persona de necesidades que queríamos satisfacer; al no poder hacerlo, nos adaptamos a ellas mediante los llamados complejos de inferioridad. Las posibilidades del 'yo' corresponden a lo que realmente está sucediendo, teniendo lugar, y son, en cierto sentido, la parte más fascinadora de nuestra experiencia. Es en ellas que surge la novedad, y en ellas están ubicados nuestros más altos valores. En cierto sentido, continuamente buscamos la realización de esa persona. (Mead, 1990).

El mecanismo de escisión puede ser considerado una consecuencia de lo que primitivamente fue una falta 'fisiológica' de capacidad de integración en el aparato psíquico. Se convierte después en una operación defensiva esencial del yo temprano; a este respecto cabe recordar que, en ese momento escisión significa escisión de todo el yo, por entonces deficientemente diferenciado. Se transforma más tarde en un mecanismo que participa especialmente en la organización y patología del sí mismo, el mundo de las

representaciones y, en general, la identidad del yo. En estas últimas etapas del desarrollo, los mecanismos de escisión ya no interfieren tanto con la integridad del yo; es posible conservar parcialmente la autonomía secundaria, aún en presencia de acentuadas regresiones y escisiones del sí mismo y del mundo de las representaciones. Por el contrario, la escisión temprana, excesiva y patológica, amenaza la integridad del yo y también la futura capacidad de desarrollo del yo en su totalidad. La escisión patológica excesiva obstaculiza la integración de los afectos y también la integración del sí mismo y el desarrollo del mundo de las representaciones. (Kohut, 1980).

En un primer momento, los límites yoicos son fluctuantes y frágiles, y puede producirse una refusión de las buenas -y gradualmente idealizadas- representaciones del sí mismo y del objeto, a modo de defensa primitiva contra situaciones malas, frustrantes o angustiantes (Jacobson, 1954, cit. por Kohut, 1980). Las frustraciones graves y el consecuente predominio de las representaciones 'buenas' sí mismo-objeto, cargadas con derivados de los instintos agresivos, interfieren con el desarrollo de los límites yoicos, por cuanto provocan una excesiva refusión de carácter defensivo de primitivas representaciones 'totalmente buenas' del sí mismo del objeto. (Kohut, 1980).

Kohut continúa diciendo que es posible que en las reacciones psicóticas el principal factor psicopatológico común (además de la persistencia de los mecanismos disociativos) sea la falta de diferenciación entre las imágenes objetales y las autoimágenes del sí mismo y el objeto, o una fusión regresiva de aquellas imágenes del sí mismo y el objeto, bajo los efectos de factores patógenos que en situaciones menos severas inducen únicamente un exceso de escisión y no la refusión de las mencionadas imágenes. La falta de la diferenciación de las autoimágenes o imágenes objetales en las primitivas introyecciones impide la diferenciación entre sí mismo y objeto, y por consiguiente, la definición de los límites yoicos. Podría ser interesante dilucidar en qué medida las funciones autónomas primarias del yo, en especial la percepción y la memoria, influyen sobre el grado en que pueden diferenciarse las autoimágenes y las imágenes objetales.

También pueden tener una participación crucial ciertos factores cuantitativos vinculados con el monto de los derivados de instintos agresivos, de privación y frustración objetivas y de la temprana capacidad del yo de tolerar la ansiedad.

5.2 Formación de un autoconcepto distorsionado o falso.

Dicaprio (1985) menciona que muchas personas no saben mucho, en realidad acerca de sí mismas. Podrán acaso no darse cuenta de sus motivos o atributos fundamentales, se sorprenden a menudo de sus propios actos. Podrán acaso concebirse a sí mismas de una determinada manera, y descubrir, en el curso de una dura experiencia, que estaban

equivocadas. En ocasiones las experiencias duras producen cambios en el concepto que la persona tiene de sí misma pero, con mayor frecuencia, sólo conducen a deformaciones ulteriores. En algunas personas, la imagen que tienen de sí mismas podrá deberse a la forma en que han sido tratadas. La imagen de sí indica a la persona como debe comportarse para evitar dificultades con otros o para gustar a los demás. Con frecuencia este yo artificial es muy distinta del yo real, que ha de reprimirse. Este estado ocasiona graves trastornos en la estructura de la personalidad, ya que la persona no llega a ser aquello que puede ser. Una gran parte de lo que realmente es, no llega a la superficie. Al igual que el concepto de la actividad, el concepto del yo constituye un poderoso instrumento explicativo.

El yo real es algo que goza descubriendo y siendo. La persona que padece de un trastorno de la personalidad propenderá acaso particularmente a exhibir emociones negativas. En opinión de Rogers, tiene un concepto deformado del yo, una visión de sí mismo que es incompleta o desentona burdamente del resto de la personalidad. Este estado se designa como incongruencia (Rogers, 1959). Si el concepto del yo es incongruente con las necesidades reales del yo, se produce frustración.

En la formación de metas y objetivos solemos formarnos una imagen idealizada del yo, que es el yo que quisiéramos ser. Sin embargo, existe siempre el peligro de confusión entre la noción por parte del individuo de su yo real y del yo que le gustaría ser. Si adoptamos la imagen idealizada del yo como el yo real, se establece en opinión de Horney (1950), la base para las neurosis. Creía que son muchos los factores que fomentan una concepción errónea del yo. El individuo necesita una imagen ideal de sí mismo como objetivo a perseguir. Pero las capacidades y los talentos del individuo son difíciles de evaluar, siendo muy fácil sobreestimarlos o subestimarlos.

La percepción de sí mismo (podemos designarla como la imagen que uno tiene de sí) ocupa el lugar del yo. No es el yo sino una representación del mismo, de modo exactamente igual a como la percepción de un objeto no es lo mismo que el objeto. La representación o imagen del yo podrá o no corresponder por completo al yo existente. Así pues, 'aquello que soy' podrá o podrá no corresponder con 'aquello que creo ser'.

El proceso de enajenación que Horney describió como el conflicto interno central, consiste en el abandono total del verdadero yo por amor del yo ideal. La persona que rechaza su yo real ha perdido contacto con su fuente principal de fuerza (May, 1953). Al identificarse con el yo ideal, el precio mayor que se paga está en el descuido de las posibilidades reales que se poseen. Se corre tras talentos y capacidades que no se tienen. Los verdaderos valores se pasan por alto por amor de las cualidades ideales. La búsqueda de gloria es la forma de designar, para Horney, el abandono del yo real para perseguir la realización del yo ideal (Horney, 1950).

El cuidado materno es vital para el desarrollo psíquico del niño. Si el cuidado materno no es lo bastante bueno, entonces la criatura no llega a tener realmente una existencia, ya que no hay ninguna continuidad existencial; en su lugar, su personalidad (junto con su autoconcepto) se edifica sobre una serie de reacciones provocadas por los conflictos ambientales. El pequeño no logra iniciar la maduración de su ego, o bien, de hacerlo; el desarrollo del ego forzosamente sufrirá deformaciones en ciertos aspectos de importancia vital.

Bowlby (1951, cit. por Ferguson, 1979) estudió los efectos de la privación maternal, especialmente la que implicaba la separación de la madre después de que se había formado la dependencia. Opinó que el periodo de seis meses a tres años era crítico para los efectos de separación. Para los seis meses, el niño ha desarrollado una intensa dependencia hacia su madre, pero hasta no alcanzar los tres años es incapaz, a causa de su limitado desarrollo conceptual y sentido de tiempo, de mantener la relación en ningún caso de separación, cualquiera que sea su duración. Un niño separado durante este periodo de edad, por ejemplo para hospitalización, manifestará una reacción de profunda angustia, muy parecida a la aflicción o depresión en el adulto. Primero llorará y se pondrá inquieto, y parecerá buscar activamente que el progenitor regrese. Después de unas cuantas horas caerá en un estado de apatía, perdiendo toda responsividad hacia los que lo rodean, y puede activamente rechazar los esfuerzos de los demás por acercarse o consolarlo. Si continúa la separación más allá de unos pocos días, el niño puede entrar en una tercera fase en la que aparece calmado y contento, aparentemente reconciliado con su situación, pero sus relaciones con las personas que lo rodean son notablemente indiscriminativas y superficiales.

Bowlby cree que una vez que el niño entre en esta tercera fase de reacción contra la separación, a no ser que se le devuelva a su madre bastante pronto, el patrón de relativa superficialidad y falta de inversión emocional en sus relaciones puede continuar indefinidamente. De esta manera el niño puede desarrollar o convertirse en una persona 'sin afecto', manifestando un severo impedimento en el desarrollo del ego y del superego. Bowlby cita en sus propios descubrimientos que los niños que habían desarrollado patrones crónicos de conducta antisocial, tenían antecedentes de interrupciones de sus relaciones sociales primarias en su niñez temprana.

El desarrollo emocional del niño tiene lugar cuando se han provisto las condiciones adecuadas para ello; el impulso a desarrollarse nace del mismo niño, de su interior. Las fuerzas que impelen hacia la vida, hacia la integración de la personalidad, hacia la independencia, son inmensamente potentes y hacen que el niño, en condiciones favorables, haga progresos; cuando las condiciones no son suficientemente positivas,

estas fuerzas quedan retenidas en el interior del niño, al que, de una forma u otra, tienden a destruir. (Winnicott, 1975).

Los psicoanalistas están bien al tanto de la gran variedad de negaciones, fantasías, acusaciones y temores con que el niño enfrenta sus problemas. Es importante ver de qué manera afecta todo ésto a la incipiente constancia objetal libidinal y al investimento libidinal del yo en proceso de individuación. La ansiedad de castración, ya desde la segunda mitad del segundo año en adelante, puede contrarrestar el desarrollo y la integración sana de las autorrepresentaciones (probablemente, ante todo, la imagen corporal), y también los procesos identificatorios libidinalmente catexiados. Los traumas acumulativos del carácter evolutivo (cf. Khan, 1964), en la fase anal y especialmente en la fálica pueden constituir un bloqueo en el proceso de constancia de objeto, y también en el de la consolidación preliminar de la individualidad del niño. Estos eventos precedentes y en curso determinan de una manera decisiva el estilo y grado de integración de la individualidad del niño de tres años. (Mahler, 1977).

La falta de crecimiento y de cambio equivale al estancamiento psíquico, a la esterilidad emocional; en otras palabras, a una muerte psíquica. Por influjo de la angustia neurótica se tiende a la compulsión a la repetición, a seguir modelos viejos, estructuras previas, evitando reemplazarlas por nuevos modelos, privando así al individuo de la posibilidad de vivir y moverse en el mundo de la realidad externa y de la realidad psicológica. (Grinberg, 1976).

Laing (1969) en *El yo y los otros* dice que puede llegar un momento en que proclamemos habernos dado cuenta de que hemos estado representando un papel, que hemos estado fingiendo para nosotros mismos, que hemos estado tratando de convencernos de ésto y aquello, pero que ahora debemos confesar que no lo hemos conseguido. Esta aprehensión o confesión, sin embargo, puede ser muy bien un posterior esfuerzo de 'ganar' mediante un fingimiento final: fingir una vez más la verdad última acerca de uno y, en esta forma, eludir su aprehensión real, simple y honrada.

Rogers señala que a menudo la gente tercamente alimenta y aún magnifica una autoimagen por completo distinta de la imagen real. Un individuo puede negar sus sentimientos agresivos porque resultan incompatibles con su autoimagen de persona pacífica y amistosa. De modo explícito en la teoría rogeriana se reconoce el concepto de un organismo que posee muchas experiencias de las cuales la persona no es consciente; a algunas de estas no simbolizadas se les niega entrada a la conciencia porque no son coherentes con la autoimagen. (Cit. por Hall y Lindzey, 1984). Hall y Lindzey hablan también sobre la congruencia e incongruencia existente entre la realidad subjetiva (el campo fenoménico) y la realidad externa (el mundo tal como es). Así mismo hablan del

grado de correspondencia entre el sí mismo y el sí mismo ideal. Si la discrepancia entre ambos es excesiva, el sujeto está insatisfecho y mal ajustado.

El exceso de escisión interfiere también con la consolidación de los límites yoicos, ya que impide la fusión de introyecciones similares y, por consiguiente, el gradual delimitamiento del sí mismo y de los objetos, tal como ocurre en condiciones normales (Kohut, 1980).

Kernberg habla de las etapas del desarrollo. al referirse a la primera etapa o "autismo normal" o período indiferenciado primario afirma que esta etapa inicial del desarrollo precede a la consolidación de una buena constelación indiferenciada sí mismo-objeto, que se constituye bajo la influencia de experiencias gratificantes del lactante en su interacción con la madre. Abarca el primer mes de vida y cualquier detención patológica, fracaso o fijación del desarrollo en este punto se reflejaría en la falta de desarrollo de la imagen indiferenciada sí mismo-objeto y en la consecuente incapacidad de establecer una relación 'simbiótica' normal con la madre, situación típica de la psicosis autista (Mahler, 1968). En el curso de este período va constituyéndose gradualmente la normal representación primaria indiferenciada sí mismo-objeto. (Cit. por Kohut, 1980).

La maduración cognitiva es esencial para la integración de las representaciones del sí mismo y las representaciones objetales que reflejan percepciones y vivencias opuestas desde el punto de vista afectivo; sin embargo, la persistencia del predominio patológico de mecanismos de defensa primitivos, sobre todo la escisión, asociados con graves conflictos pregenitales pueden interferir con los procesos de integración hasta tal punto que, no obstante una adecuada integración cognitiva de los objetos externos, queda interrumpida a esta altura la normal integración de las relaciones objetales.

A esta altura puede ser útil estudiar brevemente los conceptos del 'sí-mismo verdadero' y 'sí mismo falso', en el contexto de la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales. Winnicott (1954) y Guntrip (1968) destacaron la existencia de un falso sí-mismo superficial, orientado por factores sociales, básicamente inauténtico (opuesto al sí-mismo verdadero que traduce un mundo interno consciente e inconsciente integrado). Desde el punto de vista del modelo propuesto aquí, la existencia de estados yoicos mutuamente disociados (conectados con unidades sí-mismo-objeto no integradas) es una de las condiciones necesarias para que se instale el falso sí-mismo. La camaleónica adaptabilidad de ciertos caracteres infantiles, la excesiva dependencia de las interacciones inmediatas (a pesar de la discontinuidad entre dichas interacciones y otras experiencias presentes o pasadas) que caracteriza la personalidad 'como sí' y la perniciosa identificación de los caracteres narcisistas con la formación patológicamente condensada del sí mismo ideal, representan diferentes formas de 'falso sí mismo'. (Cit. por Kohut, 1980).

El concepto de un ser falso, tal como lo llama Winnicott (1965) , se refiere a un ser edificado en base a la sumisión y que puede tener una función defensiva: la protección del ser verdadero. Sólo el ser verdadero puede percibirse como real, jamás debe verse afectado por la realidad externa ni debe someterse. Cuando el ser falso es explotado y tratado como ser real, el individuo experimenta un creciente sentimiento de futilidad y desesperación. Winnicott dice además que, como es natural, en la vida individual este estado de cosas se presenta en gran variedad de grados, de tal manera que por lo común el ser verdadero está protegido, pero dotado de cierta vida, y el ser falso es la actitud social. En el extremo que representa la anormalidad es muy fácil que se confunda el ser falso por el verdadero, con lo que éste se ve amenazado de aniquilamiento; en tal caso el suicidio puede constituir una reafirmación del ser verdadero.

Winnicott establece la clasificación de las organizaciones del self falso:

1. En un extremo: el ser falso se establece como real y los observadores lo toman por la persona real. Sin embargo, en las relaciones de la vida, del trabajo, y en la amistad, el self falso empieza a fallar. En algunas situaciones donde hace falta una persona completa, el ser falso se encuentra con que le falta algún elemento esencial. En este extremo el ser verdadero se halla oculto.

2. En un extremo inferior: el ser falso defiende al ser verdadero, a quien, de todos modos, se le reconoce un potencial y se le permite una vida secreta. Este es el ejemplo más claro de enfermedad clínica en calidad de organización con una finalidad positiva: la preservación del individuo a pesar de las condiciones ambientales normales. Se trata de una extensión del concepto psicoanalítico del valor de los síntomas para la persona enferma.

3. Más cerca de la salud: el ser falso se ocupa principalmente de buscar las condiciones que permitan al ser verdadero entrar en posesión de lo suyo. En caso de no encontrarlas, es necesario reorganizar una nueva defensa contra la explotación del ser verdadero; en caso de duda, el resultado clínico es el suicidio. En este contexto, el suicidio consiste en la destrucción del ser total a fin de evitar el aniquilamiento del ser verdadero.

4. Aún más cerca de la salud: el ser falso se edifica sobre identificaciones, el medio ambiente o personas cercanas contribuyen a dar visos de la realidad a la organización del ser falso.

5. En la salud: el self falso se halla representado por toda la organización de la actitud social cortés y bien educada. Se ha producido un aumento de la capacidad del individuo para renunciar a la omnipotencia y al proceso primario en general, ganando así un lugar

en la sociedad que jamás puede conseguirse ni mantenerse mediante el ser verdadero a solas.

Ya he hablado en un capítulo anterior de la importancia del cuidado materno en la formación del autoconcepto. Winnicott (1965) lo reafirma cuando habla de que el self falso se desarrolla al comienzo de la relación madre-hijo, y examina el papel que la madre puede ejercer. Para el autor la madre 'buena' es la que responde a la omnipotencia del pequeño y en cierto modo le da sentido. Esto lo hace repetidamente. El ser verdadero empieza a cobrar vida a través de la fuerza que la madre, al cumplir las expresiones de omnipotencia infantil, da al débil ego del niño.

La madre que 'no es buena' es incapaz de cumplir la omnipotencia del pequeño, por lo que repetidamente deja de responder al gesto del mismo; en su lugar coloca su propio gesto cuyo sentido depende de la sumisión o acatamiento del mismo por parte del niño. Esta sumisión constituye la primera fase del self falso y es propia de la incapacidad materna para interpretar las necesidades del pequeño. Aquí hablamos de si se cubren o no las necesidades del niño, de si la madre entiende esas necesidades gracias a la identificación, que no existe en el caso del self falso

Cuando la madre no es capaz de adaptarse bien, el niño se ve reducido a la sumisión y es un ser falso y sumiso quien reacciona ante las exigencias del medio ambiente, que parecen ser aceptadas por el niño. Por medición de este ser falso el pequeño se construye un juego de relaciones falsas, y por medio de introyecciones llega incluso a adquirir una ficción de realidad, de tal manera que el pequeño, al crecer, no sea más que una copia de la madre, niñera, tía, hermano o quien sea que domine la situación entonces. Como mencionamos ya, el self falso tiene una función importante y es la de ocultar al ser verdadero, lo que logra sometiéndose a las exigencias ambientales.

En los ejemplos extremos de desarrollo de un self falso, el self verdadero permanece tan perfectamente escondido que la espontaneidad no constituye uno de los rasgos de las experiencias vitales del niño. El rasgo principal es entonces la sumisión, mientras que la imitación viene a ser una especialización. Cuando el grado de escisión en la personalidad infantil no es demasiado grande, puede que la imitación permita una forma de vivir casi personal, e incluso es posible que el niño desempeñe un papel especial: el del ser verdadero tal y como sería de haber existido.

El individuo siempre tendrá un autoconcepto pero dependerá de su historia y las circunstancias a que se vea sometido la forma en que éste va a constituirse. Si pensamos en las dos grandes clasificaciones en las que se agrupan de manera general a los trastornos mentales, en las neurosis se encontrará un autoconcepto distorsionado que no

representa fielmente a la persona, sin que ello signifique que la personalidad no está integrada. Por otro lado, en las psicosis, donde existe una clara desintegración de la personalidad, el autoconcepto será primitivo, se encontrará diluido y sin ninguna representatividad integradora.

CAPITULO 6

AUTOCONCEPTO Y SALUD MENTAL

6.1 Importancia del cuidado materno.

El apoyo del ego proporcionado por los cuidados maternos permite al niño vivir y desarrollarse pese a que todavía no sea capaz de controlar lo bueno y lo malo del medio ambiente, ni sentirse responsable de ello.

La principal razón de que durante el desarrollo infantil la criatura, por lo general, aprenda a dominar el id (y el ego logre incorporarlo) estriba en el cuidado materno, en que el ego materno complementa el ego infantil y le da fuerza y estabilidad. Será necesario ver cómo ocurre esto y también de qué forma el ego infantil acaba liberándose del apoyo del ego materno, de tal forma que la criatura alcanza una independencia mental con respecto a la madre, es decir, una diferenciación que le otorga una personalidad propia.

Con 'el cuidado que recibe de su madre' toda criatura es capaz de tener una existencia personal, y así empieza la evolución de lo que podría determinarse una continuidad existencial. Partiendo de esta continuidad, el potencial heredado va desarrollándose hasta convertirse en una criatura individual. (Winnicott, 1975).

Al respecto dice Bowlby (1951) que "se considera como esencial para la salud mental que el infante y el preescolar experimenten una relación cálida, íntima y constante con su madre (o con su sustituto permanente), en la que ambos encuentren satisfacción y gozo" (Cit. por Ferguson, 1979). Esto lo concluyó principalmente de sus estudios acerca de los efectos de la 'privación maternal'.

En el desarrollo emocional está claro que son necesarias ciertas condiciones externas para que los potenciales de maduración lleguen a cobrar realidad. Es decir, el desarrollo depende de un medio ambiente satisfactorio y cuanto más retrocedamos en el estudio del bebé, más cierto será que sin unos buenos cuidados maternos las primeras fases del desarrollo no pueden tener lugar. En la mente del niño la madre se ha transformado en una imagen coherente. Esta evolución presupone la existencia de un ego que empieza a independizarse del ego auxiliar de la madre. Podemos decir que ya el bebé tiene un interior y, por consiguiente, un exterior. El esquema corporal ha empezado su existencia y

rápida-mente evoluciona hacia la complejidad. A partir de este momento la criatura vive una vida psicósomática. La realidad psíquica interior que Freud nos enseñó a respetar se ha convertido en algo real para la criatura, que ahora siente que la riqueza personal reside dentro de su ser. Esta riqueza personal surge de la experiencia simultánea de odio y amor que, a su vez, entrafia la consecución de la ambivalencia, cuyo refinamiento y enriquecimiento llevan a la aparición de la inquietud. (Winnicott, 1975).

Spitz (1965) llama a la madre 'yo auxiliar' del infante. En forma similar, creemos que la 'conducta de sostenimiento' de la partícipe maternante, la preocupación maternal primaria' de ésta, en el sentido de Winnicott (1958), es el organizador simbiótico, el partero de la individuación, del nacimiento psicológico. (Cit. por Mahler, 1977).

Nunca se insistirá demasiado en la importancia que tiene la disponibilidad emocional óptima de la madre durante esta subfase. 'Es el amor de la madre por el deambulador y su aceptación de la ambivalencia de éste, lo que permite al niño catexiar su autorrepresentación con energía neutralizada' (Mahler, 1968). También se ha insistido sobre la importancia adicional del padre durante este período (Loewald, 1951; Greenacre, 1966; Abelin, 1971).

Mahler dice, que según su propia adaptación, durante la fase de acercamiento, la madre puede reaccionar a las exigencias del niño con una disponibilidad emocional continuada y una participación juguetona, o con toda una gama de actitudes menos deseables. Sin embargo, se ha podido establecer que es la continuada disponibilidad emocional de la madre lo que resulta esencial para que el yo autónomo del niño alcance su capacidad funcional óptima, mientras va cediendo su confianza en la omnipotencia mágica. Si la madre está 'serenamente disponible' con un pronto abastecimiento de libido objetal, si comparte las hazañas del niño, si responde al juego con el juego y facilita así los saludables intentos de identificación e imitación del niño, la internalización de la relación entre la madre y el niño puede progresar con el tiempo hasta el punto en que se inicia la comunicación verbal, aunque aún predomine una vivaz conducta gestual (Homburger, 1923; Mahler, 1944, 1949). El previsible compromiso emocional por parte de la madre parece facilitar el despliegue de los procesos de pensamiento del niño, la prueba de realidad y la conducta instintiva, al final del segundo o comienzo del tercer año de vida. También habla de que el desarrollo emocional de la madre en su maternidad, su disposición emocional a dejar que el deambulador se separe, a darle, como hace la madre ave, un suave empujoncito, a alentarle hacia la independencia, es de enorme utilidad. Puede ser incluso un elemento sine qua non de la individuación normal (sana).

Cuanto menos emocionalmente disponible esté la madre en la época del acercamiento, con tanta mayor insistencia intentará cortejarla el niño. En algunos casos, este proceso drena una cantidad tan grande de la energía evolutiva de que dispone el niño, que como

resultado no queda energía, ni libido, ni agresión constructiva (neutralizada) suficientes para la evolución de muchas funciones emergentes del yo. (Mahler, 1977).

Sullivan (1953) subrayó la importancia decisiva de la temprana relación madre-hijo para la determinación del dinamismo central del sí-mismo o sistema del sí-mismo. Describió tres tipos de 'personificaciones' tempranas que establecen la estructura del sistema del sí-mismo: 1o. el 'yo bueno' que es el sí mismo que se desarrolla en el contexto de las buenas relaciones con la madre, en el curso de las cuales ésta logra (mediante su capacidad de aliviar necesidades o su ternura) despertar en el hijo la sensación de que su sí mismo es bueno. 2o. el 'yo malo' que según Sullivan surge cuando el niño siente que sus necesidades son rechazadas o que su madre no gratifica su búsqueda de ternura, y 3o. el 'no yo', aspecto disociado de la vivencia del sí mismo, extremadamente doloroso y atemorizante, que es el resultado de una frustración o un trauma extremos. (Cit. por Kohut, 1980).

6.2 Confianza básica.

Mahler (1977) habla de que los infantes cuyas madres disfrutaron de la fase simbiótica sin demasiados conflictos, los que fueron saturados, pero no sobresaturados, durante este periodo de importante unidad con la madre, parecían comenzar en el lapso promedio a mostrar signos de diferenciación activa, distanciándose levemente del cuerpo de su madre. en cambio, en los casos en que había ambivalencia o parsitismo, intrusividad, sofocamiento, por parte de la madre, la diferenciación mostraba perturbaciones de diversa intensidad y forma. De esta forma es que podemos partir de la confianza básica como fundamento para la formación de un autoconcepto adecuado.

La marcha parece tener un gran significado simbiótico tanto para la madre como para el deambulador: es como si el niño que camina solo hubiera demostrado, al lograr la locomoción vertical independiente, que ya puede incorporarse con derecho al mundo de seres humanos independientes. La expectación y confianza que la madre transmite cuando siente que su hijo es capaz de 'lograrlo' ahí afuera, parece ser un importante desencadenante del sentimiento de seguridad en sí mismo que experimenta el niño, y quizás también el aliento inicial que lo impulsa a intercambiar parte de su omnipotencia mágica por el placer de la propia autonomía y de su creciente autoestima.

Mahler, en base a sus observaciones, habla de que en parte por dotación y en parte como consecuencia de la óptima interacción madre-hijo en la fase simbiótica y, en las dos primeras subfases del proceso de separación-individuación hacia el segundo año de vida

se desarrollan las siguientes características: confianza básica, seguridad en su madre y en otras personas y un narcisismo secundario sano con buena autoestima. (Mahler, 1977).

La observación clínica demuestra que la confianza en uno mismo y en la propia bondad se basa en gran medida en la confirmación del amor de los objetos buenos internalizados. Naturalmente, esta confianza básica deriva en última instancia de la temprana internalización de una representación materna confiable y gratificante en relación con una representación amable y gratificante del sí mismo. La individualización incluye el gradual reemplazo de primitivas introyecciones e identificaciones por identificaciones parciales sublimatorias que se concilian con el concepto global del sí mismo. La integración de las representaciones de sí mismo y del objeto en el yo, es considerada parte del proceso de instalación y consolidación de la identidad del yo. (Kohut, 1980).

6.3 Formación de un autoconcepto auténtico.

Aisenson (1982) afirma que los modos de obrar de un hombre sano implican un interactuar armónico con los demás. Integridad humana es un estar integrado con un otro; fuerte o débil el yo se constituye siempre; el sí mismo, que es fidelidad al ideal del yo, depende fundamentalmente del amor y la valoración que se ha recibido. Esa estructura implica una orientación, un proyecto, lo que lleva al primer plano de importancia para la comprensión psicológica, a la autoestima y a los niveles de aspiración, sean estos conscientes o no. Transformar lo dado (dotación innata, crianza, medio social) en algo privativo, enderezado hacia su pleno desarrollo y revestido de una significación que cada uno le da. Todo ésto, corresponde al sí mismo.

Winnicott (1975), dice que cualquiera que sea la fase que se esté estudiando, el tema central lo constituyen siempre los conflictos personales de la criatura o del niño. Son las tendencias innatas hacia la integración y el crecimiento lo que produce la salud; no es la provisión ambiental. Y pese a ello, una provisión satisfactoria es necesaria, de un modo absoluto al principio, y relativo en fases posteriores, en la del complejo de edipo, en el período de latencia y también en la adolescencia. Es claro, sin embargo, que hay un grado decreciente de dependencia de la provisión ambiental a medida que pasa el tiempo.

Las principales condiciones de la salud mental, en lo referente al desarrollo preedípico, se centran en el logro y continuidad de la capacidad del niño para retener o reestablecer su autoestima en el contexto de una relativa constancia objetal libidinal. En la cuarta subfase (consolidación de la individualidad), que es abierta, deben tener principio ambas estructuras internas: la constancia objetal libidinal y una autoimagen unificada basada en

verdaderas identificaciones del yo. Sin embargo, creemos que estas dos estructuras representan meramente el comienzo del proceso evolutivo en curso (Mahler, 1977).

El superyó ya integrado favorece también la mayor integración y consolidación de la identidad del yo, que prosigue su evolución mediante una continuada remodelación de las experiencias con los objetos externos, a la luz de la representación de objetos internos, y una remodelación de estas representaciones a la luz de las experiencias reales con otras personas. Disminuye poco a poco la drástica oposición entre el superyó y el yo. A su vez, el concepto de sí mismo está sometido a un continuo remodelamiento basado en experiencias reales con otros y en experiencias con el mundo de objetos internos. Se produce un recíproco reforzamiento entre el sí mismo ya integrado, el mundo estable de representaciones objetales internalizadas e integradas y el conocimiento realista del sí mismo. Cuanto más integradas están las representaciones del sí mismo, mayor es la correspondencia que hay entre la percepción del sí mismo en cualquier situación particular y la realidad total de las interacciones del individuo con los demás. Cuanto más integradas están las representaciones objetales, mayor es la capacidad de remodelar las propias representaciones internas. Un armonioso mundo de representaciones objetales internalizadas, que incluya no sólo miembros significativos de la familia y amigos cercanos, sino además un grupo social y una identidad cultural, constituye un mundo interno en continuo crecimiento capaz de dar amor, confirmación, apoyo y guía dentro del sistema de relaciones objetales del yo. A su vez, ese mundo interno da profundidad a las interacciones actuales con los demás. En momentos de crisis motivados por experiencias de pérdida, abandono, separación, fracaso o soledad, el individuo puede recurrir temporalmente a su mundo interno, con el cual el mundo intrapsíquico y el interpersonal se vinculan y se refuerzan mutuamente (Kohut, 1980). Esto, en vez, de recurrir al exterior constantemente y tratar de cubrir el vacío interno con el medio exterior, social.

Kohut también habla de que un sí mismo auténtico sólo puede ser el resultado de la organización de diversas imágenes del sí mismo en un concepto integrado del sí mismo, que a su vez está vinculado con representaciones objetales integradas. Así, hablando desde la perspectiva clínica, el camino hacia la autenticidad es el camino que lleva a la integración de aspectos del sí mismo mutuamente disociados.

6.4 Psicoterapia centrada en el autoconcepto.

El hombre puede ser abierto al cambio cuando se halla muy descontento de su actual autoconcepto y admira otro género de vida que se abre ante él (Oñate, 1989).

Rogers (1951) dice que en la terapéutica eficaz, el concepto del yo es modificado de manera que incluya la totalidad de las experiencias sensoriales y viscerales. No se censura o altera el material para adaptarlo al concepto deformado del yo.

Rogers habla de la importancia de ayudar a la gente a alcanzar una imagen de sí mismo exacta y completa. Muchas personas no llegan a adquirir una sólida unidad en su personalidad debido a engañarse respecto a sí mismas. Parece que cuando todos los modos con que el individuo se percibe a sí mismo (todas las percepciones, cualidades, aptitudes, impulsos y actitudes de las personas, todas las percepciones de sí mismo en relación con otros) son aceptados en el concepto conciente organizado de sí mismo, este éxito se acompaña de sentimientos de bienestar y ausencia de tensión (Rogers, *Some observations on the organization of personality*, cit. por Dicaprio, 1985).

Aisenson (1982) afirma que la salud psíquica implica, sin duda, poder retomarse a uno mismo en medio de la dispersión, poder efectuar la síntesis peculiar que cada uno es, bajo la dirección de aquello que más plenamente acepta de sí. La meta de la psicoterapia es la de fortificar los recursos del yo, para que sea un fiel instrumento del sí mismo. En el curso de la terapia, el autoconocimiento se da como una intuición a la vez emocional e intelectual; es una gran experiencia de reorganización del campo mediante la integración de datos que se traduce en la vivencia del '¡Ajá, así es!'. Es un momento de revelación; nosotros mismos y el campo en que actuamos aparecen bajo una nueva luz. La salud mental equivale a integrar así la conducta mediante un proceso dinámico en que la polarización se sustituye por la unificación; estamos entonces en contacto con nuestras capacidades, con nuestras emociones, con nuestras necesidades, corporales o no, con nuestras fantasías, y podemos vivir según todo ello en nuestra existencia cotidiana, en adecuación con las circunstancias del medio; se da una 'autorregulación organísmica que se manifiesta en la situación en curso'.

Puedo decir ahora, que la persona hace una abstracción de su ser total en ese intento por el autoconocimiento y por aproximarse a su sí mismo. Y es éste un objetivo fundamental de la psicoterapia, lograr ese contacto profundo con la persona misma que irá constituyendo un autoconcepto adecuado y real.

El primer motivo por el que la gente puede recibir ayuda práctica del tratamiento psicoterapéutico es el de que, cuando tiene éxito, permite al paciente liberar el material penoso de la represión, con el resultado de que el paciente dispone ahora de toda esa energía, que antes utilizó al servicio de la represión, para disfrutar de la vida y para una existencia constructiva. Esto es, bajo mi enfoque que **la represión dificulta un autoconcepto verdadero.**

Freud creó y desarrolló un método, un instrumento de investigación científica de la naturaleza humana que resultó ser, al mismo tiempo, un método terapéutico. En pocas palabras el psicoanálisis consiste en que el psicoanalista prepara condiciones estables y simplificadas en las que el individuo sometido a tratamiento pueda dejar que su mente funcione libremente. Tarde o temprano comenzará a acercarse a la parte difícil de sí mismo, y a mostrar en relación con el analista que desea revivir incluso los episodios y los tipos de experiencia emocional que para él están asociados con tanto dolor que no puede llegar a ellos por su propia cuenta. Así, el crecimiento que no se produjo puede ahora tener lugar.

El psicoanálisis, aparte de ser un proceso doloroso, no altera el hecho de que la vida es difícil. Lo mejor que puede ocurrir es que la persona que se analiza llegue gradualmente a sentirse cada vez menos a merced de fuerzas desconocidas dentro y fuera de ella, y cada vez más capaz de enfrentar a su manera, las dificultades inherentes a la naturaleza humana, al crecimiento personal, y al logro gradual de una relación madura y constructiva con la sociedad (Winnicott, 1975).

Se parte del supuesto de que los pacientes que llegan al análisis tienen su identidad afectada, en mayor o menor grado, por los conflictos que los aquejan. Creemos que uno de los motivos conscientes o inconscientes por el que acuden al análisis es la necesidad de consolidar su sentimiento de identidad.(Grinberg, 1976).

Wylie (1961) llega a la conclusión de que todas las pruebas justifican la hipótesis de que la propia aceptación se relaciona con la aceptación de otros. El cambio en el autoconcepto es consecuente a la terapia. (Hall y Lindzay, 1984).

En la vida de todos existe un movimiento propulsor y esa tendencia a progresar es precisamente la única fuerza en la que el terapeuta puede trabajar para lograr la mejoría del cliente.(Hall y Lindzay, 1984).

Un sí mismo auténtico sólo puede ser el resultado de la organización de diversas imágenes del sí mismo, en un concepto integrado del sí mismo que, a su vez, está vinculado con representaciones objetales integradas. Así, hablando desde la perspectiva clínica, el camino hacia la autenticidad es el mismo que lleva a la integración de aspectos del sí mismo mutuamente disociados. Hay muchos pacientes cuyo 'sí mismo' verdadero no yace oculto bajo mantos de represión, sino que existe únicamente como una estructura potencial fragmentada. Sólo cuando en el curso de una relación psicoterapéutica se logra la integración, esa estructura potencial puede hacerse real. (Kohut, 1980).

La psicoterapia de Sullivan pone énfasis en la necesidad de resolver las distorsiones negativas del campo interpersonal y se apoya en las naturales tendencias de crecimiento del paciente para desarrollar su personalidad bajo la influencia de vínculos interpersonales presentas favorables. La cura terapéutica está en función de la expansión del sí mismo y la disminución de las distorsiones paratáxicas, la ansiedad y la disociación. (Kohut, 1980).

Para Winnicott (1965) sólo el ser verdadero puede ser analizado. El psicoanálisis del self falso, es decir, el análisis dirigido a lo que en realidad se reduce a un medio ambiente interiorizado, solamente puede conducir a la decepción. Tal vez se produzca un éxito aparente al principio.

Desde hace unos años se viene reconociendo que para comunicarse con el self verdadero allí donde se haya dado importancia patológica al self falso, es necesario que ante todo el analista provea las condiciones que permitirán al paciente pasarle al analista, el peso del medio ambiente interiorizado, convirtiéndose así en un niño sumamente dependiente pero real e inmaduro; sólo entonces será posible analizar al ser verdadero. Winnicott señala que la presencia de un ser falso resulta frecuente, por lo que el analista debe tener la habilidad para detectar la presencia de esta defensa, y no se deje engañar por las apariencias. La defensa es maciza y puede que lleve consigo un éxito social considerable. El indicio para analizar reside en que el paciente pida ayuda porque se siente irreal o fútil a pesar del éxito aparente de la defensa.

Winnicott dice también que, si el self falso logra cumplir su función, oculta al ser verdadero y si no encuentra la forma, el ser verdadero empieza a vivir. Semejante resultado puede conseguirse por toda clase de medios, pero los ejemplos que se observan más de cerca son aquellos en que la sensación de realidad o de valor de las cosas aparece durante el tratamiento.

Así mismo, afirma que en el ejercicio de la labor terapéutica se ofrece la posibilidad de estudiar y aislar la deformación que tiene lugar en la estructura de la personalidad. La necesidad más apremiante, sin embargo, según la autora, reside en la clasificación y reevaluación del factor ambiental hasta donde afecte, positiva o negativamente, al desarrollo madurativo y a la integración del ser.

DISCUSION

A lo largo de este trabajo de investigación se ha pretendido aclarar a que nos referimos cuando hablamos de autoconcepto, así como profundizar en el concepto para comprender su lugar dentro de la personalidad. Cómo se forma. Qué factores influyen en su formación. Cómo distinguimos salud mental o psicopatología a través del autoconcepto. Como hemos observado, son numerosos los autores que de una u otra manera hablan del autoconcepto en sus obras. En este apartado se confrontarán las diferentes teorías de los autores revisados, ya que mientras algunos puntos de vista coinciden o se asemejan, otros se contraponen.

Desde que el hombre surge, ha intentado dar una explicación a su origen para poder responderse quién es y de dónde viene; como respuesta a esa preocupación acerca de sí mismo hay ideas importantes y algunas, con el paso del tiempo se han convertido en teorías que forman parte de la extensa literatura existente sobre el estudio del hombre, y con ello, del autoconcepto.

Desde Sócrates se impulsaba el conocimiento de sí mismo y ésto lo refleja claramente su célebre frase “Cónocete a tí mismo” (“Gnothi Seauton”) inscrita en el Templo de Apolo en Delfos.

El concepto ha ido evolucionando a través de la historia. Platón, por ejemplo, hablaba de que para alcanzar un conocimiento real y auténtico, el ser debía pasarse del plano sensible al plano intelectual. En cambio, para Aristóteles, la idea no existe separada de los individuos concretos, en el ser individual hay que distinguir lo que se es actualmente y lo que se tiende a ser. Prótagoras resaltaba la individualidad del ser humano al considerar que cada persona siente, actúa y experimenta el mundo de diferente manera, según sus propias cualidades, estructura mental e historia previa.

Más tarde, Hume concede mayor peso al objeto, situándose en las características de éste y restándole así importancia a las características individuales, a diferencia de Kant para quien las cosas no tienen características en sí mismas, son producto de nuestra percepción.

Así como hay épocas en que se ha impulsado el desarrollo de la ciencia, el estudio del hombre no escapa a ello, hay otras en las que se ha entorpecido. La Edad Media es un caso palpable de ello, ya que durante este período surgen pensamientos y teorías donde

por ejemplo, la dirección del destino del hombre se le concede a un ser divino, el ser humano carece entonces de la capacidad de elegir, su destino está marcado. Punto de vista que se contrapone totalmente con el enfoque expuesto en este trabajo. Sin embargo, es importante hacer notar que si nos situamos en el contexto histórico donde surgen estas teorías nos será posible comprender su visión del hombre.

Ya en la época moderna el hombre afirma su valor en todos los campos: en la ciencia, la naturaleza y el arte, empezando a ser considerado como un ser con capacidad de decisión y de poder trascender los determinismos naturales.

Me viene a la mente la teoría de Freud, que no es tan extremista como el pensamiento medieval, no hay un ser divino que marque la conducta del individuo, pero sí están los instintos que lo dominan. Finalmente, la teoría freudiana no escapa al momento histórico en el cual surgió, la época victoriana que se caracterizó por una fuerte represión, sin que por ello deje de reconocerse la trascendencia de Freud en el campo de la psicología.

Poco a poco los neopsicoanalistas van concediendo al ser humano mayor capacidad de regir su comportamiento hasta llegar a las teorías humanistas que reconocen en el hombre el libre albedrío y la posibilidad de decidir el camino de su propia vida.

Autores contemporáneos como Allport, Rogers, Horney, Grinberg, Fromm han exaltado en sus teorías la relevancia del autoconocimiento. De acuerdo con Allport, una de las características que presenta la persona madura es la autoobjetivación, que es el conocimiento del yo, y que está íntimamente relacionada con la percepción conforme a la realidad. Rogers sostiene que para vivir plenamente el individuo debe conocerse, descubrir su yo real. Horney habla de que mediante el autoconocimiento debe asegurarse una correspondencia entre el yo real y el yo ideal.

La personalidad es la expresión de lo que cada uno es y el autoconcepto es un elemento integrador de la personalidad. Para Hall y Lindzey, el sí mismo constituye el centro de la personalidad, le da equilibrio y estabilidad y en torno a él se reúnen los otros sistemas. De la misma forma, Kelly, Sarabin, Epstein y Coopersmith han considerado al self como una estructura cognitiva o conjunto de estructuras que organizan, modifican e integran funciones de la persona.

El autoconcepto es considerado en términos generales como la percepción que una persona tiene de sí misma y en ello coinciden Byrne, Shavelson, Hubner y Stanton, Sevilla, Aisenson, Rogers, Allport y Murphy.

Aisenson habla de un yo que dirige la conducta y que incluye la autopercepción y autovaloración y que, en palabras de la autora, corresponde al sí mismo, al self o al concepto del sujeto, de la persona toda, diferenciándolo del yo estructural de Freud que es sobre todo un agente detector de los peligros internos y externos y funciona como agente protector. Para Aisenson Kogan el sentimiento de autopercepción es más que nada instintivo, emotivo, más que conceptual o racional.

Buhler también distingue entre el sí mismo fenoménico que consiste en la autopercepción y autoconcepto; y el sí mismo central que es el satisfactor de necesidades. De la misma forma, Klein separa al yo como estructura psíquica y aquello que es asimilado a uno mismo; para ella, el bebé al nacer, ya posee un yo aunque incipiente. También para Hartmann, ciertas estructuras yoicas y las funciones vinculadas a ellas existen desde el comienzo de la vida, como la percepción y la capacidad de establecer huellas mnémicas. Mientras que para Freud el yo se adquiere cuando el niño tiene más edad, el yo en el sentido a que él se refiere, aparece en el momento en que las introyecciones son utilizadas con fines defensivos, específicamente como parte de una temprana organización defensiva contra la ansiedad abrumadora.

Es importante tener clara esta diferenciación que hacen los autores si recordamos que algunos usan la palabra yo o sí mismo cuando hablan de autoconcepto, que lejos de ser una estructura aislada, es un elemento integrador y el reflejo de lo que un individuo es en su totalidad, y es fundamental no perder de vista lo que implica hablar de una totalidad y así lo refieren los autores. Ya se mencionó a Aisenson que habla de 'la persona toda'. Para Jacobson el concepto de self engloba a la persona total del individuo, incluyendo al cuerpo y sus partes y a la organización psíquica y sus partes.

Para Rogers, el sí mismo o autoconcepto que denota la gestalt conceptual está compuesta de percepciones y los valores vinculados a estas percepciones.

Murphy define al sí mismo como como las percepciones y concepciones de la persona acerca de la totalidad de su ser.

Para Allport, el concepto o imagen de sí se refiere a la imagen de la personalidad total, incluidos el yo físico y el sentimiento de identidad.

Para Bar-On, Horrocks, Jersild Brook y Lifton el autoconcepto incluye todas las ideas y sentimientos que una persona tiene respecto de las propiedades de su cuerpo, las cualidades de su mente, y sus concepciones sobre pasado y futuro. El autoconcepto es el

conjunto de ideas y actitudes (pensamientos y sentimientos) acerca de lo que la persona cree ser.

Considerando que el autoconcepto engloba tanto al yo psíquico como el físico y recordando cómo se da el desarrollo psíquico del individuo a partir del nacimiento, no dudáramos que el yo físico da la pauta de este desarrollo. Allport y Mead coinciden en este punto diciendo que es muy probable que el sentido del sí mismo corporal sea el primer aspecto del sí mismo que se desarrolla. Desde tiempo atrás, Freud señaló que el yo es primero y sobre todo un yo corporal. Del mismo modo, Murphy señala que la canalización del propio cuerpo constituye la base para la aparición de un concepto de sí mismo.

Sin embargo, estos dos aspectos, el físico y el psíquico siempre van unidos, tanto Grinberg como Schilder consideran que la imagen corporal no puede considerarse aislada, un cuerpo es siempre la expresión de un yo y una personalidad, y es un fenómeno social.

La importancia del cuidado materno y satisfacción de necesidades en la edad temprana, es reconocida por Freud, Spitz, Mahler, Winnicott, Sullivan, Rogers y podría decir, sin temor a equivocarme, que prácticamente todos los autores que han estudiado el desarrollo emocional del ser humano, coinciden en que la relación con los padres, y específicamente con la madre, es un importante cimiento a partir del cual se estructura la personalidad.

Sobre este punto, Winnicott afirma que el ego materno complementa al ego infantil y le permite al niño vivir y desarrollarse, lográndose más adelante la diferenciación y personalidad propia.

Mahler coincide diciendo que el yo rudimentario del niño tiene que complementarse con la relación emocional establecida mediante el cuidado materno.

Spitz llama a la madre 'yo auxiliar' del infante. Por su parte, Hartmann dice que el establecimiento de la constancia objetal afectiva, depende de la gradual internalización de una imagen constante positivamente catexiada de la madre.

Cuando estas relaciones tempranas son satisfactorias se da la confianza básica, de la que tanto han hablado Mahler, Winnicott y Kohut y que contribuye notablemente a la formación de un autoconcepto adecuado y un desarrollo emocional pleno. La forma en que los objetos han sido internalizados está estrechamente relacionada con la salud mental o la psicopatología. Winnicott, Mahler, Freud, Erikson, Ticho hablan de la importancia de la identificación e introyección para la estructuración del ego y forma temprana de relación con un objeto.

Existe gran coincidencia entre los autores en relación a la influencia que los demás tienen en el autoconcepto. Para Erickson, el self se desarrolla como una interacción del sujeto con los modelos sociales del medio ambiente.

De igual forma, para Cooley y Mead, el autoconcepto surge de la interacción con otros y más específicamente con el prójimo significativo, el self es el resultado de un proceso social. Para Allport, el yo es en gran parte producto de la apreciación de los demás. Para Rogers, el autoconcepto surge como producto de la interacción personal del individuo por las relaciones entre el recién nacido y la madre.

Mead dice que el individuo obtiene su persona sólo a través de la comunicación con otros. De igual forma Laing, sostiene que la 'identidad propia' de una persona nunca puede ser completamente abstraída de su 'identidad para los otros', así, el sentimiento de identidad requiere la existencia del otro por el cual uno es conocido.

Los roles sociales son retomados para explicar el autoconcepto por Kinch, Laing, Erikson y Grinberg. Kinch toma al autoconcepto como la organización de cualidades que el individuo se atribuye a sí mismo y comprende los atributos expresables en adjetivos y los roles que ve en sí mismo. Para Erikson los roles son parte de la identidad del yo. En cambio, para Grinberg, los roles pueden servir como disfraces de la identidad, desempeñar roles para funcionar 'como algo', o sea como la sociedad lo exige, implica una identidad precaria, falsa, que se asume por carecer de la capacidad para 'ser algo'.

Como se pudo observar son muchos los autores que hablan de la influencia que la sociedad tiene en la formación del autoconcepto y entre ellos podemos citar a Rogers, Allport, Erikson, Horney, Grinberg, Fromm, Mead.

Rogers habla de que es muy común que el individuo, erróneamente, oculte su yo real para adaptarse al modelo cultural y afirma que los modelos de perfección que se exhiben deforman la conducta. Lo importante es tener la capacidad de adaptarse a las expectativas del medio sin perder la individualidad, y ello, es indicio de salud mental. Grinberg habla de la necesidad de descubrir cómo vincularse con los otros, sin perder contacto consigo mismo.

Para Allport, una constante presión en el sentido de la cultura patrón afecta el curso del desarrollo de la personalidad. Para Erikson, la identidad del yo adquiere fortaleza cuando se reconoce el verdadero yo, cada medio produce frustraciones y conflictos originando rasgos específicos de personalidad. En el mismo sentido, Horney dice que muchos de los conflictos neuróticos en la sociedad actual, son producto de las normas e ideales culturales; cuando se toma al yo ideal como real o se tiene un concepto deformado del yo, se producen frustraciones y se establece la base para las neurosis, y en este punto

coincide Rogers. Hall y Lindzey también hablan sobre la importancia de la congruencia entre el sí mismo real y el ideal. En este sentido, Winnicott establece toda una teoría sobre el self verdadero y el self falso.

Mead habla de las instituciones opresivas como la iglesia, que borran la individualidad y que son poco deseables. Pero afirma que sin embargo, sí son necesarias instituciones de alguna clase para el desarrollo de la personalidad madura; las instituciones sociales no son necesariamente subversivas de la individualidad; definen las pautas sociales sólo en un sentido amplio y general dando lugar a la expresión de la individualidad, en las sociedades primitivas el margen para actuar flexiblemente se ve considerablemente reducido.

No puede considerarse al ser humano como un producto meramente social, ya que de esta forma estaría a merced de la sociedad y volveríamos a puntos de vista extremistas como en la edad media. No puede negarse la influencia de la sociedad en el individuo, es parte de la adaptación vivir integrado a una sociedad, formar parte de ella sin que por ello determine su conducta, es fundamental estar en contacto con los demás sin que ello implique perder la individualidad y sin perder de vista que el ser humano es un ser bio-psico-social y para estudiarlo, no se le puede dividir.

Y aquí radica la importancia del autoconcepto, de conocerse para conocer y darse a los demás, teniendo la capacidad de contactar con lo más profundo del ser. Todos los autores que se han mencionado ponen énfasis en la importancia del autoconocimiento. Winnicott habla de que el descubrimiento de la propia vida personal, surge de la capacidad para estar solo, que es sinónimo de madurez emocional, sobre este punto Allport habló ampliamente refiriéndose a la autoobjetivación como el nivel más elevado del *proprium*.

Martín Buber dice que es la soledad la que lleva al hombre a preguntar su esencia, se cuestiona, se pone en contacto con lo más profundo de su ser para cobrar experiencia de sí mismo. Fromm habla de la fobia a estar solo, miedo al autodescubrimiento, que es lo contrario a la madurez de la que hablan Winnicott, Martin Buber y Allport, así estos puntos de vista se complementan.

El autoconocimiento es indicio de madurez mental; la congruencia entre el yo real y el ideal es indicio de salud mental. Un autoconcepto real da la posibilidad de una personalidad integrada mientras que un autoconcepto distorsionado señala el camino hacia la patología.

A lo largo de este apartado se ha querido exponer las divergencias y convergencias que existen en las postulaciones de los autores revisados con respecto al tema del

autoconcepto. Aspecto que nos permite integrar puntos importantes del presente trabajo y formar nuestro propio punto de vista sobre el tema.

CONCLUSIONES

La personalidad es la expresión de lo que cada uno es, y el autoconcepto es el elemento integrador de la personalidad.

El autoconcepto se intuye y así surge, como una intuición. Es la congruencia que existe entre lo que pienso, lo que siento y la manera como actúo. Un autoconcepto verdadero, y que realmente esté integrando a la personalidad, brinda la posibilidad de relaciones satisfactorias, de vivir en plenitud.

Vivir plenamente requiere que el individuo sepa cabalmente lo que ocurre en él y fuera de él. Se puede tomar conciencia de que se está integrado. El desarrollo del autoconcepto da más expresión, más significancia a la personalidad. La personalidad es más genérica, el autoconcepto es la encarnación.

El autoconcepto es la imagen de la personalidad total, la imagen que uno tiene como entidad física y psíquica. Al ser el individuo un ser bio-psico-social, no podemos considerar a la imagen corporal como aislada, ni de lo social ni de lo emocional. La forma en que cada persona se percibe o conceptualiza, se siente, se vive, determina en gran medida la forma en que actúa, sus necesidades y deseos, así como sus motivaciones y expectativas hacia sí mismo y hacia los demás. Cuando hablamos de autoconcepto hablamos de la totalidad del ser, tanto de aspectos conscientes como inconscientes.

Es importante señalar un camino para el desarrollo del autoconcepto, el aprender a estar solo para conocerse y estar profundamente con uno mismo, teniendo presente que lo que se vive no determina a la persona, sino que al tomar conciencia de ello puede direccionar su vida. Un medio para éllo, puede ser la psicoterapia.

La personalidad siempre está manifestándose, pero cuando logra conocerse, organizarse, entonces hablamos de autoconcepto. El autoconcepto se intuye, pero esa intuición puede estar distorsionada, podemos estar sosteniéndonos sobre un autoconcepto falso, llegando a lo patológico. El autoconcepto verdadero es sinónimo de salud mental, es un fluir constante dentro del yo, es armonía.

El mundo interno no determina la percepción del externo pero, mediante la estructura del carácter, influye sobre el campo interpersonal del individuo. El crecimiento del individuo, el conocer y rescatar la riqueza del mundo interno, favorece la experiencia interpersonal,

cuanto más profundo es el conocimiento de la propia personalidad, más profundo es también el conocimiento acerca de los otros. En la terapia se da un proceso de comprensión, de aceptación. Las imágenes distorsionadas se van transformando en una percepción más realista de los padres y en un reconocimiento profundo de sus valores y debilidades.

Cada etapa de la vida demanda el que ciertas necesidades sean cubiertas, para que de esta manera, el desarrollo tanto físico como psíquico, siga su curso normal. El que se produzca satisfacción o frustración, según sean cubiertas o no estas necesidades, le dará a la persona un estilo muy propio de reaccionar, de ser, por lo tanto será un factor importante para la formación del autoconcepto.

Si no me dieron el suficiente cariño, aprendo a 'no necesitarlo' y me vuelvo frío y distante.

Al hablar de necesidades, estoy considerando a necesidades tanto físicas como psíquicas. Las físicas son las más básicas, sin embargo, van estrechamente unidas a las psíquicas, ya que representan el comienzo de una aproximación entre madre e hijo y para propiciar condiciones favorables para el desarrollo del niño tienen que satisfacerse adecuadamente ambas.

El que el individuo resuelva adecuadamente sus etapas de la niñez cubriendo las necesidades que cada una de ellas implica, le dará una garantía de salud mental en el futuro, un autoconcepto firme y real. Cuando se pasa a la siguiente etapa sin haber resuelto satisfactoriamente la anterior, el yo comienza a debilitarse, hay energía retenida, represión, fijación que impedirán que la nueva etapa se viva plenamente y así se seguirá con cada etapa de la vida hasta que no se resuelva el conflicto. Por lo tanto en este caso, se dificultará la salud mental y por lo tanto la conformación de un autoconcepto real, y en su lugar se instalará un autoconcepto falso.

De tal forma que un punto de partida para la formación de un autoconcepto adecuado es la confianza básica que se haya logrado adquirir en los primeros años de vida.

Cuando el individuo vive un armonioso mundo de representaciones objetales internalizadas formado de miembros significativos de la familia, amigos cercanos, y además, un grupo social y una identidad cultural, tiene toda la energía y capacidad de dar amor, confirmación, apoyo y profundidad a las interacciones con los demás a través de este mundo interno en continuo crecimiento. En momentos de crisis motivados por experiencias de pérdida, abandono, separación, fracaso o soledad, el individuo puede recurrir temporalmente a su mundo interno, con el cual, el mundo intrapsíquico y el

interpersonal se vinculan y refuerzan mutuamente. Esto, en vez de recurrir al exterior constantemente para tratar de cubrir el vacío interno.

El concepto que uno tiene de sí mismo es en gran parte, en los primeros años de vida, producto de las diversas formas en que se es visto por los demás. Paulatinamente la imagen del yo comienza a ser modelada por la persona misma. Aunque nadie puede sustraerse por completo a la influencia de las opiniones de los demás, el foco principal del amor propio debería residir en último término en el individuo mismo. Una de las características que presenta la persona madura es el conocimiento profundo de sí mismo y está íntimamente relacionada con la percepción conforme a la realidad. La persona que ha logrado conocerse, es madura emocionalmente; sabe que quizá nadie sea exactamente como se desearía ser, pero tiene la capacidad de aceptarlo y la diferencia entre su yo real y su yo ideal es mínima, aquí hablamos nuevamente de un autoconcepto verdadero. Por el contrario, la diferencia que el neurótico encuentra entre su yo real e ideal es abismal, lo que no le permite aceptarse, vive una realidad distorsionada y su autoconcepto es inadecuado. En el caso del psicótico, no existe otra realidad más que su realidad y ha perdido la capacidad de contactarse de forma real, no hay fluctuación, no existe la posibilidad de un autoconcepto.

El conocimiento de sí mismo es una empresa que empieza tempranamente y se prosigue durante toda la vida. La persona madura lo posee en alto grado, en tanto que la persona inmadura se siente tan desconcertada por ese aspecto de su vida como por otros aspectos importantes. El conocerse la persona a sí misma, implica tres condiciones: saber lo que puede hacer, saber lo que no puede hacer y saber lo que debería de ser. Es importante que el individuo conozca tanto sus limitaciones como sus posibilidades reales, sin una apreciación excesiva o una devaluación o desprecio de sí, ya que las dos implican un autoconcepto distorsionado o falso. No debemos temer la verdad acerca de nosotros mismos, porque lo cierto es que hay más elementos positivos que negativos en la mayoría de las vidas.

No podemos pretender estudiar al individuo como un ente aislado, el individuo influye en la sociedad y la sociedad en él y de esta forma el medio social en que se desenvuelve el individuo es de gran importancia en la formación del autoconcepto.

Nos encontramos comunmente con que una persona deja de ser lo que es profunda y verdaderamente para convertirse en lo que los demás desean que sea.

Es un hecho que el individuo está inmerso en una sociedad por lo que debe tener la capacidad para vivir en ella sin perder su individualidad. De cualquier forma sus relaciones con los demás le enriquecen, estando siempre consciente de quien es él, qué es

lo que busca, adónde va. El reconocer su riqueza interna le permitirá vivir libre y plenamente sin tener la necesidad de perseguir desmesuradamente 'valores fantasma' que la sociedad actual realza como el dinero, el poder, el prestigio o la belleza y tomar en cuenta sus necesidades reales propias de su naturaleza humana como la necesidad de afecto, de reconocimiento, sin caer en un afán neurótico por obtenerlas.

En la actualidad, cuanto más avanzados y sofisticados están los sistemas de comunicación, estamos más incomunicados que nunca. Sabemos lo que ocurre al otro lado del océano, pero no sabemos lo que le ocurre a la persona que tenemos enfrente y lo que es más grave, el individuo no sabe lo que le ocurre a sí mismo, no se comunica conmigo mismo.

El hombre ha avanzado mucho tecnológicamente, en su afán por ganar terreno en el mundo externo, por dominar el universo, se ha perdido a sí mismo y, paradójicamente, también está destruyendo el mundo externo.

La sociedad actual se torna contradictoria, ya que si bien hablamos de los 'ideales culturales' que promueve y en la tendencia hacia una orientación externa, factores que obstaculizan el desarrollo del autoconcepto, por otro lado nos encontramos con que es una sociedad que deja un amplio margen de flexibilidad para actuar, a diferencia de sociedades anteriores mucho más rígidas. Por un lado te dicen como ser y por el otro te invitan a la individualidad, aunque no hay que caer en la trampa de una falsa individualidad, ya que ésta debe ser pensada, consciente. Los valores son necesarios, los tabúes, que indudablemente siguen existiendo, limitan al ser humano.

La cultura es muy absorbente y hay rasgos de los que no es posible excluirse, porque vivimos en ella y además una de las necesidades del humano es la de pertenencia social. Sin embargo, pienso que una persona con un autoconcepto adecuado o real, se adaptará a la cultura conservando su individualidad, mientras que una persona, con un autoconcepto inadecuado o falso, se apropiará de la identidad cultural a falta de la suya. En la medida en que el autoconcepto se acerque al adecuado, podremos hablar de una personalidad mejor integrada.

Puedo decir ahora, que la persona hace una abstracción de su ser total en ese intento por el autoconocimiento y por aproximarse a sí mismo, y precisamente es éste un objetivo fundamental de la psicoterapia, lograr que el individuo contacte profundamente consigo mismo, lo que le permitirá descubrirse tal cual es, sin máscaras, reconocer sus miedos, sus deseos, sus potencialidades y debilidades, para ir desempolvando su autoconcepto real y desbancar al autoconcepto distorsionado. Es tarea del psicólogo, así como de otros estudiosos del comportamiento humano fomentar la salud mental y fortalecerla y ésto,

indudablemente, puede lograrse centrando la intervención en el autoconcepto del individuo.

En el caso del psicoanálisis, se parte de la premisa de que el individuo está a merced de sus instintos, muchos de ellos están reprimidos pero de vez en cuando aparecen manifestaciones de ellos en la personalidad, distorsionándola. Además de ello la energía que se invierte en la represión es energía que se le quita al yo y que le impide desarrollar sus potencialidades óptimamente. Por lo tanto, podemos considerar a la represión como a cualquier mecanismo de defensa exacerbado como obstáculo para el desarrollo de un autoconcepto verdadero.

Es importante señalar que no podemos decir que la persona carece de autoconcepto, porque éste se intuye, pero de forma confusa, inconsciente; al no salir a flote el verdadero autoconcepto se toma como tal a otro distorsionado. Lo importante es ir tomando consciencia del real. En el caso del psicoanálisis, cuando la persona va haciendo conscientes las fuerzas desconocidas, dentro y fuera de ella puede empezar a dominarlas.

Como se ha revisado, la gran mayoría de los trastornos mentales tienen su origen en la infancia. En el vientre materno, el individuo está en un estado de satisfacción continua. El nacer es ya un cambio brusco de por sí, y si además se da en medio del rechazo y la agresión, el niño comenzará la vida defendiéndose de un medio hostil que no le permite ver lo bueno que puede haber en la vida y en el mismo. De ahí la importancia de que el niño se sienta aceptado, amado y protegido para que desarrolle la seguridad y confianza básica, de la que ya se ha hablado, y que le servirán para desenvolverse en su vida satisfactoriamente, sabiendo que él es una persona valiosa y capaz. Es importante la estimulación de los padres, el que desarrollen en el niño el sentimiento de que puede provocar amor y respeten su sentir e individualidad. Cuando nos percatemos de la gran responsabilidad que implica el ser padres estaremos contribuyendo no sólo a la salud mental del individuo, sino a la salud mental de la sociedad. Definitivamente una persona con un yo sano tiene más posibilidades de criar a una persona con un yo sano también, y el yo patológico influirá para la formación de otro yo patológico.

Así que tiene que llegar un momento en que el ser humano no se conforme con repetir su propia historia cuando no le gusta y tome las riendas de su propia vida aceptando la responsabilidad de convertirse en un ser libre, capaz de cambiar y acercarse a sí mismo para sacar a la luz su autoconcepto verdadero. Además de vivir plenamente, estará contribuyendo de esta forma a fomentar la salud mental.

Algo de lo que pude percatarme a lo largo de la investigación es de que dentro de la literatura existente acerca del tema no es fácil encontrar al término autoconcepto como

tal, a diferencia de conceptos como autoestima, yo, self, identidad que son comúnmente mencionados. Por lo que se vuelve tarea imprescindible leer entre líneas para descubrir cuándo los autores al hablar de self, yo, sí mismo, imagen del yo están en realidad hablando de autoconcepto. Una de las pretenciones del presente trabajo fue precisamente el esclarecer el concepto partiendo de los diferentes puntos de vista de los autores revisados. Dar una verdad absoluta no es posible ni tampoco el objetivo, pero si lo es el tratar de que quede clara la dimensión del concepto para definirlo y evitar las confusiones que hasta ahora se han dado dentro de la literatura psicológica.

Es importante hacer la diferenciación entre yo, como instancia psíquica de la personalidad y el autoconcepto. El yo como lo define Freud es ante todo un agente de protección contra los peligros internos y externos que acechan al individuo operando mediante el principio de realidad. El autoconcepto, en cambio, corresponde al concepto de la persona toda, a la imagen de la personalidad total.

Las limitaciones propias en la investigación del tema de autoconcepto están representadas en la dificultad misma para dar expresión de autoconcepto a las diferentes manifestaciones del yo, ya que ha este último se le ha aprendido como un concepto monolítico y absolutista.

Uno de los principales obstáculos es lo extenso de la literatura y la gran variedad de autores que abordan al autoconcepto desde diferentes perspectivas, por lo que fue importante delimitar el alcance del trabajo desde un principio, misión muy difícil, ya que por lo interesante y fascinante del tema, seduce a seguir leyendo y profundizando en él.

Se revisaron los autores que se creyó sustentarían el enfoque del presente trabajo y tesis a nivel licenciatura. Se omitió la revisión de publicaciones, lo que podría considerarse como una limitación. En la búsqueda hecha en Tesiunam se encontraron 138 tesis de autoconcepto pertenecientes a campus de la ciudad de México y Guadalajara. Es importante señalar que todas son investigaciones de campo que relacionan autoconcepto con otras variables, pero no se encontró ningún trabajo que, como éste, fuera una investigación documental que profundice sobre el significado del concepto. De ahí la importancia del presente trabajo y la propuesta de que pueda tomarse como punto de partida para futuras investigaciones tanto de campo como documentales sobre el autoconcepto.

El tema da la posibilidad de abrir diferentes líneas de investigación, como por ejemplo el indagar cómo se conforma el autoconcepto en las diferentes psicopatologías y de que forma se utilizan los mecanismos de defensa. Otra línea que se sugiere es el desarrollo de técnicas específicas dentro de la psicoterapia para reconstruir el autoconcepto en cada una de las psicopatologías. O bien profundizar en puntos que se trataron aquí, como la

influencia que tiene la sociedad o la importancia de la familia y las primeras relaciones interpersonales en la formación del autoconcepto.

Queda muchísimo material disponible que ampliaría el presente trabajo, por lo que se invita a la continuación del mismo con el fin de enriquecer la literatura y la práctica dentro de la psicología.

BIBLIOGRAFIA

- AIENSON Kogan, Aida (1969). *El yo y el sí mismo*. Edit. Amorrortu. Buenos Aires.
- ALLPORT, Gordon W. (1966). *La personalidad: su configuración y desarrollo*. Edit. Herder. Barcelona.
- ALLPORT, Gordon W. (1961). *Psicología de la personalidad*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- ALONSO, Minerva. (1995). *Concepto de identidad*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M.
- ALVAREZ Mora, Ma. Beatriz. (1995). *Estudio comparativo del autoconcepto en un grupo homosexual y un grupo heterosexual*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M.
- CRUZ Terán, Mercedes. (1992). *Estudio comparativo del autoconcepto en tres circunstancias reproductivas diferentes*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M.
- CAMERON, Norman. (1982). *Desarrollo y psicopatología de la personalidad*. Edit. Trillas. México.
- DICAPRIO, Nicholas S. (1976). *Teoría de la personalidad*. Edit. Interamericana. México.
- ERIKSON, Erik (1976). *Infancia y sociedad*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- FERGUSON, Lucy. (1979). *Desarrollo de la personalidad*. Edit. El manual moderno. México.
- FERRATER Mora, J. (1971). *Diccionario de filosofía*. Tomos I y II. Edit. Sudamericana. Buenos Aires.
- FRIEDRICH, Dorsch (1976). *Diccionario de psicología*. Edit. Herder. Barcelona.
- GARCIA Arellano, Ma. Guadalupe (1995). *Estandarización de la escala de autoconcepto de Tennessee en estudiantes de Cd. Universitaria*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M.

- GRINBERG, León; Grinberg, Rebeca (1973). *Identidad y cambio*. Edit. Paidós, Buenos Aires.
- HALL, Calvin. LINDZEY, Gardner (1974). *La teoría del sí mismo y la personalidad*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- HALL, Calvin. LINDZEY, Gardner (1974). *La teoría biosocial de la personalidad*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- HORNEY, Karen. (1993). *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Edit. Paidós. México.
- JIMENEZ Reyes, Ana María. (1990). *El autoconcepto en el anciano en tres situaciones de estancia diferentes*. Tesis de licenciatura U.N.A.M.
- KOHUT, Heinz. (1980). *La restauración del sí mismo*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- KERNBERG, Otto. (1989). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- LAING, Ronald. (1974). *El yo y los otros*. Edit. Fondo de cultura económica. México.
- MAHLER, Margaret. (1977). *El nacimiento psicológico del infante*. Edic. Marymar. Buenos Aires.
- MAY, Rollo. (1978). *El dilema existencial del hombre moderno*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- MEAD, Gorge. (1972). *Espíritu, persona y sociedad*. Edit. Paidós. Buenos Aires.
- MONROY Ahumada, Martha. (1987). *Perfil de autoconcepto en jóvenes farmacodependientes provenientes de un hogar carente de figura paterna*. Tesis de licenciatura. U.N.A.M.
- OÑATE, Ma. del Pilar de (1989). *El autoconcepto: formación, medida e implicaciones en la personalidad*. Edic. Narcea, Madrid.
- PAPALIA, Diane. (1978). *Psicología del desarrollo*. Edit. McGraw-Hill. México.
- PAPALIA, Diane. (1985). *Psicología*. Edit. McGraw-Hill. México.

ROGERS, Carl. (1961). El proceso de convertirse en persona. Edit. Paidós. Buenos Aires.

ROGERS, Carl. (1980). De persona a persona. Edit. Amorrortu. Buenos Aires.

SCHILDER, Paul. (1977). Imagen y apariencia del cuerpo humano. Edit. Paidós. Buenos Aires.

SEVILLA Colín, Alicia. (1991). Estudio de la influencia de la religión en el autoconcepto de los niños. Tesis de licenciatura. U.N.A.M.

WINNICOTT Donald, Woods (1975). El proceso de maduración en el niño. Edit. Laia. Barcelona.

WINNICOTT Donald, Woods (1965). El niño y el mundo externo. Eds. Horme. Buenos Aires.